

— papeles de formación continua —

FORUM.COM



*Adiós al Papa de
la esperanza*



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 220 - 24 de abril de 2025

ÍNDICE

Este número	3
Adiós al Papa de la esperanza	
Retiro	5
La misión de la comunión fraterna	
Formación	17
Una Iglesia de espiritualidad y acción	
Comunicación	28
Reflexión sobre la Inteligencia Artificial (I)	
Carisma	42
El beato Pier Giorgio Frassati y Don Bosco	
Pastoral	47
Hacer comunidad	
Jubileo	38
Carlos Acutis, más profundo de lo que parece	
La Solana	69
Tres píldoras de esperanza aquí y ahora	
Por tu Palabra	73
José, el hombre maduro en las pruebas	
El anaquel	84
Jesús, el sacerdote	
Una estrella en mi ventana	90
Tiempo para agradables sorpresas	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Adiós al

Papa de la esperanza

Ss abre este número de la revista forum.com con una imagen del papa Francisco en Turín en el altar de Don Bosco en la basílica de María Auxiliadora. A ese mismo lugar se dirigió el nuevo Rector Mayor, Fabio Attard, al concluir la primera eucaristía concelebrada con el nuevo consejo general. Un curioso paralelismo que puede ser providente. Con el trasfondo esperanzador del Jubileo 2025, el mensaje la “alegría del evangelio” se transfiere, a través de Don Bosco desde el papa Francisco al nuevo consejo que emprende una nueva etapa en la historia de la congregación.

Una esperanza y alegría que el pequeño Jorge Mario Bergoglio aprendió, en parte en la escuela de Don Bosco. En su autobiografía, *Esperanza*, publicada el pasado mes de enero, cuenta el Papa ya difuntos cómo en el oratorio salesiano se conocieron sus padres y también cómo se casarán en la basílica de María Auxiliadora y San Carlos Borromeo. Luego los hermanos Óscar y Jorge irán al colegio salesiano Wilfrid Barón de los Santos Ángeles. Su experiencia fue también una auténtica escuela de esperanza. Así lo narra: “La vida de colegio era un todo. Te sumergías en una única trama y los días pasaban volando, sin tiempo para aburrirse. Me sentía sumido en un mundo que, a pesar de haber sido preparado «artificialmente» y con finalidad pedagógica, no tenía nada de artificioso. Desayunábamos, asistíamos a misa y a clase, jugábamos en el recreo y estudiábamos, todo de manera natural, sin interrupciones”.

El papa Francisco, repasando sus años escolares, recuerda especialmente que “los diferentes aspectos de la vida no se vivían en compartimientos estancos, sino que formaban parte de una única experiencia formativa. El colegio formaba en una cultura católica en absoluto mojigata ni desorientada. Infundió en mí una conciencia no solo moral y cristiana, sino humana, social, lúdica y artística. El estudio, los valores de la convivencia, el cuidado de los más necesitados, de los que estaban peor —recuerdo que fue allí donde aprendí a privarme de algo para dárselo

a quienes eran más pobres que yo—, el deporte, la competición..., todo era real y contribuía a forjar costumbres, unas costumbres cuyo conjunto plasmaba una manera de ser. Vivíamos totalmente inmersos en ese mundo que, no obstante, estaba abierto a la trascendencia del resto del mundo. Y tratábamos de darle un sentido a todo lo que hacíamos. Nada se presentaba como algo carente de sentido, por lo menos en su orden fundamental, aunque, desde luego, había gestos de impaciencia por parte de algún docente, o pequeñas injusticias cotidianas, o alguna que otra pelea entre los chicos”.

De este tiempo en el colegio, destaca el Papa que “inconscientemente, sentíamos que crecíamos en armonía, algo que sin duda entonces no podíamos expresar, pero que sí haríamos más tarde. En definitiva, los salesianos me prepararon para la escuela secundaria y para la vida”, zanja mientras relata un incidente al prestar su bicicleta. Francisco nos ha dejado una lección que puede seguir inspirando las casas, patios, escuelas e iglesias de nuestros días; nos ha dejado un testimonio de cómo vivir la esperanza a pie de calle.

Por eso el papa Francisco, en la bula de convocatoria del Jubileo, subraya que “para que cada uno sea capaz de dar, aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe”. Esas semillas de esperanza esparcidas por el Papa difunto son ahora ya parte de su legado que espera dar frutos de Reino en el mundo de hoy.

¡Feliz 24 en esta semana de la Octava de Pascua! A ella le encomendamos al papa Francisco. ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

RETIRO

La misión de la comunión fraterna

Pascual Chávez, SDB

1. Oración inicial

Guía: En el nombre del Padre...

Todos: Padre bueno,
te rogamos preparar nuestros corazones
para recibir al Señor Jesús
en nuestra vida salesiana.

Haz que el Capitulo General 29
sea un momento favorable
para hacer crecer nuestra pasión por tu Hijo Jesús.

Dejemos que el espíritu de Don Bosco
viva en nosotros mientras construimos
Comunidades Educativas Pastorales que guían a los jóvenes
al encuentro con Jesús Eucaristía.

Enséñanos a ver a los jóvenes pobres con los ojos de Jesús
y responder a sus aspiraciones más profundas.

Concédenos el coraje de soñar con una Congregación
que sea la realización de lo que don Bosco deseaba,
ser levadura en la Iglesia y en el mundo.

María Auxiliadora,
Madre, Maestra y Guía,
intercede por nosotros.
Amén

2. Reflexión¹

2.1. Introducción

El hecho de «pasar revista» a los diferentes aspectos de nuestra vida consagrada salesiana desde una perspectiva **mística** tiene un presupuesto básico: que **toda** nuestra vida, y cada dimensión en ella, *tiene* (o al menos: *puede tener*) este carácter, que está llamado a llenar nuestro corazón de alegría y felicidad.

Pero, como hemos dicho muchas veces antes, no se trata de un simple «plus» cuantitativo: vivirlo con *más o menos alegría*; menos aún, como si dependiera de nuestro carácter o temperamento innato (que ciertamente no podemos ignorar). Más bien queremos acentuar el elemento fundamental, **cualitativo**, que encontramos en la base de esta invitación a vivir toda nuestra existencia en clave *mística*, como expresión de la «**gracia de la unidad**» y que presupone sin duda nuestra identidad carismática (es decir: *la vocación*).

2.2. La vida comunitaria y la comunión fraterna, reflejo del Amor Trinitario

Tratando de reflexionar sobre nuestra vida comunitaria, lo mejor es aclarar desde el principio un posible malentendido. Tradicionalmente era clásica la distinción entre *consagración* y *misión*, lo que en algunas ocasiones llevó a separaciones y polarizaciones inadecuadas. Debemos superar esta dicotomía desde dentro, precisamente porque la *misión* no se identifica con las actividades y obras educativas, evangelizadoras o pastorales. Todo esto es expresión concreta, que surge de las necesidades profundas de nuestros destinatarios, ante todo los jóvenes más pobres y abandonados, de lo que constituye la Misión en su esencia más profunda: **ser signos y expresión del amor preveniente/preventivo de Dios**. En este sentido la Misión es *totalizante* y por tanto no puede excluir ningún aspecto de nuestra vida y acción.

Además, no debemos olvidar que esta Misión es *cristiana*: por tanto, nace de la *identidad misma de nuestro Dios*, que es Amor porque es *Comunidad Trinitaria*: Padre, Hijo y Espíritu Santo. De esto podemos afirmar que *no hay misión si no hay comunidad*: por tanto, no hay espacio para estas separaciones o polarizaciones dentro del Carisma.

Este mismo Dios-Amor Trinitario, a cuya imagen fuimos creados y en cuya Familia, que es la Iglesia (y específicamente como personas consagradas) estamos llamados a vivir, constituye nuestro *Modelo* fundamental; y nuestra única meta es **llegar a ser cada vez más semejantes, por el amor, a este Dios Trinitario**. Esta es la base de la *mística de la vida comunitaria*, recordando la oración de Jesús al Padre en la Última Cena: «No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, **para que todos sean uno**, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también

¹ Vídeo: <https://youtu.be/1jGWCjIQNhS> (3 m. 19s.)

sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 20-21).

“La comunidad religiosa es un don del Espíritu, antes de ser una construcción humana. Efectivamente, la comunidad religiosa tiene su origen en el amor de Dios difundido en los corazones por medio del Espíritu, y por él se construye como una verdadera familia unida en el nombre del Señor.

Por lo tanto, no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus *raíces en el corazón mismo de la Trinidad* santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo” (*La vida fraterna en comunidad*, n. 8)

En las Constituciones, el primer artículo que habla de *nuestra vida fraterna* sitúa este fundamento trinitario: «Vivir y trabajar juntos es para nosotros, Salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación. Por eso nos reunimos en comunidades, en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas. **En la comunidad se refleja el misterio de la Trinidad**». (C 49).

Esta convicción trinitaria, que nace de nuestra fe, debe *verificarse* como fruto de nuestro compromiso, incluyendo la ascesis, aquí también indispensable: en la comunidad «encontramos **respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos hacemos, para los jóvenes, signos de amor y de unidad**».

No debemos olvidar el trasfondo antropológico que, desde la fe, hace todo esto posible: «Creando el ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión. El Dios creador que se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con Él y a la comunión interpersonal, o sea, a la fraternidad universal. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos» (VFC, 9).

En la vida comunitaria fraterna se hace realidad lo que meditamos desde el primer día: antes de aprender a *amar*, *somos y nos sentimos amados*.

“Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de **ser amada infinitamente y la de poder amar** sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; *aprende más bien a amar como Cristo la ha amado*, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor.

En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo” (VFC, 22).

El mismo documento de la Iglesia presenta, de manera breve pero muy esclarecedora, la mística y la ascesis de la vida comunitaria:

“La comunión es un don ofrecido que exige al mismo tiempo una respuesta, un paciente entrenamiento y una lucha para superar la simple espontaneidad y la volubilidad de los deseos. El altísimo ideal comunitario implica necesariamente la conversión de toda actitud que obstaculice la comunión.

La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Se necesita «sinergia» entre el don de Dios y el compromiso personal para construir una **comunión encarnada**, es decir, para dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna” (VFC, 23).

Si queremos expresarlo en un diagrama simple, sería así:

mística: comunión

vida de comunidad:

ascesis: vida común

Sin duda, cada Familia religiosa vive la vida fraterna a su manera, a su estilo según el Carisma. Para nosotros hay una expresión que manifiesta este estilo con extraordinaria riqueza humana y cristiana: *el espíritu de familia*.

«Don Bosco quería que en sus ambientes cada uno se sintiera como «*en su propia casa*». La casa salesiana se convierte en familia cuando el afecto es correspondido y todos, hermanos y jóvenes, se sienten acogidos y responsables del bien común. En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo, y las relaciones se regulan no tanto recurriendo a la ley, cuanto por el movimiento del corazón y por la fe» (C 16).

Quisiera acentuar el último párrafo, que subraya la dimensión vocacional de este espíritu de familia: «Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana». Recordemos también lo que dice el artículo 50: «Dios nos llama a vivir en comunidad dándonos hermanos a quienes amar» (y yo añadiría: y por los que ser amados).

Todo esto está íntimamente unido a las actitudes de amor, alegría y unidad, que se encuentran ampliamente en el apartado de las Constituciones sobre la vida fraterna. Sin duda, esta mística da sentido a toda la dimensión ascética de la vida en común: «**La comunidad acoge al hermano** con corazón abierto, lo acepta tal como es y favorece su maduración. Le ofrece la posibilidad de desplegar sus dotes de naturaleza y de gracia. Le provee de cuanto necesite y lo sostiene en los momentos de dificultad, duda, cansancio o enfermedad... **El hermano se compromete a construir la comunidad** en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo» (C 52).

2.3. La comunión fraterna, «espacio teologal» de los consejos evangélicos

Hay muchos otros textos que insisten sobre estos elementos fundamentales. Pero creo que es necesario retomar y explicar un tema muy importante, que ayer se mencionó deliberadamente. **SI** el fundamento último de los consejos evangélicos es la vida trinitaria de Dios, la consecuencia es: ni la castidad, ni la pobreza, ni la obediencia pueden vivirse sólo de manera individual: esto conduciría inevitablemente a un *ascetismo* negativo, cercano a un cierto «masoquismo cristiano». Solo en la perspectiva *comunitaria* (¡sin negar la *personal*!) encuentran su significado más pleno y, en particular, permiten desarrollar gozosamente su carácter *místico*.

El documento de la Iglesia que estamos citando toca explícitamente este tema y quisiera proponer al menos algunos pasajes. Debemos señalar que este documento, aunque subraya el aspecto comunitario de los consejos evangélicos, no se refiere a su *dimensión*, ni siquiera a su **raíz trinitaria**. Esto se encontrará, por primera vez, dos años más tarde en la exhortación apostólica *Vita Consecrata*.

«La profesión religiosa es expresión del don de sí mismo a Dios y a la Iglesia, pero, de un don vivido en la comunidad de una familia religiosa. El religioso no es sólo un «llamado» con una vocación individual, sino que es un «convocado», un llamado junto con otros con los cuales «*comparte*» la existencia cotidiana.

Se da una convergencia de «sí» a Dios que une a los distintos consagrados en una misma comunidad de vida. Los religiosos, consagrados juntos, unidos en el mismo «sí», unidos en el Espíritu Santo, descubren cada día que su seguimiento de Cristo «*obediente, pobre y casto*» se vive en la fraternidad, como los discípulos que seguían a Jesús en su ministerio: unidos a Cristo y, por lo tanto, llamados a estar unidos entre sí; unidos en la misión de oponerse proféticamente a la idolatría del poder, del tener y del placer.

De este modo, *la obediencia* liga y une las diversas voluntades en una misma comunidad fraterna, que tiene una misión específica que cumplir en la Iglesia. (...)

La pobreza, o sea, la comunicación de bienes – incluso de los bienes espirituales – ha sido desde el principio la *base misma de la comunión fraterna*. La pobreza de cada uno, que implica un estilo de vida sencillo y austero, no sólo libera de las preocupaciones inherentes a los bienes personales, sino que siempre ha enriquecido a la comunidad, que ha podido, de este modo, dedicarse más eficazmente al servicio de Dios y de los pobres. (...) Una comunidad de «*pobres*» es capaz de ser solidaria con los pobres y de manifestar cuál es el corazón de la evangelización, porque presenta, en concreto, la fuerza transformadora de las bienaventuranzas.

En la dimensión comunitaria *la castidad* consagrada, que implica también una gran pureza de mente, de corazón y de cuerpo, expresa una gran libertad para amar a Dios y todo lo que es suyo con amor indiviso, y por lo mismo una total disponibilidad de amar y servir a todos los hombres haciendo presente el amor

de Cristo. Este amor no egoísta ni exclusivo, no posesivo ni esclavo de la pasión, sino universal y desinteresado, libre y liberador, tan necesario para la misión, se cultiva y crece en la vida fraterna» (VFC, 44).

Y así concluye el documento este apartado: «Esta dimensión comunitaria de los votos necesita un continuo cuidado y una continua profundización: cuidado y profundización propios de la formación permanente» (*ibídem*), – yo añadiría – precisamente porque se trata de una dimensión relativamente *nueva*, porque nace de una conciencia y convicción de fe **trinitaria**.

Las Constituciones presentan esta perspectiva *comunitaria* de la propia identidad carismática, es decir, del *espíritu de familia*, y dedican algunos artículos a subrayarla.

Respecto a la *obediencia*, que establece una relación no siempre fácil con la realidad de la autoridad, el artículo 66 dice: «En la comunidad y con miras a la misión, **todos obedecemos**, aun desempeñando funciones distintas. Al escuchar la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía, expresamos y renovamos nuestra entrega común a la voluntad divina».

Más adelante, el mismo artículo subraya un aspecto importante y relativamente *nuevo* que se deriva del carácter comunitario de la obediencia: **el discernimiento comunitario**: «En las cuestiones más importantes buscamos juntos la voluntad del Señor en diálogo fraterno, paciente y con espíritu de corresponsabilidad.

El superior ejerce su autoridad escuchando a los hermanos, estimulando la participación de todos y promoviendo la unión de las voluntades en la fe y en la caridad. Él concluye el momento de la búsqueda en común tomando las decisiones oportunas, que normalmente brotarán de la convergencia de opiniones».

Sobre este tema, el documento eclesial de 2008, *Servicio de autoridad y obediencia*, presenta un apartado muy interesante y práctico, en el n. 20, f. No es indiferente recordar que este documento se presenta en el contexto del **amor** como raíz más importante de la obediencia y de la autoridad: **Tu rostro buscaré, Señor**; esto debe ser, en última instancia, obediencia cristiana (y religiosa). Si no es así, no es auténtica.

Finalmente, *Vita Consecrata* subraya también el carácter *comunitario* de la obediencia: «La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones» (VC 92).

Respecto a la *pobreza*, existen varios artículos que aluden a la dimensión comunitaria. En particular, tomando como modelo la primitiva comunidad cristiana, leemos: «A ejemplo de los primeros cristianos, ponemos en común los bienes materiales: los frutos de nuestro trabajo, los regalos recibidos y lo que percibimos por jubilación, subvención y seguro. Aportamos también nuestros talentos, energías y experiencias.

En la comunidad, **el bien de cada uno es bien de todos**. Cuanto tenemos, lo compartimos fraternalmente con las comunidades de la Inspectoría, y somos solidarios con las necesidades de toda la Congregación, de la Iglesia y del mundo» (C 76).

Finalmente, en cuanto a la castidad, encontramos el extraordinario artículo 83: «La castidad consagrada, *“signo y estímulo de la caridad”*, libera y potencia nuestra capacidad de hacernos todo para todos. Desarrolla en nosotros el sentido cristiano de las relaciones personales, favorece amistades auténticas y contribuye a hacer de la comunidad una familia.

A su vez, el clima fraterno de la comunidad nos ayuda a vivir con gozo el celibato por el Reino y a superar, sostenidos por la comprensión y el afecto, los momentos difíciles».

Si analizamos más detalladamente este hermoso artículo, descubrimos un *doble movimiento*, indicado por la expresión **«a su vez»**: por un lado, la castidad consagrada construye la comunidad y más aún, *la comunión* y, por el otro, la comunidad sostiene la castidad de cada uno, permitiéndole vivirla con gozo y fecundidad.

2.4. Conclusión

Quisiera terminar con dos textos, uno de la Iglesia y otro de las Constituciones, que siguen insistiendo en la **dimensión mística** de la vida comunitaria centrada en su carácter **trinitario** y, en consecuencia, como expresión de **amor**.

«La misma *vida fraterna*, en virtud de la cual las personas consagradas se esfuerzan por vivir en Cristo con “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32), se propone como elocuente manifestación trinitaria. La vida fraterna manifiesta *al Padre*, que quiere hacer de todos los hombres una sola familia; manifiesta *al Hijo encarnado*, que reúne a los redimidos en la unidad, mostrando el camino con su ejemplo, su oración, sus palabras y, sobre todo, con su muerte, fuente de reconciliación para los hombres divididos y dispersos; manifiesta *al Espíritu Santo* como principio de unidad en la Iglesia, donde no cesa de suscitar familias espirituales y comunidades fraternas» (VC 21).

Finalmente, en el artículo 62 encontramos una extraordinaria convergencia de elementos decisivos para nuestra vida salesiana, que evoca lo que diría años después la VC sobre nuestra experiencia personal y comunitaria de los Consejos Evangélicos como «terapia espiritual»:

«La práctica de los consejos, vivida según el espíritu de las bienaventuranzas, hace más convincente nuestro anuncio del Evangelio. En un mundo tentado por el ateísmo y por la idolatría del placer, de la posesión y del poder, nuestro modo de vivir testimonia, especialmente a los jóvenes, que Dios existe y su amor puede

llenar una vida; y que la necesidad de amar, el ansia de poseer y la libertad para decidir de la propia existencia, alcanzan su sentido supremo en Cristo Salvador».

De hecho, cuando el Rector Mayor expone el primer núcleo del tema capitular lo pone bajo el título «**Animación y cuidado de la verdadera vida de cada salesiano**» y al explicarlo especifica el contenido:

- Como creyentes conquistados por Dios fijamos nuestra *mirada en la vida consagrada salesiana centrada en Jesucristo*.
- Cuidando siempre de la Vocación, propia y ajena,
- Fieles a Dios, juntos, como comunidad, viviendo una vocación común, *una fraternidad que sea auténtica, evangélica y fascinante*.
- Acompañando plenamente las diferentes etapas de la propia vida y la de los hermanos; *ocupándonos así de la formación inicial y continua*.
- Con el compromiso de vivir la fraternidad evangélica en nuestras comunidades religiosas y en apertura a quienes sufren experiencias de exclusión en el mundo.

Se trata de cinco incisos que tienen que ver con el tema de la Comunidad y, por tanto, de la **vida fraterna: en comunidades fraternas**, que es de hecho una de las causas de los abandonos, no solo por el individualismo sino también por la falta de aquellos elementos que hacen de la comunidad el espacio privilegiado de maduración y realización humana y también de eficacia evangélica y vocacional.

¡La buena noticia! Esto es lo que estamos llamados a ofrecer para la humanización del mundo.

3. Para prolongar la reflexión personal: dos apéndices

A modo de apéndice, pero –en mi opinión– muy importante, dejo algunas otras consideraciones para una lectura y reflexión personal.

La mirada y el examen de la vida interna de la comunidad religiosa hoy no es simple. Son muchos los aspectos que es necesario abordar y resolver con criterios de fe, pero también de manera practicable: el servicio de la autoridad, la corresponsabilidad y participación, las relaciones interpersonales, la relación vida-trabajo o comunidad religiosa-gestión de la obra, el equilibrio entre proyecto comunitario y carisma personal, el ámbito de la privacidad, la comunicación entre generaciones. No es fácil abordarlos todos porque requieren profundizaciones diferenciadas. Por otro lado, las formas de gestionarlas con madurez involucran a las distintas personas por lo que a veces se indican procesos de reflexión del «grupo» más que consejos a los individuos. Requieren actitudes y esfuerzos para que quien tiene, sabe o puede más supla a veces las limitaciones inevitables de los demás: es el esfuerzo del amor que se adapta, acompaña, es paciente, ofrece posibilidades, espera el momento personal favorable, orienta. Si bien se necesitan conocimientos o enfoques humanos, no todo se puede resolver con una solución técnica. La profesión de amor fraterno es la base de todo.

Algunos cambios ciertamente han cambiado la vida de la comunidad y lo harán en el futuro.

En primer lugar, *la composición*: el número de hermanos por comunidad está disminuyendo y en algunos casos está al límite. Aunque en número exiguo, pertenecen a varias generaciones, de hecho, a veces es preponderante la presencia de personas bastante provecas. Esto, por supuesto, no es malo, sobre todo si se vive de manera positiva como posibilidad de mayor personalización y responsabilidad en cuanto al número reducido; como testimonio de una generación que entrega la experiencia de vida vivida según el carisma, en el caso de la presencia predominante de los ancianos. Sin embargo, ciertamente esta composición requiere una nueva capacidad de relaciones y actitudes particulares.

Un segundo cambio se refiere a *la relación entre comunidad y obra apostólica*. Ahora ya no tenemos la responsabilidad exclusiva de la obra y ya no existe la implicación de todos los miembros de la comunidad religiosa en la obra; cada vez es más frecuente que haya algunos o muchos involucrados y otros que ya están jubilados. Se siente la desproporción entre el personal religioso y el tamaño de la obra. Esta había sido construida cuando había muchos hermanos; luego, poco a poco, se fue reduciendo el número y ahora estamos llegando al límite. Hay, en consecuencia, abundante intercambio entre religiosos, todavía activos, y laicos que tienen responsabilidades en las obras.

Un tercer cambio es *la mayor inclusión de la comunidad en la dinámica de la Iglesia y una relación más estrecha con el entorno, con el territorio*. La vida consagrada no es vista como un «retirarse», sino como un insertarse con una contribución y para una misión. En consecuencia, se multiplican las relaciones y los intercambios con el exterior. El tiempo para la comunidad es menor y está menos recogida y protegida, más tocada por la complejidad de la vida, por los estímulos del contexto.

Sin embargo, el cambio más importante que se ha producido se refiere a *la transición de la insistencia en la vida en común a la de la vida fraterna en comunidad*. Esto significa una mayor consideración de la persona individual en su originalidad, mayor espacio para que pueda expresarse, busca de la calidad de las relaciones, participación activa en la vida del grupo.

Creo que los dos términos dan la idea inmediatamente y se distingue, por lo tanto, su diferente alcance.

Vivir en común significa hacer las mismas cosas al mismo tiempo (reunirse, orar, comer, trabajar, etc.). Para la vida en común era importante el «todos juntos». La vida fraterna en comunidad significa prestar más atención a la unión de las personas, a la fraternidad de las relaciones, a la ayuda y al apoyo mutuos, a la convergencia de intenciones y al compartir del proyecto. Esto corresponde al clima cultural y a la nueva conciencia de las personas que exige reconocimiento, valorización y un papel activo. Es obvio que cuando hablamos de la *profecía de trabajar juntos* no pensamos simplemente en «trabajar juntos», sino en la profecía de testimoniar la comunión de intenciones y compartir el proyecto educativo pastoral.

Esto surge de una visión de fe: de hecho encuentra su razón profunda en el misterio trinitario, tiene origen en la llamada a seguir a Cristo, es expresión –signo de la realidad de la Iglesia–. Nuestra comunión es expresión de la comunión trinitaria: *«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (Jn 15,9)* Y nuestra misión es también participación en la misión trinitaria: *«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21)*

Además de la visión de fe, que siempre debe ser profundizada, el deseo de formar una verdadera familia entre adultos exige una nueva manera de concebir y realizar las relaciones personales: encontrar las bases sobre las que construirlas, los modos de renovarlas antes de que se agoten definitivamente, para hacerlos satisfactorios para cada uno. El art. 51 de las Constituciones dice: «En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas, y compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos».

Creo, por tanto, que hay *dos temas urgentes a tratar* en la vida fraterna: el de las relaciones y el de la comunicación. Son como grandes dinámicas comunitarias que reúnen en torno a sí otras, ciertamente importantes, como la corresponsabilidad, la planificación, el discernimiento y similares, pero que son facilitados y posibilitados por los primeros.

La comunidad: la profecía de la comunión

En una sociedad donde reina el individualismo, en una cultura donde prevalece el egoísmo, en familias donde la soledad es cada vez más común, es natural que la persona busque la comunicación con los demás. Hoy esto viene de un lado facilitado y favorecido por los medios de comunicación; Bastaría pensar en el uso del teléfono móvil y en todos los demás campos de la comunicación como *YouTube, Facebook, Twitter, Instagram, Tik-Tok...* Pero, por otra parte, se ve obstaculizada por la virtualidad. Si bien se entiende que esto favorece el poder entrar en contacto con muchas personas, en cualquier parte del mundo, al mismo tiempo, no asegura la comunión. Esta es el fruto de un vínculo personal, de una relación real con los demás que piden aceptación, respeto por la propia personalidad, aceptación de los límites de los demás y de los propios, compromiso de compartir y de convivir, elementos todos que son la base de la cualquier auténtica experiencia comunitaria y familiar.

Para los religiosos, la *comunidad* es ante todo una opción fruto de su vocación, en el sentido de que la vida religiosa no es concebible sin la comunión concretada en la vida común. Para los religiosos, y especialmente para nosotros los salesianos, hay razones fundamentales para esta elección: la exigencia de la fraternidad surge del hecho de ser hijos de un mismo Padre, miembros del Cuerpo de Cristo; la vida religiosa crea una auténtica familia formada por personas que comparten una misma fe y un mismo proyecto de vida; finalmente, como salesianos estamos llamados a crear y vivir un espíritu de familia como lo quiso Don Bosco.

Como en otros campos de la vida religiosa, también aquí podemos encontrar riesgos, como el de establecer un estilo de relaciones meramente funcionales, jerárquicas o

falsamente democráticas. Las nuestras, sin embargo, deben ser relaciones fraternas y amistosas, que nos lleven a amarnos hasta compartirlo todo. Semejante criterio nos muestra que la comunidad es bien comprendida y vivida cuando tiende a la comunión. La comunidad sola sin comunión, con todo lo que ello implica de acogida, aprecio y estima, ayuda mutua y amor, se reduce a un grupo donde las personas se yuxtaponen. Pero, por otro lado, la comunión sin comunidad es una forma narcisista de vivir la vida y, en consecuencia, una contradicción, porque es una forma sutil de individualismo.

Hoy los religiosos debemos hacer un esfuerzo grande y compartido para crear comunidades religiosas donde la profundidad espiritual, la calidad humana y el compromiso apostólico de cada uno de los miembros aseguren que la vida sea verdaderamente buena, bella y feliz. De la misma manera que uno no se casa para sufrir sino para ser feliz, así no se entra en una comunidad para tolerar a los hermanos sino para amarlos y ser amado. En otras palabras, sin calidad humana y espiritualidad no hay fraternidad.

Además, y esto visto desde la perspectiva de la misión de la vida religiosa, uno solo no puede ser signo del Dios del amor, que en su realidad más profunda es Trinidad, comunidad de personas que participan y se dan unas a otras. Por tanto, la misión misma requiere comunidad. Sin ella puede haber actividad, dirección de obras, pero no misión.

Además, en un momento en el que la presencia de laicos en las Congregaciones es cada vez más mayoritaria, y no solo como empleados o colaboradores sino como corresponsables e incluso como gestores de instituciones religiosas, las comunidades deben destacarse aún más por su vida de comunión, de modo que ésta se difunda en círculos excéntricos en los grupos de corresponsables y colaboradores y en los de personas cercanas a la presencia y obras de los religiosos.

Hay que destacar aún otro rasgo no indiferente de la vida religiosa actual: el carácter multicultural de las comunidades, en una sociedad cada vez más pluricultural. El testimonio de comunidades formadas por personas de diferentes edades, orígenes, lenguas, culturas, orígenes y tradiciones y unidas por la fe, la esperanza y la caridad es un verdadero tesoro, tanto más cuanto que la tentación de la xenofobia se hace sentir cada vez con más fuerza. Además, la comunidad religiosa es un gran aporte que ofrecemos a este mundo dividido por la injusticia social, los conflictos interétnicos y ciertos modelos sociales, culturales y económicos que están destruyendo la solidaridad e hipotecando para siempre la fraternidad. Dios es comunidad. Dios es amor. ¡He aquí

4. Oración final

Guía: *Padre misericordioso,*

Todos:

*danos un espíritu de sabiduría y de percepción
para ver y responder a las necesidades de los jóvenes de hoy,
especialmente a los más necesitados.*

*Señor Jesús, Pastor de nuestros corazones,
renueva en nosotros el mismo espíritu de entrega
que encendió el corazón de San Juan Bosco, apóstol de los jóvenes.*

*Espíritu de amor, cúbrenos con tu sombra.
Enciende nuestros corazones con tu amor
y llénalos de nuevo con la fuerza y el celo de Pentecostés.*

*María, Esposa del Espíritu Santo,
obtén para nosotros la gracia de hacer la voluntad de Dios
y de ser otra humanidad para Jesús,
donde él pueda renovar todo su misterio.*

*Danos a Jesús.
para que pueda vivir en nosotros,
trabajar con nosotros y amar a través de nosotros,
para que podamos ser signos y portadores del amor de Dios a los
jóvenes.*

*Que el Padre sea glorificado en la obra que nos ha llamado a hacer
con la fuerza de su Espíritu y en el nombre de su Hijo, Jesús.
Amén.*

FORMACIÓN

Una Iglesia de espiritualidad y acción²

Grupo Erasmo³

Los cristianos inquietos nos interrogamos continuamente sobre nuestra Iglesia. Reconocemos y denunciemos sus debilidades, que son las nuestras, y tratamos a la vez de vislumbrar el horizonte al que debemos dirigirnos para ser más fieles al Evangelio. El agradecimiento por constituir el espacio de nuestra fe se mezcla con una mirada que quiere ser lúcida sobre las prácticas del pasado y del presente. En este tiempo de sinodalidad, miramos a la Iglesia del pasado y nos atrevemos a apuntar a la que creemos que debe ser la Iglesia del futuro.

Prólogo

En un artículo publicado no hace tanto para el prólogo de un libro en España, **Joan Chittister**, la benedictina norteamericana de 88 años, confesaba que a su edad había vivido dos Iglesias, y las definía de un modo en el que muchos podemos reconocernos:

“En esa primera Iglesia me sentía como en una institución bien dirigida, bien ordenada, clara en sus esperanzas, segura en sus doctrinas, válida para todos en sus normas, y estrictamente definida (...). El objetivo del esfuerzo consistía en alcanzar la santidad, subiendo cada peldaño con celo y determinación. Es un hecho que en esa primera época predominaba la necesidad de rendimiento y reconocimiento. (...) El camino hacia la santidad se convirtió en un camino privado, marcado por la participación en actos públicos: bautismo, primera comunión, misa dominical, abstinencia cuaresmal, las cuatro semanas del Adviento, la confesión anual, Navidad y Pascua. Era una vida llena de ‘prácticas’ en la que no contaba tanto la obligación de dar su vida por los demás. (...)”

² Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.394 del 11-17 de enero de 2025.

³ A esta reflexión han contribuido, por orden alfabético: Carlos F. Barberá, teólogo; Dolores Cabezudo, catedrática de Química; Lala Franco, periodista; Fidel García Gutiérrez, formador social; José Luis Moreno, abogado; Enrique Portus, ingeniero agrónomo; y Raquel Salmones, profesora de inglés.

Se trataba de lo que yo estuviera haciendo en cada situación, pero no de lo que la situación misma me exigía en el proceso y que me llevaba a mi madurez espiritual.

La segunda Iglesia llegó solo mucho después –es decir, ahora– cuando la rutina ya hacía mucho que había perdido tanto su encanto como su dinámica. En lugar de esto, la vida espiritual nos invita ahora a vivir más allá del sistema y a seguir la llamada del Espíritu Santo en cada momento, como una fresca brisa. Como una posibilidad. Como responsabilidad. Como amor. (...) Este camino del alma trae consigo la invitación de nueva vida, de crecimiento floreciente, de un nuevo comienzo permanente. Aquí no se trata de una rutina que hay que superar en diferentes niveles para salvarme al final. Se trata de la llamada a una vida que configuro desde mi corazón y mi alma para el bien del mundo que me rodea y para mi propio crecimiento aquí y ahora”.

Si hemos copiado este largo párrafo es por la justicia de un análisis en el que muchos podemos reconocernos. Chittister está convencida de que esa nueva Iglesia está ya aquí, pero no cabe duda de que convive con la antigua, que muchos se resisten todavía a abandonar. Por eso, si se puede decir con el profeta que “está naciendo algo nuevo, ¿no lo notáis?” (Is 43, 19), también es claro que la Iglesia, como el propio mundo, está con dolores de parto, esperando la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 22).

El texto citado pone especialmente el acento en la espiritualidad que sale del corazón y no hay duda de que ella va a ser el alma de la nueva Iglesia.

Pero vivimos en un mundo en que la realidad primera es el sufrimiento. En vez de la cultura de la caridad política que ha defendido el papa **Francisco** en su encíclica *Fratelli tutti* (2020) sobre la fraternidad y la amistad social, se ha desatado la cultura del enfrentamiento y la violencia, con medios cada vez más terribles. Es necesario que en la nueva Iglesia la caridad sea el centro de su vida. Los pobres, las víctimas deberán volver a ser el rostro sufriente de Cristo.

Queremos en el presente trabajo, pues, meditar sobre esos dos pilares de la Iglesia que nace: la espiritualidad y la acción.

Una Iglesia de espiritualidad

Parece muy arriesgado decir que la Iglesia que declina no cultivaba la espiritualidad, pero no lo es tanto asegurar que estaba reservada a los clérigos y a los miembros de congregaciones religiosas. Los laicos –la “clase de tropa”, como se dijo una vez– tenían bastante con el culto, la misa de los domingos, los triduos y novenas, las procesiones... *Espiritualidad* era una palabra apenas usada para hablar de ellas y ellos.

Pero la Iglesia ha de ser una comunidad que enseña y ayuda a cada uno de sus fieles a identificar su ansia espiritual, el deseo de plenitud, de un “infinito de felicidad” que identificamos con Dios. Un deseo que sabemos bien que no tendrá satisfacción total

hasta que lo veamos cara a cara, pero que nos permite hoy rastrearlo. Tenemos que ponernos a la escucha, a la espera, sabiendo que esa ansia, que nos identifica como humanos, tiene su raíz en Él, que nos ha creado.

El cristianismo de este siglo está recuperando la meditación como práctica, después de años de acentuar el compromiso y la oración activa. Y en la meditación no hacemos, nos dejamos hacer: nos sentimos acogidos, nos sabemos escuchados. La meditación no es más que una manera de llegar a lo que tradicionalmente se ha llamado la contemplación: desde ella, al sabernos escuchados y acogidos, agradecemos, confiamos y nos sentimos desbordados. Dice **Thomas Keating**, cisterciense norteamericano ya fallecido, que la contemplación es “un gustar del sabor del misterio último al que llamamos Dios en la tradición religiosa judeocristiana, y recibe otros nombres en otras religiones... Es una apertura de la mente y del corazón y de todo nuestro ser a Dios, al Misterio último, más allá de pensamientos, palabras y emociones”.

La nueva Iglesia ha de ser una Iglesia que solicita al Señor que nos dé la mano para recorrer los caminos del mundo, que la pequeñez de nuestras fuerzas no nos desanime, que no se resigne ante la gravedad del presente. La oración de petición será expresión de confianza, la oración de la Iglesia en las celebraciones litúrgicas, la oración como **María**, a María, con María. Esa oración con el Espíritu que nos hará humildes y, a la vez, revolucionarios: “He venido a traer fuego a la tierra; y ¡cómo desearía que ya estuviese ardiendo!” (Lc 12, 49).

En esa Iglesia se ha de aprender que estamos habitados desde siempre por la presencia de Dios. Un camino que se recorre refiriéndose a Jesucristo porque de no hacerlo así la oración no puede ser cristiana. A Él nos dirigiremos: “Señor, yo creo, pero aumenta mi fe, ilumina mi pobre fe y enséñame a orar” (Mc 9, 23-24).

Una Iglesia en oración

Para decirlo con una fórmula muy breve y acaso demasiado esquemática, la nueva Iglesia es una Iglesia que ora dejando atrás una Iglesia que rezaba. Recordemos que el catecismo explicaba que rezar es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes. Era una Iglesia en la que se enseñaba y se aprendía a rezar, pero no tanto a orar. Las oraciones que se nos enseñaban, sin menospreciar su acerbo para la vida de fe, también se fueron ritualizando, mientras que se enseñaba poco a orar personalmente.

Orar no es fundamentalmente pedir, es ir creando una disposición personal tal que facilite escuchar a Dios, al Señor. A la vez, es estar atentos y en actitud vigilante para saber escuchar el clamor del pobre y para adoptar compromisos concretos.

La nueva Iglesia es un lugar en el que se aprende a escuchar a Dios, por más que Dios sea un silencio insondable, un Dios escondido. De tal manera que grandes creyentes concluyen que el objetivo más importante de la oración cristiana es permitir que la presencia silenciosa y misteriosa de Dios en nuestro interior sea cada vez no solo una realidad creciente, sino la realidad de nuestras vidas.

Orar es esperar a un Dios que ya ha venido, una espera paciente, a prueba de toda desesperanza. Es posible esperar a Dios en este mundo, en esta Iglesia, en esta situación de creyentes mediocres. Una esperanza de la que hay que dar razón, compartirla, siendo solidarios de la desesperanza de nuestros contemporáneos.

La espiritualidad en los sacramentos

En la Edad Media, en la época de las beguinas, hubo un extraordinario desarrollo espiritual. Esas mujeres, contemplativas y activas, tuvieron el enorme valor de afirmar que la experiencia de Dios era posible y real para todos, incluso para las mujeres laicas, y hablaban de esa experiencia, también corporal, en el lenguaje del amor cortés. En lenguaje más contemporáneo, se nos dice que no experimentamos a Dios directamente, el verlo cara a cara nos espera al final, pero podemos percibir su presencia, aproximarnos a Él, sentirlo, pensarlo y tratar de vivir según su manifestación en **Jesús de Nazaret**.

Sin embargo, desde la llegada del Espíritu Santo, para los creyentes la realidad tiene una estructura sacramental. Es decir, cada objeto, cada acontecimiento, cada relación, cada acción positiva es una expresión de una presencia y de una promesa. Es una manifestación –escondida pero real– de la trascendencia y el anuncio de una vida en plenitud. Muchas veces se ha contado la reflexión de san **Ignacio de Loyola** dirigiéndose a unas flores: “Ya sé, ya sé que me habláis de Dios”.

Es lo que argumentó el teólogo brasileño **Leonardo Boff** en su libro *Los sacramentos de la vida*, recogiendo experiencias de su vida e interpretándolas como símbolos, como sacramentos cotidianos. La moderna teología ha trabajado esa dimensión sacramental de la existencia. ¿No es la naturaleza una presencia de la belleza de Dios?, ¿no es el entramado de ondas, de rayos, de impulsos una muestra de su sabiduría?, ¿no es la ciencia una muestra de su sabiduría entregada a los seres humanos?

Pero, entre los mil acontecimientos, hay algunos que tienen una relevancia, una densidad mayor, y la tradición cristiana los ha ligado a los siete sacramentos y, de modo especial, al bautismo y a la eucaristía.

Con frecuencia, sin embargo, en la Iglesia que hemos conocido, la vida sacramental se ha ritualizado y socializado, lo que significa que el aspecto normativo y exterior ha ganado peso frente a la experiencia personal y a la vida en la Iglesia como comunidad celebrativa.

Sin remontarnos a las eucaristías anteriores al Concilio Vaticano II, es cierto que en las que hemos conocido el papel principal lo tenía la homilía. No en vano, el papa Francisco ha insistido en varias ocasiones durante su pontificado que la homilía no pase de cinco o seis minutos. Normalmente, no ha sido así, y una homilía larga –a veces, evangélica, pero también en ocasiones ideológica– daba paso a una oración eucarística breve y a la comunión, para los que se acercaban a recibirla

En la nueva Iglesia, los sacramentos han de ser un lugar de encuentro, de acogida, con espacio para el silencio y la acción de gracias sugeridos por una breve homilía, que ha de ser siempre una lectura creyente.

Los sacramentos han de ser espacios de los que se sale no aburrido o indiferente, sino literalmente entusiasmado, es decir, lleno de Dios.

La espiritualidad en la vida cotidiana

Una Iglesia nueva habrá de enseñar a vivir esta espiritualidad en la vida cotidiana, acompañar la experiencia de cada día para que la fe no se diluya en el mundo, sino que, al contrario, encuentre en él el espacio para vivirla.

Se trata de vivir espiritualmente el día a día, descubriendo la presencia constante de Dios en el mundo, su transparencia en todo y en todos. Nos hemos acostumbrado a relacionar la espiritualidad con los místicos y sus grandes alturas espirituales, de modo que nuestras “bajuras” nos parecen inconsistentes o pobres. Pero es en esa cotidianidad donde Dios se nos manifiesta, y vivir espiritualmente es ser conscientes de ello, percibirlo y educar nuestra mirada y nuestro corazón para gozar de una presencia constante, que lo llena todo. Porque es esa presencia del Espíritu la que le da una luz diferente a la vida.

Si la experiencia de Dios es posible y nos es ofrecida a todos, ¿cómo vivir espiritualmente en nuestra vida cotidiana, cómo ir dándole ese sabor diferente a nuestra vida que nos permita sentirnos cristianos?

En ese proceso, hacer silencio es esencial. Cuidar la vida espiritual, vivir espiritualmente, exige tener ratos de silencio, porque necesitamos silenciar nuestra voz y las preocupaciones y pasiones en las que, sobre todo, nos escuchamos a nosotros mismos y los ruidos de nuestro entorno. Debemos dejar nuestra casa más vacía, para recibir lo que tengamos que recibir.

Silenciarnos y atendernos: dejarnos sentir, percibir nuestro cuerpo, nuestro estado de ánimo, nuestras emociones, sin rechazarlas ni juzgarlas. Tanto si rezamos en forma de diálogo, o con una lectura, como si meditamos, el silencio es una condición previa.

Es importante darle un significado a ese momento de oración o meditación desde el inicio: ofrecerlo por alguien o por algo, por un día que se presenta de este o este otro modo, por esa persona que nos preocupa... Y decir, simplemente: “Señor, aquí estoy...”.

Lo importante es que el silencio nos prepare, que la reflexión sobre nuestra vida nos conmueva y que las lecturas y oraciones que hagamos nos cambien el horizonte para ser capaces de cambiar también nosotros.

Esos instantes iniciales nos preparan para adentrarnos en los minutos de oración que hayamos escogido: sea la lectura del día, un salmo, una reflexión personal sobre nuestro momento vital o un rato de meditación.

Pero la experiencia de la trascendencia podemos sentirla también, si estamos abiertos espiritualmente, en momentos de contacto con la naturaleza, de encuentro profundo con los demás. Un paseo por el campo, pero también un viaje en tren o en el metro, pueden ser igualmente momentos de atendernos y silenciarnos, y de contemplar amorosamente lo que nos rodea, de dolernos con y de agradecer por tanto y por tantos. Introducir en nuestro quehacer la costumbre de pararnos brevemente a escucharnos o a escuchar va desarrollando eficazmente nuestra actitud contemplativa; incluso, si la vida nos lleva demasiado rápido como acostumbra, pararnos a hacer unas respiraciones profundas para romper ese ritmo frenético que nos arrastra, irá acostumbrándonos a mirar y sentir con más paz.

Una práctica interesante, que ayuda, como las demás, a ir cambiando nuestra disposición espiritual, es la de revisar el día anterior o las horas anteriores del día, detalladamente, parándonos en las personas que hemos encontrado, deteniéndonos en las situaciones y novedades descubiertas, repasando todo lo vivido en detalle, desde lo más reciente a lo más antiguo de ese período elegido. Sin juzgar, sin reprocharnos, sin ponerle pegas a nuestro comportamiento o al de los otros. Posiblemente, nos sorprenderemos de lo mucho que hemos vivido y disfrutado, de lo mucho que tenemos que agradecer. Luego vendrá el análisis, el propósito de cambio, las decisiones pertinentes, pero antes, contemplar y agradecer.

Cada uno tiene que elegir sus momentos de silencio y la clase de oración que puede hacer, solo o acompañado, con libros, música o *podcasts*; lo importante es concedernos esos momentos que nos van acostumbrando a degustar la esencia de la vida, que es amar y sentirse amado. Sentirse traspasados por el amor y revertirlo en los demás es la esencia de la vida. O, al revés, amar tanto en lo cotidiano que ese amor nos haga sentirnos en el Amor.

Se trata de sentirse amados y amar en nuestro día a día. El movimiento siempre es doble: recibimos y damos. Por eso, una Iglesia de espiritualidad ha de ser también una Iglesia de acción, una Iglesia de caridad activa, de compromiso con el mundo...

Una Iglesia de la acción

En esta Iglesia de la espiritualidad y la acción que estamos soñando es necesario que exista una amplia acción social.

Muchas veces se ha citado aquella frase de **Marx** que calificaba a la religión como “el opio del pueblo”. Se conoce mucho menos, sin embargo, la sentencia que la precede: la religión es el corazón de un mundo sin corazón. Y lo ha de ser no solo por su oferta de espiritualidad, sino por una acción relevante y significativa.

Escribimos estas líneas en un entorno de paz, no desde uno de esos lugares asolados por la guerra, la sequía o regímenes dictatoriales. Pero en nuestra sociedad –aparte de las relaciones económicas, profesionales...–, hay un amplio entramado de atenciones, de ayudas, de cuidados. Es una red protectora sobre la que descansa una sociedad con conflictos, pero fundamentalmente en paz.

La nueva Iglesia debería ser uno de los soportes esenciales de esa red, porque para ella cada persona con la que entablamos relaciones se convierte en un prójimo.

Jesús envió a sus discípulos con una tarea sencilla: “Id y decid: ‘La paz esté con vosotros’, curad a los enfermos y anunciad que el Reino de Dios está cerca” (Lc 10, 1-12). En su libro *Tierra de Dios. Una espiritualidad para la vida cotidiana*, **Margarita Saldaña** escribe: “No se nos piden grandes proezas ni milagros, sino la palabra y el gesto oportuno para limar asperezas y levantar el ánimo de quien se cruza con nosotros en casa, en la calle, en el trabajo, en el autobús”.

La vida nos va haciendo encontrarnos con tantas personas heridas por el hecho de serlo, por los muchos quebrantos que aporta la finitud: fracasos, soledades, conflictos y, finalmente, enfermedades y muerte. Para cada una de ellos deberemos ser los buenos samaritanos que acogen, acompañan, curan y sostienen.

No es que en la Iglesia que dejamos no se llevasen a cabo esas tareas, pero se solían adjudicar a personas determinadas, a trabajadores de Cáritas o de grupos parroquiales. En la nueva Iglesia cada uno se sentirá hermano y prójimo de aquellos con quienes se encuentre, listo para pequeñas ayudas, pero también a veces para gestos de mayor calado.

Pero, junto a las acciones personales o de grupos, debería haber propuestas para trabajar en todas las parroquias y por TODOS los feligreses. A veces, se han hecho propuestas en este sentido, pero en general de un modo abstracto y sin posibilidad de evaluación. Recordemos que el papa **Benedicto XVI** propuso la celebración de un Año Sacerdotal (19 de junio de 2009–11 de junio de 2010) y que el papa Francisco convocó otro Año de la Misericordia (8 de diciembre de 2015–20 de noviembre de 2016). No parece que tuvieran ningún resultado práctico. Pero más cerca de nosotros el cardenal **Carlos Osoro**, arzobispo emérito de Madrid, nos propuso trabajar un Plan de Evangelización en el que participaron bastantes grupos de laicos. Nunca más se volvió a saber qué había pasado con ese Plan.

Por poner un ejemplo bien actual: parece que estamos en un tiempo de cuidados y seguro que cada parroquia tiene cuatro o cinco personas que visitan a personas solas o llevan la comunión a algunas que no salen de casa. Pero se trata de que esa tarea la asuman todos los feligreses, que se busquen personas que necesitan cuidados y se las visite y sean atendidas.

Si al principio de cada curso se hiciera un llamamiento, se instara a descubrir personas solas o necesitadas de cuidados y se animara a que TODOS participasen, sería algo relevante.

A la vez, se podría elaborar una estadística. Habría que ir contabilizando las personas que participan y las personas visitadas. Al final de curso, se podría hacer un reportaje y lograr que se publicase, aparte de posibles experiencias que podrían ir apareciendo por el camino.

El curso siguiente, viendo la situación social, se podría hacer una campaña distinta. Por ejemplo, cuando se escriben estas líneas está todavía en el aire el tema de los menores migrantes no acompañados.

No hace falta insistir en las ventajas de un plan semejante: la Iglesia se iría haciendo una Iglesia de militantes; no como ahora, en la que hay unos cuantos militantes y una multitud que son solo buenos ciudadanos que acuden a misa cada domingo. Y se iría poco a poco hacia la que, a nuestro modo de ver, ha de ser la Iglesia del futuro: una Iglesia de espiritualidad y de acción.

La Iglesia de la paz

Venimos de una Iglesia cuya historia está vinculada a la preeminencia de su poder y presencia en el mundo, aunque eso condujera a estar en un bando que provoca, mantiene y sostiene las guerras. Trono y altar, acompañados de una bendición de las armas y el aliento a las guerras, bajo la justificación del derecho a la defensa, de la expansión y preservación de la fe cristiana en unos territorios u otros; guerras con el sello del colonialismo y la dominación, por el bien de las almas y la mayor gloria de Dios. Guerras que era necesario calificar de guerras justas y hasta santas. Órdenes militares con el sello y la bendición papal, campando a lo ancho y a lo largo del mundo conocido y por conocer. No solo durante la Edad Media, sino también aquí y ahora, en el siglo XXI. A la sombra de estas guerras y estos dominios, ha crecido su riqueza, su poder, su contradicción, ¿su gloria?

Sin embargo, es justo reconocer que, en esta historia de nuestra querida Iglesia, ha convivido, y también germinado, el valor evangélico y teológico de la paz ("Reina de la Paz", "Príncipe de la Paz", "La paz os dejo, mi paz os doy"...), junto a grandes profetas de la Paz, en su compromiso con los pueblos y las personas víctimas de la ausencia de paz, de la injusticia, víctimas de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones, para su atención, sanación, recuperación física, psicológica o espiritual.

Sin duda, en gran medida se ha llegado a una mayor convivencia, pero no se ha interiorizado una cultura de paz capaz de cambiar el *statu quo*. De las espadas no se han hecho arados ni de las lanzas podaderas, según el sueño del profeta **Isaías**. No tenemos tan lejos el papel de la Iglesia en nuestra Guerra Civil, y las posteriores consecuencias, ni la timidez en posturas más valientes y menos ancladas en lo diplomáticamente correcto, durante la II Guerra Mundial.

En el tuétano de nuestro ADN no solo está la violencia, sino la ausencia de la paz como una mediación, porque no queremos quedar al margen del reparto de los

beneficios que genera nuestra sociedad, por más que nuestra espiritualidad esté transida por el discurso de la paz.

Ciertamente, no nos han faltado las llamadas, desde la encíclica *Pacem in terris* (1963), de **Juan XXIII**, pasando por la Jornada Mundial de la Paz que inauguró **Pablo VI** en 1968 y que se renueva cada 1 de enero, siguiendo por las encíclicas *Deus caritas est* (2005) o *Caritas in veritate* (2009) de Benedicto XVI, hasta la *Fratelli tutti* de Francisco.

Se requiere pasar del discurso a la acción, de los consejos para otros a su aplicación en la propia estructura y gobernanza de la Iglesia, en cada sujeto, en cada miembro de la comunidad cristiana. Pasar de la ideología y del control del poder a la espiritualidad del encuentro fraterno; de los foros internacionales multilaterales, absolutamente necesarios, a situarse y definirse claramente por las víctimas injustamente martirizadas, ponerse a su lado y no preguntar de qué bando es el que está tirado a la orilla del camino. No una paz mediante la preservación del *statu quo*, sino la que demanda una transformación absoluta de los sistemas de desigualdad y opresión entre las personas, en cada pueblo y nación, y entre las distintas naciones.

La búsqueda de la paz es un tema complejo, pero esa complejidad tiene que animar a una Iglesia nueva a posicionarse. Aproximarse (*aproximarse*) a los problemas internacionales promovidos –como ha dicho Francisco– por una economía que mata. Y, al mismo tiempo, trabajar por la convivencia entre las personas, los grupos, los partidos, las tendencias...

Según el estudio sobre la paz global del Institute for Economics and Peace, de junio de 2024, hemos alcanzado el pico más alto de conflictos desde la II Guerra Mundial: un total de 56 guerras permanecen activas, con 92 países involucrados más allá de sus fronteras. No habrá paz mientras no se renuncie definitivamente a las guerras y, a la vez, no se trabajen los valores y esfuerzos de una paz personal, de cada individuo, y de cada comunidad de hermanos y hermanas, de cada colectividad.

En el caso de la Iglesia, este tema –el discurso y la defensa multilateral de la paz– está más claro y comprometido dentro de la alta jerarquía eclesiástica que por parte de la comunidad cristiana de a pie.

Sorprende muchas veces cómo políticos de adscripción cristiana o miembros de comunidades se dejan ganar por una ideología, por la conveniencia política, para adoptar determinadas tomas de postura que se oponen a los principios cristianos de la fraternidad, la acogida, la actitud de compartir... Una Iglesia nueva deberá estar muy al tanto de ese poder de la ideología que, finalmente, conduce a enfrentamientos dentro y fuera de su seno. ¿Serán restos de esa antigua Iglesia las manifestaciones insultantes, incluso violentas, contra el papa Francisco, que no pocos miran con desazón porque muestran cómo el mensaje de paz de Jesucristo se ha convertido para muchos en una cruzada de ideas contra quienes piensan de otro modo?

Y es que en muchos aspectos el tema de la paz es un tema espiritual. Ya lo decía **Etty Hillesum** en su *Diario 1941-1943. Una vida conmovida*: “Una paz no puede ser verdadera si antes cada uno no encuentra paz en su interior y erradica y supera el

odio contra sus semejantes, sea cual sea su raza o pueblo, y lo cambia por algo que ya no es odio y quizás a la larga se convierta en amor”.

Solo entonces “brotará un renuevo del tronco de **Jesé**, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor... La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos... La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león comerá paja, como el buey. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo” (Is 11, 1-9).

Los cambios urgentes: una Iglesia segura y una Iglesia de iguales

Pero esa Iglesia de espiritualidad y acción que soñamos y deseamos no será posible sin la conversión no solo de las personas, sino también de las estructuras. En este tiempo concreto, no podemos dejar de referirnos a dos situaciones intolerables: los abusos, a menores y a personas adultas, y la doble desigualdad que persiste entre hombres y mujeres, y entre ordenados y laicos.

La Iglesia del futuro ha de ser un lugar seguro para todos, en especial para los más débiles en todos los órdenes; una Iglesia vigilante ante la posibilidad de que se abuse de esa debilidad, que establece mecanismos de vigilancia y corrección en todos los niveles de responsabilidad, desde arriba hasta abajo. Una Iglesia consciente de que bajo los abusos hay un uso espurio del poder, también del espiritual, que hay que detectar y erradicar.

La Iglesia, por otra parte, es ya la Iglesia de las mujeres de hecho, pero no de derecho. También, aunque se define como el Pueblo de Dios, no lo es tampoco ni en las leyes ni en la práctica: no cuentan igual las mujeres y los varones, los clérigos y sacerdotes y el laicado. Esta situación, reconocida y denunciada desde hace tiempo, se vuelve cada vez más insostenible. El mismo Papa reconoce y critica el clericalismo dominante. Y una corriente creciente de feministas cristianas reclaman un cambio de paradigma en el gobierno de la Iglesia, hacia la igualdad evangélica, que supone ir más allá de conceder mayores responsabilidades a las mujeres, para situarnos en la perspectiva del reconocimiento real de la mujer y del laicado.

‘Carta a Diogneto’

De las postrimerías del siglo II, conservamos un texto anónimo –la *Carta a Diogneto*– que puede servir como epílogo de este trabajo sobre la nueva Iglesia. Recuperamos aquí una de sus lúcidas reflexiones:

“Porque los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres. Porque no residen en alguna parte en ciudades suyas propias, ni usan una lengua distinta, ni practican alguna clase de vida extraordinaria. Ni tampoco poseen ninguna invención descubierta por la inteligencia o estudio de hombres ingeniosos, ni son maestros de algún dogma humano como son algunos. Pero si bien residen en ciudades de griegos y bárbaros, según ha dispuesto la suerte de cada uno, y siguen las costumbres nativas en cuanto a alimento, vestido y otros arreglos de la vida, pese a todo, la constitución de su propia ciudadanía, que ellos nos muestran, es maravillosa (paradójica), y evidentemente desmiente lo que podría esperarse. Residen en sus propios países, pero solo como transeúntes; comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como los forasteros. Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; pero no se desembarazan de su descendencia (abortos). Celebran las comidas en común, pero cada uno tiene su esposa. Se hallan en la carne, y, con todo, no viven según la carne. Su existencia es en la tierra, pero su ciudadanía es en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y sobrepasan las leyes en sus propias vidas. Aman a todos los hombres, y son perseguidos por todos. No se hace caso de ellos, y, pese a todo, se les condena. Se les da muerte, y aun así están revestidos de vida. Piden limosna, y, con todo, hacen ricos a muchos. Se les deshonra, y, pese a todo, son glorificados en su deshonor. Se habla mal de ellos, y aun así son reivindicados. Son escarnecidos, y ellos bendicen; son insultados, y ellos respetan. Al hacer lo bueno son castigados como malhechores; siendo castigados se regocijan, como si con ello se les reavivara (...).”

► COMUNICACIÓN

Reflexión sobre la Inteligencia Artificial (I)⁴

I. Introducción

1. [*Antiqua et nova*] Con antigua y nueva sabiduría (cf. Mt 13,52) estamos llamados a considerar los cotidianos desafíos y oportunidades propuestos por el saber científico y tecnológico, en particular los del reciente desarrollo de la inteligencia artificial (IA). La tradición cristiana considera que el don de la inteligencia es un aspecto esencial de la creación de los seres humanos «a imagen de Dios» (Gen 1,27). A partir de una visión integral de la persona y de la valoración de la llamada a «cultivar» y «custodiar» la tierra (cf. Gen 2,15), la Iglesia subraya que ese don debería encontrar su expresión a través de un uso responsable de la racionalidad y de la capacidad técnica al servicio del mundo creado.

2. La Iglesia promueve los progresos en la ciencia, en la tecnología, en las artes y en toda empresa humana, viéndolos como parte de la «colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible»⁵. Como afirma el Sirácida, Dios «quien da la ciencia a los humanos, para que lo glorifiquen por sus maravillas» (Sir 38,6). Las habilidades y la creatividad del ser humano provienen de Él y, si se usan rectamente, a Él rinden gloria, en cuanto reflejo de Su sabiduría y bondad. Por lo tanto, cuando nos preguntamos qué significa “ser humanos”, no podemos excluir también la consideración de nuestras capacidades científicas y tecnológicas.

3. Es al interno de esta perspectiva que la presente *Nota* afronta las cuestiones antropológicas y éticas planteadas por la IA, cuestiones que son particularmente relevantes en cuanto que uno de los objetivos de esta tecnología es el de *imitar la inteligencia humana que la ha diseñado*. Por ejemplo, a diferencia de otras muchas creaciones humanas, la IA puede ser entrenada en producciones del ingenio humano y por tanto *generar nuevos “artefactos”* con un nivel de velocidad y habilidad que, con frecuencia, igualan o superan las capacidades humanas, como generar textos o imágenes que resultan indistinguibles de las composiciones humanas, suscitando, por tanto, preocupación por su posible influjo en la creciente crisis de verdad en el

⁴ Extracto de la *Nota ‘Antiqua et nova’* sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana de los dicasterios vaticanos para la Doctrina de la Fe y la Cultura y la Educación (28 de enero de 2025).

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 378. Ver también Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 34: AAS 58 (1966), 1052-1053.

debate público. Además, como tal tecnología está diseñada para aprender y adoptar determinadas decisiones de forma autónoma, adecuándose a nuevas situaciones y aportando soluciones no previstas por sus programadores, se derivan problemas sustanciales de responsabilidad ética y de seguridad, con repercusiones más amplias para toda la sociedad. Esta nueva situación lleva a la humanidad a cuestionarse su identidad y su papel en el mundo.

4. Con todo, existe un amplio consenso en que la IA marca una nueva y significativa fase en la relación de la humanidad con la tecnología, situándose en el centro de lo que el Papa Francisco ha descrito como un «cambio de época»⁶. Su influencia se hace sentir a nivel global en una amplia gama de sectores, incluidas las relaciones personales, la educación, el trabajo, el arte, la sanidad, el derecho, la guerra y las relaciones internacionales. Puesto que la IA sigue avanzando rápidamente hacia cotas aún mayores, es de importancia decisiva considerar sus implicaciones antropológicas y éticas. Esto implica no sólo mitigar los riesgos y prevenir los daños, sino también garantizar que sus aplicaciones se dirijan a promover el progreso humano y el bien común.

5. Para contribuir positivamente a un discernimiento sobre la IA, en respuesta a la invitación de Papa Francisco a una renovada «sabiduría del corazón»⁷, la Iglesia ofrece su experiencia a través de las reflexiones de la presente Nota que se concentran sobre el ámbito antropológico y ético. Empeñada en un papel activo al interno del debate general sobre estos temas, exhorta a cuantos tienen el encargo de transmitir la fe (padres, enseñantes, pastores y obispos) a dedicarse con cuidado y atención a esta cuestión urgente. Si bien está dirigido especialmente a ellos, el presente documento está pensado para ser accesible a un público más amplio, es decir, a aquellos que comparten la exigencia de un desarrollo científico y tecnológico que esté al servicio de la persona y del bien común⁸.

6. Con tal propósito, se intenta sobre todo distinguir el concepto de “inteligencia” en referencia a la IA y al ser humano. En un primer momento, se considera la perspectiva cristiana sobre la inteligencia humana, ofreciendo un marco general de reflexión fundado sobre la tradición filosófica y teológica de la Iglesia. A continuación, se proponen algunas líneas de acción, con el objetivo de asegurar que el desarrollo y el uso de la IA respeten la dignidad humana y promuevan el desarrollo integral de la persona y de la sociedad.

II. ¿Qué es la Inteligencia Artificial?

⁶ Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero de 2020): AAS112 (2020), 307. Cf. Id., *Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas* (21 de diciembre de 2019): AAS 112 (2020), 43.

⁷ Cf. Francisco, *Mensaje para la LVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* (24 de enero de 2024): *L'Osservatore Romano*, 24 de enero de 2024, 8.

⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2293; Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 35: AAS 58 (1966), 1053.

7. El concepto de inteligencia en la IA ha evolucionado en el tiempo, recogiendo en sí mismo una multiplicidad de ideas provenientes de varias disciplinas. Si bien tiene raíces que se remontan a algunos siglos atrás, un momento importante de este desarrollo se produjo en el año 1956, cuando el informático estadounidense John McCarthy organizó un congreso veraniego en la Universidad de Dartmouth para afrontar el problema de la «Inteligencia Artificial», definido como «hacer una máquina capaz de mostrar un comportamiento que se calificaría de inteligente si fuera un ser humano quien lo produjera»⁹. El congreso lanzó un programa de investigación destinado a utilizar máquinas para realizar tareas típicamente asociadas al intelecto humano y al comportamiento inteligente.

8. Desde entonces, la investigación en este sector ha progresado rápidamente, llevando al desarrollo de sistemas complejos capaces de llevar a cabo tareas muy sofisticadas¹⁰. Estos sistemas de la llamada “IA débil” (*narrow AI*) están, generalmente, diseñados para desarrollar tareas limitadas y específicas, como traducir de una lengua a otra, prever la evolución de una tormenta, clasificar imágenes, ofrecer respuestas a preguntas, o generar imágenes a petición del usuario. Si bien en el campo de estudios de la IA se encuentra todavía una variedad de definiciones de “inteligencia”, la mayor parte de los sistemas contemporáneos, en particular aquellos que usan el aprendizaje automático, se basa sobre inferencias estadísticas más que sobre deducciones lógicas. Analizando grandes conjuntos de datos con el objetivo de identificar patrones, la IA puede “predecir”¹¹ los efectos y proponer nuevas vías de investigación, imitando así ciertos procesos cognitivos típicos de la capacidad humana de resolución de problemas. Tal logro ha sido posible gracias a los progresos de la tecnología informática (como las redes neuronales, el aprendizaje automático no supervisado y los algoritmos evolutivos) junto con las innovaciones en equipamiento (como los procesadores especializados). Estas tecnologías permiten a los sistemas de IA de responder a diferentes tipos de estímulos procedentes de los seres humanos, de adaptarse a nuevas situaciones e incluso ofrecer soluciones novedosas no previstas por los programadores originales¹².

9. Debido a estos rápidos avances, muchos trabajos que antes se realizaban exclusivamente por personas se confían ahora a la IA. Estos sistemas pueden complementar o incluso sustituir las capacidades humanas en muchos ámbitos, sobre todo en tareas especializadas como el análisis de datos, el reconocimiento de imágenes y el diagnóstico médico. Si bien cada aplicación de la IA “débil” se adapta para una tarea específica, muchos investigadores esperan llegar a la llamada

⁹ J. McCarthy et al., *A Proposal for the Dartmouth Summer Research Project on Artificial Intelligence* (31 agosto 1955), <http://www-formal.stanford.edu/jmc/history/dartmouth/dartmouth.html> (acceso: 21 de octubre de 2024).

¹⁰ Cf. Francisco, *Mensaje para la LVII Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero de 2024), nn. 2-3; *L'Osservatore Romano*, 14 de diciembre de 2023, 2.

¹¹ Los términos utilizados en este documento para describir los resultados o procesos de la IA se emplean en sentido figurado para ilustrar su funcionamiento y no pretenden atribuirle características humanas.

¹² Cf. Francisco, *Discurso a la Sesión del G7 sobre la Inteligencia Artificial en Borgo Egnazia (Puglia)* (14 de junio de 2024); *L'Osservatore Romano*, 14 de junio de 2024, 3; Id., *Mensaje para la LVII Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero de 2024), n. 2; *L'Osservatore Romano*, 14 de diciembre de 2023, 2.

“Inteligencia Artificial General” (*Artificial General Intelligence*, AGI), es decir a un único sistema, el cual, operando en todos los ámbitos cognitivos, sería capaz de realizar cualquier tarea al alcance de la mente humana. Algunos sostienen que una tal IA podría un día alcanzar el estado de “superinteligencia”, sobrepasando la capacidad intelectual humana, o contribuir a la “superlongevidad” gracias a los progresos de las biotecnologías. Otros temen que estas posibilidades, por hipotéticas que sean, eclipsen un día a la propia persona humana, mientras que otros acogen con satisfacción esta posible transformación¹³.

10. Subyacente a estas y otras muchas opiniones sobre el tema, existe una presunción implícita de que la palabra “inteligencia” debe utilizarse del mismo modo para referirse tanto a la inteligencia humana como a la IA. Sin embargo, esto no parece reflejar el alcance real del concepto. En lo que respecta al ser humano, la inteligencia es de hecho una facultad relativa a la persona en su conjunto, mientras que, en el contexto de la IA, se entiende en un sentido funcional, asumiendo a menudo que las actividades características de la mente humana pueden descomponerse en pasos digitalizados, de modo que incluso las máquinas puedan replicarlas¹⁴.

11. Esta perspectiva funcional queda ejemplificada en el Test de Turing, por el cual una máquina debe ser considerada “inteligente” si una persona no es capaz de distinguir su comportamiento de otro ser humano¹⁵. En particular, en este contexto, la palabra “comportamiento” se refiere a tareas intelectuales específicas, mientras que no tiene en cuenta la experiencia humana en toda su amplitud, que comprende tanto las capacidades de abstracción y las emociones, la creatividad, el sentido estético, moral y religioso, abrazando toda la variedad de manifestaciones de las que es capaz la mente humana. De ahí que, en el caso de la IA, la “inteligencia” de un sistema se evalúe, metodológica pero también reduccionistamente, en función de su *capacidad para producir respuestas adecuadas, es decir, las que se asocian a la razón humana, independientemente de la forma en que se generen dichas respuestas*.

¹³ En estas líneas, se pueden apreciar las principales posiciones de los “transumanistas” y de los “postumanistas”. Los *transumanistas* afirman que los progresos tecnológicos permitirán a los seres humanos sobrepasar los propios límites biológicos, y mejorar las capacidades físicas y cognitivas. Los *posthumanistas*, por su parte, afirman que tales progresos acabarán por alterar la identidad humana de tal manera que los hombres no podrán ni siquiera ser considerados verdaderamente “humanos”. Ambas posiciones se basan en una percepción fundamentalmente negativa de la corporeidad, que es vista más como un obstáculo que como parte integrante de la identidad humana, llamada también ella a participar de la plena realización de la persona. Esta visión negativa contrasta con una comprensión correcta de la dignidad humana. Al tiempo que apoya el auténtico progreso científico, la Iglesia afirma que esta dignidad se basa en la «persona como unidad inseparable» de cuerpo y alma, por tanto «también inherente a su cuerpo, que a su manera participa del ser imagen de Dios de la persona humana» (Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* [8 de abril de 2024], n. 18).

¹⁴ Este planteamiento refleja una perspectiva funcionalista, que reduce la mente humana a sus funciones y supone que éstas pueden cuantificarse plenamente en términos físicos y matemáticos. Sin embargo, incluso en el caso de que una futura AGI pareciera verdaderamente inteligente, seguiría siendo de naturaleza funcional.

¹⁵ Cf. A.M. Turing, «Computing Machinery and Intelligence», *Mind* 59 (1950) 443-460.

12. Sus características avanzadas confieren a la IA capacidades sofisticadas para llevar a cabo tareas, pero no la de pensar¹⁶. Esta distinción tiene una importancia decisiva, porque el modo como se define la “inteligencia” va, inevitablemente, a determinar la comprensión de la relación entre el pensamiento humano y dicha tecnología¹⁷. Para darse cuenta de ello, hay que recordar que la riqueza de la tradición filosófica y de la teología cristiana ofrece una visión más profunda y completa de la inteligencia, que a su vez es central en la enseñanza de la Iglesia sobre la naturaleza, la dignidad y la vocación de la persona humana¹⁸.

III. La inteligencia en la tradición filosófica y teológica

Racionalidad

13. Desde los albores de la reflexión de la humanidad sobre sí misma, la mente ha jugado un papel central en la comprensión de lo que significa ser “humanos”. Aristóteles observaba que «todos los seres humanos por naturaleza tienden al saber»¹⁹. Este saber humano, con su capacidad de abstracción que capta la naturaleza y el sentido de las cosas, le distingue del mundo animal²⁰. La naturaleza exacta de la inteligencia ha sido objeto de las investigaciones de filósofos, teólogos y psicólogos, los cuales han examinado también el modo como el ser humano comprende el mundo y forma parte de él, al tiempo que ocupa un lugar peculiar en él. A través de esta investigación, la tradición cristiana ha llegado a entender la persona como un ser hecho de cuerpo y alma, ambos profundamente conectados a este mundo y, sin embargo, llegando más allá de él²¹.

¹⁶ Si uno atribuye el «pensamiento» a las máquinas, debe especificar que se refiere a procedimientos computacionales, no al pensamiento crítico. Del mismo modo, si uno cree que tales dispositivos pueden funcionar según el pensamiento lógico, debería especificar que éste se limita a la lógica computacional. En cambio, por su propia naturaleza, el pensamiento humano se caracteriza por ser un proceso creativo capaz de ir más allá de los datos iniciales a su disposición.

¹⁷ Sobre el papel fundamental del lenguaje en la formación del entendimiento, cf. M. Heidegger, *Über den Humanismus*, Klostermann Frankfurt am Main, 1949 (tr. esp. *Carta sobre el Humanismo*, Alianza editorial, Madrid 2000).

¹⁸ Para más información sobre estos fundamentos antropológicos y teológicos, véase Grupo de Investigación sobre AI del Centro para la Cultura Digital del Dicasterio para la Cultura y la Educación, *Encountering Artificial Intelligence: Ethical and Anthropological Investigations*, (Theological Investigations of Artificial Intelligence, 1), editado por M.J. Gaudet, N. Herzfeld, P. Scherz, J.J. Wales, Pickwick, Eugene 2024, 43-144.

¹⁹ Aristóteles, *Metafísica*, I.1, 980a21.

²⁰ Agustín de Hipona, *De Genesi ad Litteram libri duodecim*, III, 20, 30: PL 34, 292: «El hombre está hecho a imagen de Dios en relación con la facultad por la que es superior a los animales desprovistos de razón. Pues bien, esta facultad es la razón o la mente o la inteligencia o cualquier otro nombre que se le dé a esta facultad»; Id., *Enarrationes in Psalmos*, 54, 3: PL 36, 629: «Considerando, pues, todas las cosas que posee, el hombre llega a la conclusión de que se distingue de los animales en la medida en que posee inteligencia», Esto lo confirma también Santo Tomás, que afirma que «el hombre es el más perfecto de todos los seres terrestres dotados de movimiento. Y su operación natural propia es la intelección», mediante la cual el hombre abstrae de las cosas y «recibe en la mente los inteligibles en acto» (Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles* 2.76).

²¹ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 15: AAS 58 (1966), 1036.

14. En la tradición clásica, el concepto de inteligencia suele declinarse en los términos complementarios de “razón” (*ratio*) e “intelecto” (*intellectus*). No se trata de facultades separadas, sino, como explica Santo Tomás de Aquino, de dos modos de obrar de la misma inteligencia: «el término *intelecto* se deduce de la íntima penetración de la verdad; mientras *razón* deriva de la investigación y del proceso discursivo»²². Esta sintética descripción permite poner en evidencia las dos prerrogativas fundamentales y complementarias de la inteligencia humana: el *intellectus* se refiere a la intuición de la verdad, es decir, al captarla con los “ojos” de la mente, que precede y sustenta la misma argumentación, mientras la *ratio* se refiere al razonamiento real, es decir, al proceso discursivo y analítico que conduce al juicio. Juntos, intelecto y razón, constituyen las dos caras del único acto del *intelligere*, «operación del hombre en cuanto hombre»²³.

15. Presentar al ser humano como ser “racional” no significa reducirlo a un modo específico de pensamiento, sino reconocer que la capacidad de comprensión intelectual de la realidad conforma e impregna todas sus actividades²⁴, constituyendo también, ejercitada en el bien o en el mal, un aspecto intrínseco de la naturaleza humana. En este sentido, la «palabra “racional” engloba todas las capacidades del ser humano: tanto la cognitiva como la volitiva, amar, elegir, desear. El término “racional” incluye también todas las capacidades corporales íntimamente relacionadas con las anteriores»²⁵. Una perspectiva tan amplia pone de relieve cómo en la persona humana, creada a “imagen de Dios”, la racionalidad se integra para elevar, modelar y transformar tanto su voluntad como sus actos²⁶.

Encarnación

16. El pensamiento cristiano considera las facultades intelectuales en el marco de una antropología integral que concibe el ser humano como un ser esencialmente encarnado. En la persona humana, espíritu y materia «no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza»²⁷. En otras palabras, el alma no es la “parte” inmaterial de la persona encerrada en el cuerpo, así como este no es la envoltura exterior de un “núcleo” sutil e intangible, sino que es todo el ser humano el que es, al mismo tiempo, material y espiritual. Este modo de pensar refleja la enseñanza de la Sagrada Escritura, que considera la persona humana como un ser que vive sus relaciones con Dios y con los otros, de ahí su dimensión típicamente

²² Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 49, a. 5, ad 3. Cf. *ibid.*, I, q. 79; II-II, q. 47, a. 3; II-II, q. 49, a. 2. Para una perspectiva contemporánea que se hace eco de algunos elementos de la distinción clásica y medieval entre estos dos modos de pensamiento, cf. D. Kahneman, *Thinking, Fast and Slow*, New York 2011 (tr. esp. *Pensar rápido, pensar despacio*, Debolsillo, Madrid 2014).

²³ Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 76, a. 1, *resp.*

²⁴ Cf. Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, V.6.1: PG 7[2], 1136-1138.

²⁵ Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* (8 de abril de 2024), n. 9; Francisco, Cart. enc. *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), n. 213: AAS 112 (2020), 1045: «La inteligencia puede entonces escrutar en la realidad de las cosas, a través de la reflexión, de la experiencia y del diálogo, para reconocer en esa realidad que la trasciende la base de ciertas exigencias morales universales».

²⁶ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007), n. 4: AAS 100 (2008), 491-492.

²⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 365. Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 75, a. 4, *resp.*

espiritual, dentro y a través de esta existencia corpórea²⁸. El significado profundo de esta condición recibe más luz del misterio de la Encarnación, por el que Dios mismo asumió nuestra carne que «ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual»²⁹.

17. Aunque profundamente arraigada en una existencia corpórea, la persona humana trasciende el mundo material a través de su alma, que «es como si estuviera en el horizonte de la eternidad y el tiempo»³⁰. A ella pertenecen la capacidad de trascendencia del intelecto y la auto posesión del libre albedrío, por lo que el ser humano «participa de la luz de la inteligencia divina»³¹. A pesar de ello, el espíritu humano no pone en práctica su modo normal de conocimiento sin el cuerpo³². De este modo, las capacidades intelectuales del ser humano forman parte integrante de una antropología que reconoce que él es «unidad de alma y cuerpo»³³. A continuación, se desarrollarán otros aspectos de esta visión.

Relacionalidad

18. Los seres humanos «por su propia naturaleza están ordenados a la comunión interpersonal»³⁴, teniendo la capacidad de conocerse recíprocamente, de donarse por amor y de entrar en comunión con los otros. Por tanto, la inteligencia humana no es una facultad aislada, al contrario, se ejercita en las relaciones, encontrando su plena expresión en el dialogo, en la colaboración y en la solidaridad. Aprendemos con los otros, aprendemos gracias a los otros.

19. La orientación relacional de la persona humana se fundamenta en última instancia, en la donación eterna de sí mismo del Dios Uno y Trino, cuyo amor se revela tanto en la creación como en la redención³⁵. La persona está llamada «a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios»³⁶.

²⁸ De hecho, la Biblia «considera generalmente al ser humano como un ser que existe en un cuerpo y es impensable fuera de él» (Pontificia Comisión Bíblica, «¿Qué es el hombre?» (Sal 8,5). *Un itinerario di antropología bíblica* [30 de septiembre 2019], n. 19). Cf. *ibid.* nn. 20-21, 43-44, 48.

²⁹ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 22: AAS 58 (1966), 1042. Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Dignitas personae* (8 de septiembre de 2008), n. 7: AAS 100 (2008), 863: «Cristo no desdeñó la corporeidad humana, sino que reveló plenamente su sentido y valor».

³⁰ Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles* 2.81.

³¹ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 15: AAS 58 (1966), 1036.

³² Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 89, a. 1, resp.: «La existencia separada del cuerpo no es conforme a su naturaleza [...]. Por eso se une al cuerpo: para existir y obrar conforme a su naturaleza».

³³ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 14: AAS 58 (1966), 1035. Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* (8 de abril de 2024), n. 18.

³⁴ Comisión Teológica Internacional, *Comunión y servicio. La persona humana creada a imagen de Dios* (2004), n. 56. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 357.

³⁵ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Dignitas personae* (8 de septiembre de 2008), nn. 5, 8: AAS 100 (2008), 862-863-864; Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* (8 de abril de 2024), nn. 15, 24, 53-54. [32] [33] [34]

³⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 356. Cf. *ibid.*, n. 221.

20. Esta vocación a la comunión con Dios va necesariamente unida a una llamada a la comunión con los otros. El amor a Dios no puede separarse del amor al prójimo (cf. 1Jn 4,20; Mt 22,37-39). En virtud de la gracia de participar de la vida de Dios, los cristianos llegan a ser imitadores del don desbordante de Cristo (cf. 2Cor 9,8-11; Ef 5,1-2) siguiendo su mandamiento: «que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13,34)³⁷. El amor y el servicio, que se hacen eco de la íntima vida divina de auto-donación, trascienden el interés propio para responder más plenamente a la vocación humana (cf. 1Jn 2,9). Aún más sublime que saber tantas cosas es el compromiso de cuidarnos los unos a los otros: «conociera todos los secretos y todo el saber [...] pero no tengo amor, no sería nada» (1Cor 13, 2).

Relación con la Verdad

21. La inteligencia humana es, en definitiva, un «don de Dios otorgado para captar la verdad»³⁸. En la doble acepción de *intellectus-ratio*, permite a la persona acceder a aquellas realidades que van más allá de la mera experiencia sensorial o de la utilidad, ya que «el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. El interrogarse sobre el porqué de las cosas es inherente a su razón»³⁹. Yendo más allá de los datos empíricos, la inteligencia humana «tiene capacidad para alcanzar la realidad inteligible con verdadera certeza»⁴⁰. Incluso cuando la realidad se conozca sólo parcialmente, «el deseo de la verdad mueve [...] a la razón a ir siempre más allá; queda incluso como abrumada al constatar que su capacidad es siempre mayor que lo que alcanza»⁴¹. Aunque la Verdad en sí misma excede los límites del intelecto humano, éste se siente sin embargo irresistiblemente atraído hacia ella⁴² e impulsado por esta atracción, el ser humano se ve llevado a buscar «una verdad más profunda»⁴³.

³⁷ Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* (8 de abril de 2024), nn. 13, 26-27.

³⁸ Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Donum veritatis* (24 de mayo de 1990), n. 6: AAS 82 (1990), 1552. Cf. Juan Pablo II, Cart. enc. *Veritatis splendor* (6 de agosto de 1993), n. 109: AAS 85 (1993), 1219; Pseudo Dionisio Areopagita, *De divinis nominibus*, 7.2: PG 3, 868B-C: «También las almas tienen discurso racional, en cuanto se mueven ampliamente y en círculos en torno a la verdad de las cosas. [...] Pero, como resultado de la reducción de los muchos en el Uno, pueden ser estimadas dignas de entendimientos semejantes a los de los ángeles, en la medida en que es posible y alcanzable por parte de las almas».

³⁹ Juan Pablo II, Cart. enc. *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 3: AAS 91 (1999), 7.

⁴⁰ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 15: AAS 58 (1966), 1036.

⁴¹ Juan Pablo II, Cart. enc. *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 42: AAS 91 (1999), 38. Cf. Francisco, Cart. enc. *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), n. 208: AAS 112 (2020), 1043. «la inteligencia humana puede ir más allá de las conveniencias del momento y captar algunas verdades que no cambian, que eran verdad antes de nosotros y lo serán siempre. Indagando la naturaleza humana, la razón descubre valores que son universales, porque derivan de ella»; *ibid.*, n. 184: AAS 112 (2020), 1034.

⁴² Cf. B. Pascal, *Pensées*, n. 267 (ed. Brunshvicg): «El último paso de la razón es reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan» (tr. esp. *Pensamientos*, Espasa Calpe, Madrid 1940).

⁴³ Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 15: AAS 58 (1966), 1036. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007), n. 4: AAS 100 (2008), 491-492.

22. Esta tensión innata a la búsqueda de la verdad se manifiesta de una manera especial en las capacidades típicamente humanas de comprensión semántica y de producción creativa⁴⁴, a través de las cuales esta búsqueda se desarrolla «de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social»⁴⁵. Asimismo, una orientación estable hacia la verdad es esencial para que la caridad sea auténtica y universal⁴⁶.

23. La búsqueda de la verdad alcanza su máxima expresión en la apertura a aquellas realidades que trascienden el mundo físico y creado. En Dios todas las verdades obtienen su sentido más elevado y original⁴⁷. Confiar en Dios es «un momento de elección fundamental, en la cual está implicada toda la persona»⁴⁸. De este modo, la persona se convierte en plenitud en aquello que está llamada a ser: «inteligencia y voluntad desarrollan al máximo su naturaleza espiritual para permitir que el sujeto cumpla un acto en el cual la libertad personal se vive de modo pleno»⁴⁹.

Custodia del mundo

24. La fe cristiana considera la creación un acto libre del Dios Uno y Trino, el cual, como explica san Buenaventura, crea «no para hacer crecer la propia gloria, sino para manifestarla y para comunicarla»⁵⁰. Puesto que Dios crea según su Sabiduría (cf. *Sab* 9,9; *Jer* 10,12), el mundo creado esta empapado de un orden intrínseco que refleja su diseño (cf. *Gen* 1; *Dn* 2,21-22; *Is* 45,18; *Sal* 74,12-17; 104)⁵¹, dentro del cual

⁴⁴ La capacidad semántica permite a los seres humanos captar el contenido de un mensaje expresado en cualquier forma de comunicación, de manera vinculada a su estructura material o empírica (como el código informático) y, al mismo tiempo, la trasciende. En este caso, la inteligencia se convierte en una sabiduría que «permite ver las cosas con los ojos de Dios, comprender los vínculos, las situaciones, los acontecimientos y descubrir su sentido» (Francisco, *Mensaje para LVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* [24 de enero de 2024]: *L'Osservatore Romano*, 24 de enero de 2024, 8). La creatividad permite producir nuevos contenidos o ideas, ofreciendo sobre todo un punto de vista original sobre la realidad. Ambas capacidades presuponen una subjetividad personal para realizarse plenamente.

⁴⁵ Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae* (7 de diciembre de 1965), n. 3: AAS 58 (1966), 931.

⁴⁶ La caridad «es mucho más que sentimentalismo subjetivo, si es que está unida al compromiso con la verdad, [...]. Precisamente su relación con la verdad facilita a la caridad su universalismo y así evita ser “relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado” [...] la apertura a la verdad protege a la caridad de una falsa fe que se queda sin “su horizonte humano y universal”» (Francisco, Cart. enc. *Fratelli tutti* [3 de octubre de 2020], n. 184: AAS 112 (2020), 1034). Las citaciones internas han sido tomadas de Benedetto XVI, Cart. enc. *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009), nn. 3-4: AAS 101 (2009), 642-643.

⁴⁷ Cf. Comisión Teológica Internacional, *Comunión y servicio. La persona humana creada a imagen de Dios* (2004), n. 7.

⁴⁸ Juan Pablo II, Cart. enc. *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 13: AAS 91 (1999), 15. Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización* (3 de diciembre de 2007), n. 4: AAS 100 (2008), 491-492.

⁴⁹ Juan Pablo II, Cart. enc. *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 13: AAS 91 (1999), 15.

⁵⁰ Buenaventura, II Sent., d. I, p. 2, a. 2, q. 1, cit. en *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 293. Cf. *ibid.*, n. 294.

⁵¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 295, 299, 302. Buenaventura compara el universo con «un libro, en el que la Trinidad creadora brilla, está representada y es leída» (Buenaventura, *Breviloquium*, 2.12.1), esa misma Trinidad que concede la existencia a todas las cosas. «Cada criatura del mundo es

Él ha llamado a los seres humanos a asumir un papel peculiar: *cultivar y hacerse cargo del mundo*⁵².

25. Plasmado por el divino Artesano, el ser humano vive su identidad de ser una imagen de Dios «custodiando» y «cultivando» (cf. Gen 2,15) la creación, ejercitando su inteligencia y su pericia para ayudarla y desarrollarla según el plan del Padre⁵³. En esto, la inteligencia humana refleja la Inteligencia divina que creó todas las cosas (cf. Gen 1-2; Jn 1)⁵⁴, continuamente la sostiene y la guía a su fin último en Él⁵⁵. Además, el ser humano está llamado a desarrollar sus capacidades en ciencia y en técnica porque en ellas Dios es glorificado (cf. Sir 38,6). Por lo tanto, en una relación adecuada con la creación, por un lado, los seres humanos emplean su inteligencia y habilidad para cooperar con Dios en guiar la creación hacia el propósito al que Él la ha llamado⁵⁶, mientras que, por otra parte, el mismo mundo, como observa san Buenaventura, ayuda a la mente humana a «ascender gradualmente, como por los distintos escalones de una escalera, hasta el sumo principio que es Dios»⁵⁷.

Una comprensión integral de la inteligencia humana

26. En este contexto, la inteligencia humana se muestra más claramente como una facultad que es parte integrante del modo en el que toda la persona se involucra en la realidad. Un auténtico involucrarse implica abarcar la totalidad del ser: espiritual, cognitivo, corporal y relacional.

27. Este interés al afrontar la realidad se manifiesta de varios modos, en cuanto que cada persona, en su unicidad multiforme⁵⁸, busca comprender el mundo, se relaciona

para nosotros como un libro, una imagen y un espejo» (Alano de Lila, *De incarnatione Christi*: PL 210, 579a).

⁵² Cf. Francisco, Cart. enc. *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 67: AAS 107 (2015), 874; Juan Pablo II, Cart. enc. *Laborem exercens* (14 de septiembre 1981), n. 6: AAS 73 (1981), 589-592; Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), nn. 33-34: AAS 58 (1966), 1052-1053; Comisión Teológica Internacional, *Comunión y servicio. La persona humana creada a imagen de Dios* (2004), n. 57: «Los seres humanos ocupan un lugar único en el universo, conforme al plan divino: tienen el privilegio de participar en el gobierno divino de la creación visible. [...] Dado que la situación del hombre como dominador es de hecho una participación en el gobierno divino de la creación, hablaremos aquí de él como de una forma de servicio».

⁵³ Cf. Juan Pablo II, Cart. enc. *Veritatis splendor* (6 de agosto de 1993), nn. 38-39: AAS 85 (1993), 1164-1165.

⁵⁴ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cons. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), nn. 33-34: AAS 58 (1966), 1052-1053). Esta idea se encuentra también en la narración de la creación, donde Dios conduce las criaturas a Adán «para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera» (Gen 2,19), una acción que demuestra la participación activa de la inteligencia humana en la gestión de la creación de Dios. Cf. Juan Crisóstomo, *Homiliae in Genesim*, 14,17-21: PG 53, 116-117.

⁵⁵ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 301.

⁵⁶ Cf. *ibid.*, n. 302.

⁵⁷ Buenaventura, *Breviloquium*, 2.12.1. Cf. *ibid.*, 2.11.2.

⁵⁸ Cf. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), n. 236: AAS 105 (2013), 1115; Id., *Discurso a los participantes en el encuentro de capellanes y responsables de la pastoral universitaria promovido por el Dicasterio para la Cultura y la Educación* (24 de noviembre de 2023): *L'Osservatore Romano*, 24 de noviembre de 2023, 7.

con los otros, resuelve problemas, expresa su creatividad y busca el bienestar integral a través de la sinergia de las diferentes dimensiones de la inteligencia⁵⁹. Esto implica capacidades lógicas y lingüísticas, pero también puede incluir otras formas de interactuar con la realidad. Pensemos en el trabajo del artesano, que «debe ser capaz de discernir en la materia inerte una forma particular que los demás no pueden reconocer»⁶⁰ y sacarla a la luz a través de su intuición y experiencia. Los pueblos indígenas, que viven cerca de la tierra, suelen tener un profundo sentido de la naturaleza y sus ciclos⁶¹. Del mismo modo, el amigo que sabe encontrar la palabra adecuada o la persona que sabe gestionar bien las relaciones humanas ejemplifican una inteligencia que es «producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas»⁶². Como observa el Papa Francisco, «en el tiempo de la inteligencia artificial no podemos olvidar que para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor»⁶³.

28. En el corazón de la visión cristiana de la inteligencia está la integración de la verdad en la vida moral y espiritual de la persona, orientando sus acciones a la luz de la bondad y la verdad de Dios. Según el plan de Dios, la inteligencia entendida en sentido pleno incluye también la posibilidad de gustar de aquello que es verdadero, bueno y bello, por lo que se puede afirmar, con la palabras del poeta francés del siglo XX Paul Claudel, que «la inteligencia es nada sin deleite»⁶⁴. Incluso Dante Alighieri, cuando alcanza el cielo más alto en el Paraíso, puede atestiguar que el culmen de este placer intelectual se encuentra en la «luz intelectual, plena de amor; / amor de verdadero bien, lleno de dicha; / dicha que trasciende toda dulzura»⁶⁵.

29. Una correcta concepción de la inteligencia humana, por tanto, no puede reducirse a la mera adquisición de hechos o a la capacidad de realizar determinadas tareas específicas; sino que implica la apertura de la persona a las cuestiones últimas de la vida y refleja una orientación hacia lo Verdadero y lo Bueno⁶⁶. Expresión en la

⁵⁹ Cf. J.H. Newman, *The Idea of a University*, Discurso 5.1, Basil Montagu Pickering, London 1873³, 99-100 (tr. esp. *La idea de la universidad*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014); Francisco, [Discurso a las comunidades académicas de las universidades e instituciones pontificias romanas](#) (25 de febrero de 2023): AAS 115 (2023), 316.

⁶⁰ Francisco, [Discurso a los representantes de la Confederación Nacional del Artesanado y de la Pequeña y Mediana Empresa \(CNA\)](#) (15 de noviembre de 2024): *L'Osservatore Romano*, 15 de noviembre de 2024, 8.

⁶¹ Cf. Francisco, Exhort. ap. [Querida Amazonia](#) (2 de febrero de 2020), n. 41: AAS 112 (2020), 246; Id., Cart. enc. [Laudato si'](#) (24 de mayo de 2015), n. 146: AAS 107 (2015), 906.

⁶² Francisco, Cart. enc. [Laudato si'](#) (24 de mayo de 2015), n. 47: AAS 107 (2015), 864. Cf. Id., Cart. enc. [Dilexit nos](#) (24 de octubre de 2024), nn. 17-24: *L'Osservatore Romano*, 24 de octubre de 2024, 5; Id., Cart. enc. [Fratelli tutti](#) (3 octubre 2020), nn. 47-50: AAS 112 (2020), 985-987.

⁶³ Francisco, Cart. enc. [Dilexit nos](#) (24 de octubre de 2024), n. 20: *L'Osservatore Romano*, 24 de octubre de 2024, 5.

⁶⁴ P. Claudel, *Conversation sur Jean Racine*, Gallimard, Paris 1956, 32. «La inteligencia y la voluntad se pongan a su servicio [del corazón] sintiendo y gustando las verdades más que quererlas dominar como suelen hacer algunas ciencias», Francisco, Cart. enc. [Dilexit nos](#) (24 de octubre de 2024), n. 13: *L'Osservatore Romano*, 24 de octubre de 2024, 5.

⁶⁵ Dante Alighieri, *Paraíso*, Canto XXX.

⁶⁶ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. [Dignitatis humanae](#) (7 de diciembre de 1965), n. 3: AAS 58 (1966), 931 «La norma suprema de la vida humana es la misma ley divina, eterna, objetiva y universal, por la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo y los caminos de la comunidad humana según el designio de su sabiduría y de su amor. Dios hace partícipe al hombre de esta su ley, de manera que el hombre,

persona de la imagen divina, la inteligencia es capaz de acceder a la totalidad del ser, es decir, de considerar la existencia en su integridad que no se agota en lo mensurable, captando así el sentido de lo que ha llegado a comprender. Para los creyentes, esta capacidad implica, de manera especial, la posibilidad de crecer en el conocimiento de los misterios de Dios a través de la profundización racional de las verdades reveladas (*intellectus fidei*)⁶⁷. La verdadera *intelligentia* está moldeada por el amor divino, que «ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Rm5,5). De esto se deduce que la inteligencia humana posee una dimensión contemplativa esencial, es decir, una apertura desinteresada a lo que es Verdadero, Bueno y Bello, más allá de cualquier utilidad particular.

Límites de la IA

30. A la luz de cuanto se ha dicho, las diferencias entre la inteligencia humana y los actuales sistemas de IA parecen evidentes. Si bien, se trata de una extraordinaria conquista tecnológica capaz de imitar algunas acciones asociadas a la racionalidad, la IA obra solamente realizando tareas, alcanzando objetivos o tomando decisiones basadas sobre datos cuantitativos y sobre la lógica computacional. Con su potencia analítica, por ejemplo, destaca en la integración de datos procedentes de diversos campos, en la construcción de sistemas complejos y el fomento de vínculos interdisciplinarios. De este modo, podría facilitar la colaboración entre expertos para resolver problemas cuya complejidad es tal que «no se pueden abordar desde una sola mirada o desde un solo tipo de intereses»⁶⁸.

31. Sin embargo, aunque la IA procesa y simula ciertas expresiones de la inteligencia, permanece fundamentalmente confinada en un ámbito lógico-matemático, que le impone ciertas limitaciones inherentes. Mientras que la inteligencia humana se desarrolla continuamente de forma orgánica en el transcurso del crecimiento físico y psicológico de una persona y es moldeada por una miríada de experiencias vividas en el cuerpo, la IA carece de la capacidad de evolucionar en este sentido. Aunque los sistemas avanzados pueden “aprender” mediante procesos como el aprendizaje automático, este tipo de formación es esencialmente diferente del desarrollo de crecimiento de la inteligencia humana, ya que está moldeada por sus experiencias corporales: estímulos sensoriales, respuestas emocionales, interacciones sociales y el contexto único que caracteriza cada momento. Estos elementos configuran y modelan el individuo en su propia historia personal. En cambio, la IA, al carecer de cuerpo físico, se basa en el razonamiento computacional y el aprendizaje a partir de vastos conjuntos de datos que comprenden experiencias y conocimientos recogidos, en cualquier caso, por los seres humanos.

32. Por consiguiente, aunque la IA puede simular algunos aspectos del razonamiento humano y realizar ciertas tareas con increíble rapidez y eficacia, sus capacidades

por suave disposición de la divina Providencia, puede conocer más y más la verdad inmutable»; Id., Const. past. *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965), n. 16: AAS 58 (1966), 1037.

⁶⁷ Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius* (24 de abril de 1870), cap. 4, DH 3016.

⁶⁸ Francisco, Cart. enc. *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 110: AAS 107 (2015), 892.

computacionales representan sólo una fracción de las posibilidades más amplias de la mente humana. Por ejemplo, actualmente no puede reproducir el discernimiento moral ni la capacidad de establecer relaciones auténticas. Además, la inteligencia de una persona forma parte de una historia personal de formación intelectual y moral, que configura fundamentalmente la perspectiva de la persona individual, implicando las dimensiones físicas, emocionales, sociales, morales y espirituales de su vida. Dado que la IA no puede ofrecer esta amplitud de comprensión, los enfoques basados únicamente en esta tecnología, o que la asumen como la principal forma de interpretar el mundo, pueden conducir a «perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio»⁶⁹.

33. La inteligencia humana no consiste, principalmente, en realizar tareas funcionales, sino en comprender e implicarse activamente en la realidad en todos sus aspectos, y también es capaz de sorprendentes intuiciones. Dado que la IA no posee la riqueza de la corporeidad, la relacionalidad y la apertura del corazón humano a la verdad y al bien, sus capacidades, aunque parezcan infinitas, son incomparables con las capacidades humanas de captar la realidad. Se puede aprender tanto de una enfermedad, como de un abrazo de reconciliación e incluso de una simple puesta de sol. Tantas cosas que experimentamos como seres humanos nos abren nuevos horizontes y nos ofrecen la posibilidad de alcanzar una nueva sabiduría. Ningún dispositivo, que sólo funciona con datos, puede estar a la altura de estas y otras tantas experiencias presentes en nuestras vidas.

34. Establecer una equivalencia demasiado fuerte entre la inteligencia humana y la IA conlleva el riesgo de sucumbir a una visión funcionalista, según la cual las personas son evaluadas en función de las tareas que pueden realizar. Sin embargo, el valor de una persona no depende de la posesión de capacidades singulares, logros cognitivos y tecnológicos o éxito individual, sino de su dignidad intrínseca basada en haber sido creada a imagen de Dios⁷⁰. Por lo tanto, dicha dignidad permanece intacta más allá de toda circunstancia, incluso en aquellos que son incapaces de ejercer sus capacidades, ya sea un feto, una persona en estado de inconsciencia o un anciano que sufre⁷¹. Ella está en la base de la tradición de los derechos humanos – y específicamente de aquellos que hoy son denominados los “neuroderechos” – que «constituyen un punto de convergencia importante para la búsqueda de un terreno común»⁷² y que, por tanto, puede servir de guía ética fundamental en los debates sobre el desarrollo y el uso responsables de la IA.

⁶⁹ Francisco, Cart. enc. *Laudato si'* (24 de mayo de 2015), n. 110: AAS 107 (2015), 891. Cf. Id., Cart. enc. *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), n. 204: AAS 112 (2020), 1042.

⁷⁰ En el ser humano, Dios «ha impreso su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 26), confiriéndole una dignidad incomparable, [...]. En efecto, aparte de los derechos que el hombre adquiere con su propio trabajo, hay otros derechos que no proceden de ninguna obra realizada por él, sino de su dignidad esencial de persona» (Juan Pablo II, Cart. enc. *Centesimus annus* [1 de mayo de 1991], n. 11: AAS 83 [1991], 807). Cf. Francisco, *Discurso a la Sesión del G7 sobre la Inteligencia Artificial en Borgo Egnazia (Puglia)* (14 de junio de 2024): *L'Osservatore Romano*, 14 de junio de 2024, 3-4.

⁷¹ Cf. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, Decl. *Dignitas infinita* (8 de abril de 2024), nn. 8-9; Congregación para la Doctrina de la Fe, Instr. *Dignitas personae* (8 de septiembre de 2008), n. 22.

⁷² Francisco, *Discurso a los participantes a la Asamblea Plenaria de la Pontificia Academia para la Vida* (28 de febrero de 2020): AAS 112 (2020), 310.

35. A la luz de esto, como observa el Papa Francisco, «el uso mismo de la palabra “inteligencia”» en referencia a la IA «es engañoso»⁷³ y corre el riesgo de descuidar lo más valioso de la persona humana. Desde esta perspectiva, la IA no debe verse como una *forma artificial* de la inteligencia, sino como uno de sus *productos*⁷⁴.

⁷³ Francisco, *Mensaje para la LVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales* (24 de enero de 2024): *L'Osservatore Romano*, 24 de enero de 2024, 8.

⁷⁴ En este sentido, la expresión “inteligencia artificial” debe entenderse como un término técnico para la tecnología pertinente, recordando que la expresión también se utiliza para designar el campo de estudio y no sólo sus aplicaciones.

El beato Pier Giorgio Frassati y Don Bosco⁷⁵

Federica Baradello

Buenas tardes a todos, me siento honrada de estar aquí y les agradezco que me hayan dado la oportunidad de encontrarme con ustedes y de reunir a dos figuras como Pier Giorgio Frassati y Don Bosco, que de diferentes maneras han acompañado mi camino de fe a lo largo de los años.

No soy una teóloga, ni una experta en la vida de Pier Giorgio, sólo soy una joven adulta, nacida en esta ciudad, consciente de que los turineses somos afortunados, porque nuestras calles han sido recorridas por los pasos de tantos hombres y mujeres que nos han mostrado una forma diferente de andar por el mundo, iluminados por el encuentro con el Evangelio.

Don Bosco, José Allamano, José Cafasso, Julia Colbert de Barolo son sólo algunos de los nombres que podríamos citar, y me gusta recordar entre ellos también a un joven beato, Pier Giorgio Frassati, quizá menos conocido, que pronto será proclamado santo, precisamente durante el Jubileo de los jóvenes: lo anunció el Papa Francisco en la audiencia general del 20 de noviembre.

Pier Giorgio

Vienen ustedes a abrir un año de camino «anclado en la esperanza», al hilo del mensaje que el Papa ha querido dejarnos para este año jubilar.

¿Qué puede decirnos la breve experiencia terrena del hijo de una familia acomodada de clase media que vivió hace cien años?

Pier Giorgio vivió en las primeras décadas del siglo pasado. Nació en 1901, en el seno de una familia adinerada muy conocida en la época: su padre, Alfredo, había fundado

⁷⁵ Intervención en las XLIII Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana (16-19 de enero de 2025).

el diario *La Stampa* (aún hoy uno de los principales periódicos nacionales) y llegó a ser embajador en Alemania y senador del Reino de Italia. Su madre, Adelaide Ametis, era una pintora de talento, de carácter fuerte y principios intransigentes. De estas premisas podría haber nacido la historia corriente de un joven al que no le faltaba de nada y que podría haber aspirado a una vida igualmente rica y exitosa, de no haber fallecido muy pronto, con sólo 24 años.

Sus decisiones

Sin embargo, en su corta vida, Pier Giorgio tomó decisiones que pueden parecer sorprendentes.

Se matriculó en ingeniería de minas, una elección que hoy puede no parecernos tan extraña (incluso con visión de futuro), pero que para una familia adinerada de la época, sin duda lo era. Significaba elegir un trabajo de segunda clase, agotador y demasiado cercano al trabajo manual, por no mencionar que había que llevar adelante el negocio familiar, y que una licenciatura en Derecho habría sido mucho más útil.

Pero Pier Giorgio quería que su trabajo fuera algo más que un trabajo cualquiera: tenía que permitirle hacer algo por los últimos, y ¿quiénes eran los últimos trabajadores si no los mineros? Acosados, mal pagados, en lugares de trabajo sin medidas de seguridad, arriesgaban su vida cada día y a menudo quedaban discapacitados de por vida. Con un título de ingeniero, quizás podría haber mejorado la condición de algunos de ellos.

Optó por entrar en las casas malolientes y que carecían de higiene, hacinadas de gente (niños, ancianos, a veces incluso animales), que había aquí en Turín, en la zona del *Quadrilatero*, cerca de la Iglesia de la Consolata, justo enfrente, donde hoy vemos hermosos edificios renovados y podemos encontrar a jóvenes y adultos disfrutando de la movida del sábado por la noche.

En aquella época, la realidad era bien distinta: un barrio de inmigrantes donde las condiciones económicas eran extremadamente precarias. Y Pier Giorgio no se limitaba a entrar en aquellas casas el tiempo estrictamente necesario para «hacer caridad», sino que se quedaba, escuchaba, consolaba, entraba en relación con aquellas personas aparentemente tan distantes de él. Cada viernes participaba en las rondas organizadas por la Conferencia de San Vincenzo y a menudo acudía al hospital del Cottolengo para visitar a los enfermos.

Tras luchar durante años en los libros de ingeniería para perseguir su sueño de servir a los pobres con su trabajo, abandonó esa profesión, y no por falta de fuerza de voluntad ante un examen no aprobado (una vez más). Cedió a la petición de su padre, complaciendo su deseo: hacerse cargo de la dirección de la empresa familiar, «*La Stampa*», el famoso periódico local. La petición ni siquiera vino en persona de su padre; prefirió enviar a uno de sus empleados a pedir a Pier Giorgio este sacrificio.

Antes, también había renunciado a declarar su amor a la chica que amaba, Laura Hidalgo, cuya condición social no era la adecuada para ser acogida en la familia de un embajador, senador del reino. A Pier Giorgio no le importaba nada el origen social de la que ya era su íntima amiga, pero no quería comprometer el ya frágil matrimonio de sus padres con una excusa más para la disputa.

Corría el año 1925. Su hermana Luciana acababa de casarse y ahora vivía en Holanda con su marido, y Pier Giorgio a veces se sentía solo en una familia cada vez más minada por los conflictos.

Sin embargo, ¡no estaba triste! En aquel año, el más difícil de su vida, que coincidiría con su repentina muerte por enfermedad, escribió a su hermana: «Queridísima, me preguntas si estoy alegre, ¿y cómo no podría serlo? Mientras la Fe me dé fuerzas, ¡siempre alegre! Todo católico no puede sino estar alegre: la tristeza debe ser desterrada de las almas católicas. La pena no es tristeza, que es una enfermedad peor que cualquier otra... El fin para el que hemos sido creados nos muestra el camino, sembrado aunque con muchas espinas, pero no un camino triste: es alegre incluso a través del dolor» (14 de febrero de 1925).

Creo que para vosotros en particular, que conocéis bien la «santa alegría» de Don Bosco, estas palabras están llenas de significado.

Opciones miradas con los ojos de la fe y de la esperanza

Aquí creo que todas estas opciones pueden parecer menos sorprendentes si las miramos con los ojos de la fe y de la esperanza. Porque Pier Giorgio se movía por el mundo como un joven laico enamorado de Cristo, con los ojos de la esperanza evangélica. Que no es una esperanza cualquiera: es una actitud fundada en la certeza de la resurrección que empuja a actuar, crea una urgencia de materializarse en el mundo a través de nuestras acciones. «Jesús me visita cada mañana con la Comunión, y yo se la devuelvo como puedo visitando a sus pobres»⁷⁶, respondió a un amigo que le preguntó si no había algo de utopía en esos ideales de su vida.

Frente a una de esas casas malolientes, Carlo Florio, otro amigo voluntario, también en San Vincenzo, le preguntó: «¿Cómo se vence la repulsión?». «No olvides nunca», respondió, «que aunque la casa sea sórdida, te acercas más a Cristo. Recuerda lo que dijo el Señor: el bien que se hace a los pobres es un bien que se me hace a mí»⁷⁷. Hay en Pier Giorgio esta urgencia de dar testimonio tangible con la propia vida de la Esperanza descubierta en el encuentro con Cristo. Fe y acción en la caridad están inseparablemente unidas, una consecuencia de la otra.

Testimonio de esta tensión por la acción en la adhesión al mensaje evangélico son las numerosas «fichas» de los grupos a los que se había adherido y que, en formas y lugares diversos, le permitieron encontrar a tantas personas para las que podía convertirse en testigo de esperanza: además de San Vicente, estaban la FUCI

⁷⁶ A. Cojazzi, Pier Giorgio Frassati, SEI Editrice, Torino, 1929.

⁷⁷ Luciana Frassati, *Mi hermano Pier Giorgio*, La Caridad, Effatá Editora, Cantalupa 2013, 42-43.

(Asociación Católica Universitaria), la Juventud Católica (entonces sección juvenil de la Acción Católica), el CAI y la “joven montaña”, los grupos de adoración eucarística...

Y todas las personas que había conocido, en la asociación, en la universidad, en sus hogares pobres, en las calles, en el Cottolengo, eran para él un encuentro diario con Cristo. También para ellos debía estar claro que este joven de buena familia no actuaba para «lavar su conciencia», porque el día de su funeral la calle y la plaza delante de su iglesia parroquial estaban llenas de gente de todas las clases sociales: gente incluso demasiado humilde para entrar en la iglesia junto a las autoridades locales, que presentaban sus respetos al hijo del senador, pero demasiado cariñosa para no estar allí para darle el último adiós. Realmente había sabido hacerse cercano a ellos y ser para ellos un signo de esperanza.

Pier Giorgio murió a los 24 años, en pocos días, de poliomielitis fulminante, probablemente contraída al visitar a pobres y enfermos. Uno de sus últimos gestos fue escribir una nota para un cohermano de San Vicente, recomendándole que entregara unas medicinas para una familia que las esperaba y la póliza de un prestamista para que fuera renovada en beneficio de otra familia.

Gozo profundo

Este «camino sembrado de muchas espinas», del que hablábamos antes, no le quitó hasta el final la profunda alegría sembrada en su corazón por el encuentro con el Señor: sabía que le conduciría al jardín de las «rosas sin espinas», podría haber dicho Don Bosco.

Creo que las opciones que os he mencionado son signos tangibles de que Pier Giorgio Frassati vivió bajo el signo de esa «verdadera esperanza, anclada en el Señor», que, como escribió el Rector Mayor en la presentación del estrena de este año, «no sucumbe ante las dificultades porque está fundada en la fe y alimentada por la caridad». De este modo –añadió– podremos continuar por el camino de la vida, no sólo sobreviviendo, sino viviendo con autenticidad cristiana»⁷⁸.

Palabras de Pier Giorgio

Para despedirme quiero leerles algunas palabras más de Pier Giorgio, tomadas de una carta escrita a un amigo, Isidoro Bonini, en febrero de 1925:

«Cada día comprendo mejor qué gracia es ser católico. Pobres desgraciados los que no tienen Fe: vivir sin una Fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener la Verdad en una lucha continua, no es vivir sino pasarla bien. No hay que pasarla bien sino vivir, pues incluso a través de cada desilusión debemos recordar que somos los únicos que poseemos la Verdad, tenemos una Fe que sostener, una Esperanza que

⁷⁸ Cardenal Ángel Fernández Artime, Rector Mayor SDB, Presentación del Aguinaldo para el año 2025, “Anclados en la esperanza, peregrinos con los jóvenes”.

alcanzar, nuestra Patria. Y así desterrar toda melancolía, que sólo puede existir cuando se pierde la Fe. [Las penas humanas nos afectan, pero si son vistas a la luz de la Religión y por tanto de la Resignación, no son dañinas sino saludables porque purifican el Alma de las pequeñas pero inevitables manchas con que muchas veces nos manchamos los hombres debido a nuestra mala naturaleza]. En esta Santa Cuaresma, elevemos nuestros Corazones y siempre adelante para el triunfo del reinado de Cristo en la Sociedad (a Isidoro Bonini, 27 de febrero de 1925)».

Me apetece, para terminar, apropiarme de este saludo, dirigido a uno de sus amigos más queridos, pensando en el año que comienza: «Levanten los Corazones y siempre adelante para el triunfo de la Esperanza de Cristo en la Sociedad». ¡Feliz viaje, hacia arriba!

PASTORAL

Hacer comunidad⁷⁹

Eloy Bueno de la Fuente⁸⁰

Hablar de comunidad en un Congreso sobre Pastoral Vocacional es evidente y necesario porque toda vocación cristiana es eclesial y porque la vida eclesial es un dinamismo permanente de vocaciones. Vocación y comunidad por tanto van siempre unidas, porque se exigen y se necesitan recíprocamente. Por ello esta exposición vive de este presupuesto y pretende desplegar sus implicaciones y potencialidades.

La Iglesia en lo concreto debe vivirse y manifestarse como un *nosotros* que sea de modo efectivo un *sujeto histórico* capaz de asumir sinodalmente la misión para la que existe. Ello no sería posible si cada bautizado (o cada grupo) actuara de modo aislado. Como afirma Francisco, sin el “nosotros” que trasciende el “yo” de los intereses particulares la vida (también y sobre todo la eclesial) se fractura.

Dentro de este horizonte adquiere todo su sentido y relieve el lema del Congreso *¿Para quién soy yo?* Un ejemplo magnífico de respuesta a esta pregunta la ofrece san Agustín en su famosa frase, que tiene especial significado por tratarse de un obispo: *con vosotros soy cristiano y para vosotros soy obispo* (Ser 340,1). Con ello se nos ofrece una clave de comprensión para nuestra tarea de estos días: el ministerio episcopal es esencial en una comunidad eclesial, pero no puede desgajarse o desvincularse de los otros: es un servicio (*diakonía*) que se presta a los demás pero desde la base compartida del bautismo que otorga la condición y la dignidad de cristianos (*koinonía*).

Esto lo comprenderemos mejor si somos conscientes de lo que significa *ser Iglesia*, porque ello nos permitirá superar algunas “desviaciones” (en expresión de Francisco) o “llagas” (en expresión de Rosmini) que bloquean una experiencia auténtica de la eclesialidad.

⁷⁹ Ponencia marco de una de las secciones del Congreso Nacional de Vocaciones (Madrid, febrero de 2025).

⁸⁰ Catedrático de la Facultad de Teología del Norte (Burgos).

1.- ¿Quiénes somos la Iglesia?

La pastoral vocacional solo podrá plantearse de modo adecuado, ilusionante y fecundo si se afronta desde su raíz la enfermedad (desviación o llaga) fundamental de nuestra experiencia eclesial: esa enfermedad es la distancia que muchos establecen entre la experiencia subjetiva de creyente y la realidad objetiva del “nosotros” eclesial; esa distancia contrapone la realidad de la persona creyente y la Iglesia en su conjunto, con lo cual la eclesialidad queda reducida a algo vago e impreciso, al cumplimiento de determinadas normas o prácticas o a la satisfacción que otorga la pertenencia a un grupo afectivo.

Un síntoma de esta insuficiencia es la normalidad con la que se pregunta *¿qué es la Iglesia?*; desde esta perspectiva la Iglesia aparecerá como una organización institucional, como una estructura sacramental, como un sistema doctrinal o moral, encarnado en algunas personas que ejercen un ministerio (obispos y sacerdotes), pero en cualquier caso siempre como “otra cosa” distante y distinta del bautizado.

La perspectiva cambia sustancialmente cuando se pregunta: *¿quiénes somos la Iglesia?* (o, en todo caso, *¿quién es la Iglesia?*). La primera pregunta se refiere a cosas; esta segunda sin embargo pone de relieve que la Iglesia es una *realidad personal* y que, en consecuencia, pasan a primer plano las relaciones que se van generando en el ejercicio de la misión y en el servicio al Reinado de Dios anunciado por Jesús; este anuncio (*kerygma*) resonó entonces como un jubileo, que sedujo a sus discípulos como el objetivo al que valía la pena consagrar la vida entera. ¿Es esa nuestra experiencia actual?

El Documento final del pasado Sínodo sobre la sinodalidad, incorporado por Francisco a su magisterio ordinario, refleja esta misma perspectiva: “La sinodalidad implica una profunda conciencia vocacional y misionera, fuente de un estilo renovado en las relaciones eclesiales (n. 141). Tras describir el corazón de la sinodalidad y afirmar que la sinodalidad es dimensión constitutiva de la Iglesia, presenta la Iglesia desde esta perspectiva relacional. Y es precisamente en el entramado de las relaciones personales que constituyen la Iglesia donde son mencionados (el documento los presenta unidos porque viven de la misma lógica y del mismo dinamismo) *los carismas, las vocaciones, los ministerios*. Todos ellos deben ser entendidos en el seno de la comunidad eclesial, porque viven de ella y a la vez la alimentan, la enriquecen, le dan contenido de realidad: “Las diversas vocaciones eclesiales son expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y a la misión” (n. 57). Una Iglesia sinodal es una Iglesia más capaz de alimentar relaciones; ello reclama una “conversión relacional” para que se haga transparente la gracia de Cristo, el amor del Padre, la comunión del Espíritu” (n.50). Toda vocación por tanto debe ser vista en este marco relacional y eclesial, y de modo recíproco las relaciones genuinamente eclesiales se irán traduciendo y concretando en las opciones vocacionales de cada uno de los bautizados. Desde este presupuesto resulta posible responder a la pregunta *¿para quién soy yo?* y entender mejor *quién es la Iglesia*.

2.- La Iglesia como vocación: existe gracias a una llamada para la misión

La Iglesia (como indica el término griego *ek-klesía*) es la reunión o asamblea que se ha producido en virtud de una convocatoria: el anuncio del Jesús muerto y resucitado (el *kerygma*) resuena como una convocatoria, a la que algunos (entre muchos) han respondido y se han reunido para celebrarlo, testimoniarlo y comunicarlo. Por eso podemos decir que la *Iglesia es vocación*: es una comunidad de llamados, de vocacionados. Sin este dinamismo de la vocación no habría ni Iglesia ni cristianos.

La Iglesia, en consecuencia, no surge por iniciativa humana ni por procesos de carácter psicológico o sociológico, sino por iniciativa de Dios, del Dios Trinidad que sale al encuentro de los hombres “como amigo” (DV 2). Ahora bien, este acercamiento de Dios es a la vez una llamada y un envío: la Iglesia es llamada para algo, para una misión que es de alcance universal: para acercarse a todos, para dar realidad en el mundo al proyecto de Dios, para comunicar ese amor “hasta el extremo” (Jn 13,1), que la coloca permanentemente *en salida*, al encuentro de la humanidad peregrina. El Dios que llama es a la vez un Dios misionero. Por ello se puede afirmar con toda verdad que no es la Iglesia la que tiene una misión, sino que la misión del Dios Trinidad tiene una Iglesia; esa misión en favor de la humanidad y de la creación entera antecede a la Iglesia y la llama a la existencia. Desde este punto de vista podemos decir que la misión de Dios antecede a la Iglesia y que la misión de la Iglesia antecede (y por ello acoge y engendra) al creyente individual. Vocación y misión van íntimamente unidas: toda vocación es un ejercicio de la misión.

Ser cristiano no es un hecho meramente biológico o natural en virtud del nacimiento. El cristiano, decía Tertuliano, no nace, se hace (Apol XVIII,4). Ello supone una opción, una decisión, como respuesta a la gracia de un don previo de Dios y del anuncio del Evangelio. El bautismo es de hecho un nuevo nacimiento, que debe ser considerado en conexión con la confirmación y la eucaristía (en el seno del dinamismo del gran sacramento de la iniciación cristiana). Es un nuevo nacimiento *para integrarse como protagonista* en la historia de amor iniciada por el mismo Dios que se entrelaza en la historia misma de los seres humanos. La diversidad de vocaciones será la irradiación múltiple de ese amor regalado desde el principio en favor de la familia humana. El bautismo no es algo que pertenece al pasado de cada cristiano, sino la base (y el contenido) de toda su vida cristiana; desde ese punto de vista la Iglesia puede ser considerada como la comunión de misiones personales. El yo está integrado en el “nosotros” eclesial.

La imposición del nombre propio en el acontecimiento bautismal expresa lo que está en juego en el misterio profundo de la persona: el Dios misionero por su propia iniciativa llama a cada uno por su nombre para que pueda vivir en plenitud en esa historia de amor en y desde el dinamismo de las relaciones eclesiales. En virtud del bautismo cada uno recibe una llamada a la santidad, que deberá irse modulando gracias a las relaciones en la Iglesia y al ejercicio de la misión.

Una imagen del Nuevo Testamento muestra de modo visible esta vinculación tan íntima entre el yo bautizado y el nosotros eclesial: vosotros sois *piedras vivas* del edificio (la Iglesia) que está construyendo el Espíritu (1Pe 2,5); como la Iglesia es una realidad personal, requiere piedras vivas, no piedras muertas; estas sirven para un templo físico y meramente mundano; aquellas nos remiten a una realidad personal, de personas reales protagonistas de una historia de amor y de una misión.

Esta misma perspectiva se expresa de modo gráfico en un libro escrito en Roma en la primera mitad del siglo II y que (a pesar de algunas expresiones extrañas) gozó de una enorme popularidad en la antigüedad cristiana: el Pastor de Hermas. El personaje principal es destinatario de una serie de visiones, de las que nos interesa recordar una de ellas que destaca aspectos fundamentales de nuestro tema: a) el vidente contempla una torre que está siendo edificada en medio del agua; la torre es evidentemente la Iglesia que se va construyendo gracias a las aguas del bautismo; b) la torre va alzándose y adquiriendo figura gracias a las piedras, de diversas formas; estas inicialmente se encuentran fuera del agua, es decir, aún no han pasado por el agua bautismal; c) esas piedras distintas, según sus características, están llamadas a ser apóstoles, doctores, viudas... una vez que se purifiquen y pasen a una vida nueva gracias a la renovación bautismal; d) quien explica a Hermas el significado de la visión es una mujer; esta al comienzo aparece envejecida, y progresivamente va rejuveneciendo; el significado es claro: la Iglesia recupera su juventud y su lozanía gracias a la aportación, a la novedad y a la frescura de las nuevas piedras (piedras vivas), que aportan su belleza a la torre que se está construyendo (Vis IV,2; Comp IX).

3.- Centralidad y protagonismo del bautizado como Iglesia

Estas ideas se encuentran en la base del planteamiento eclesiológico del Vaticano II, que ha sido comparado con un auténtico giro copernicano: se superaba una visión de la Iglesia que numerosos Padres conciliares caracterizaban como triunfalista, eclesiocéntrica y clerical; la constitución dogmática *Lumen Gentium* introdujo como capítulo segundo la noción *Pueblo de Dios*, tras haber hablado del Misterio de Dios y de la Iglesia, pero antes de hablar de la jerarquía, del laicado, de la vida religiosa; con este cambio novedoso se estaba indicando que las diversas vocaciones, carismas y ministerios tenían su sentido y su función en el seno del Pueblo de Dios.

En este capítulo se encuentra en el centro la categoría *christifidelis*, es decir, el fiel cristiano, el bautizado. La Iglesia es el Pueblo de Dios, integrado por una multitud de miembros, los bautizados, renovados por la acción del Espíritu. Este dato tiene unas enormes implicaciones.

Ante todo la *igualdad fundamental*, y por ello la igual dignidad, de todos los bautizados. La igual dignidad de todos los bautizados significa que cada uno de ellos puede arrogarse la eclesialidad con pleno derecho, pues en esa condición bautismal radica el “timbre de honor y de gloria” de cada uno. En cuanto hijos del Padre y miembros de la misma familia, la jerarquía no puede ser entendida o practicada conforme a los modelos mundanos, es decir, la Iglesia no es una pirámide, dado que

todo en ella es servicio; en todo caso habría que hablar de “pirámide invertida”, como dirá Francisco. Así se supera la tentación del clericalismo, que sin duda influye en el malestar que comentábamos anteriormente.

En virtud de la igual dignidad todos los bautizados son *co-responsables* de la misión de la Iglesia. Ningun bautizado podrá retraerse o distanciarse de la Iglesia y su misión. Ciertamente se trata de una responsabilidad diferenciada, porque la Iglesia no es una masa indiferenciada o anárquica, expuesta al capricho o a la arbitrariedad. Precisamente porque la gracia bautismal y el don del Espíritu se concretan y se modulan en función de los carismas y de las necesidades, tiene que existir un orden que haga viable la edificación, que lo oriente todo a la misión, que garantice la comunión en la diversidad, que sirva al bien de todos, especialmente de los más débiles.

La igual dignidad y la co-responsabilidad quedan ratificadas, profundizadas y ampliadas, por la *condición sacerdotal de todo bautizado*, en cuanto participa en el sacerdocio de Cristo. Este aspecto no ha sido suficientemente desarrollado en la vida eclesial, a pesar de su base neotestamentaria (1P2 2,5; Ap 1,6), de haber sido reafirmado por el Vaticano II (LG 10), y de su potencialidad espiritual y pastoral. El sacerdocio bautismal hace presente la función mediadora y reconciliadora de Cristo en favor de la humanidad: esta acción redentora alcanza su consumación en el misterio pascual, en virtud de la entrega de su vida hasta la muerte y de la entrada en la gloria del Padre, cuando el Resucitado queda constituido como intercesor y pontífice de una alianza nueva e insuperable. En el estado glorificado Jesús establece una comunicación permanente entre la “orilla de Dios” y la “orilla del mundo”; gracias a él ni Dios queda sin mundo ni el mundo queda aislado o separado de Dios. El sacerdocio de Jesús constituye el fundamento y el manantial de la esperanza cristiana y asimismo de toda actividad eclesial.

Esta condición sacerdotal convierte la vida entera del bautizado en una auténtica liturgia (Rom 12,1): toda su existencia, en sus quehaceres cotidianos, queda transformada en culto a Dios en la medida en que vive como discípulo de Jesús al servicio del Reino. Más aún: de este modo *en cada bautizado la Iglesia está en salida*, haciéndose presente en el entramado complejo y difícil de las realidades y de las relaciones humanas, sociales, económicas, políticas. En todas esas circunstancias el bautizado “lleva consigo la Iglesia” (porque es Iglesia), gracias a lo cual se supera toda tentación de clausura o de *ghetto*. Desde este punto de vista podemos hablar de una “Iglesia en salida” como rasgo constitutivo de su ser. San Pablo lo expresa con un lenguaje claro y comprensible: recuerda a los corintios que “vuestro cuerpo” es templo del Espíritu (1Cor 3,16-17;6,10). El cuerpo designa al ser humano en todo el abanico de las actividades que lleva a cabo con los demás (el ocio y el trabajo, lo que hace reír y llorar, los encuentros y los proyectos...), pues en todas esas circunstancias se irradia el perfume de la novedad cristiana: dando testimonio de Cristo en todas partes y dando razón de su esperanza (1Pe 3,15) a quienes se lo pidan. Esta función sacerdotal encierra unas inmensas posibilidades vocacionales.

La centralidad del sacerdocio bautismal ni oscurece ni difumina el sentido y la necesidad del sacerdocio ministerial u ordenado. No deben ser contrapuestos, ni planteados en concurrencia o como alternativa. Uno y otro deben ser comprendidos

y vividos en su mutua relación, en una reciprocidad que da sentido a ambos, “pues participan, cada uno a su manera del único sacerdocio de Cristo”. El mismo Vaticano II precisa que entre ellos existe una diferencia “esencial y no solo de grado” (LG 10). Es una expresión ciertamente difícil de precisar. No obstante la *Relatio* presentada en el aula conciliar aporta una explicación iluminadora y enriquecedora (AS 3/1, 500-501): en cierta medida, o bajo un aspecto, el ministerio ordenado antecede al sacerdocio bautismal, pero desde otro punto de vista el sacerdocio bautismal antecede al sacerdocio ministerial; ello no constituye una contradicción, porque se sitúan a niveles distintos. Desde esta óptica podemos alcanzar su significado más profundo y fecundo: el sacerdocio bautismal se sitúa en el nivel de los fines, y el sacerdocio ministerial en el orden de los medios; dicho de otro modo: el ministerio ordenado tiene como objetivo *servir para que el sacerdocio bautismal* -en el sentido que hemos indicado- *se realice plenamente*, haciendo que la Iglesia exista realmente en salida, como servidora de la humanidad y sacramento universal de salvación.

Esta conjugación de ambos sacerdocios y la dinámica de Iglesia en salida se percibe (y se debe expresar con mayor nitidez) en la celebración de la eucaristía. La comunidad celebrante en su conjunto es protagonista porque es incorporada en el acto sacerdotal y mediador de Cristo. Ahora bien, por un lado la comunidad eucarística no es un grupo amorfo, sino que está articulada de modo diferenciado: *todos* participan de modo activo, *algunos* desempeñan ministerios diversos y *uno* preside expresando la armonía del conjunto. Por otro lado, en la celebración eucarística confluye lo más íntimo del misterio eclesial y lo más externo de su misión (el servicio de la caridad, los proyectos de pastoral, la solidaridad con los clamores del mundo...deben hacerse presentes en la liturgia comunitaria).

En este marco eclesial se expresa con toda claridad la identidad del ministerio ordenado (del sacerdocio ministerial), como icono del Señor resucitado, en una doble dirección: a) por un lado, en cuanto representa al Señor resucitado y así hace visible que la comunidad eclesial (*ekklesía*) no surge por iniciativa humana, sino que es llamada y convocada por el Viviente, el Señor de la Iglesia; b) por otro lado, en virtud de la sucesión apostólica garantiza la vinculación de la comunidad eclesial reunida con el testimonio originario de la Pascua, y a su vez sirve a la comunión entre los distintos miembros de la iglesia y con todas las comunidades eclesiales.

4.- La Iglesia existe en lo concreto

La Iglesia no existe de modo abstracto o genérico sino en un lugar, habitado por personas concretas. Cuando hablamos de Iglesia como realidad personal, como un “nosotros” en cuanto sujeto histórico, y por tanto en un entramado de relaciones personales, estamos diciendo que la Iglesia existe en lo concreto del mundo y de la historia, en bautizados de carne y sangre, con rostros y con nombres únicos e intransferibles, en unas circunstancias sociales, culturales y políticas determinadas.

Así lo confirma la experiencia histórica real, en los diversos procesos en los que nacen las diversas iglesias (eclesiogénesis), según vemos en los relatos neotestamentarios. El ejemplo de san Pablo lo muestra con claridad en sus cartas: en

diversas ciudades, de población cosmopolita y multicultural, el apóstol lanza su convocatoria (el *kerygma*) y congrega un grupo que se reúne en asamblea; esas personas se vuelven a dispersar para continuar sus diversas actividades en la vida de la ciudad, sintiéndose Iglesia en salida y ejerciendo su sacerdocio como misión.

Cada una de esas iglesias concretas es consciente de formar parte de la única Iglesia de Cristo, porque todas ellas responden a la misma convocatoria de Dios. Así surgen las *iglesias locales o particulares* (las diócesis), que son definidas por el Vaticano II en *Christus Dominus* 11 como una *porción* (evita hablar de “parte”) *del Pueblo de Dios*, que se confía a un obispo (con su presbiterio), reunida en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía; lógicamente ello supone un grupo humano enraizado en su cultura, en su historia y en su sociedad. Por ello puede concluir el Concilio de modo solemne: en cada una de esas iglesias “está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”. En la misma línea LG 23, al hablar de las iglesias locales, realiza una de las afirmaciones más importantes para el desarrollo de la vida eclesial de las últimas décadas: “En ellas y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única”.

Por ello las iglesias locales deben ser consideradas como la estructura básica de la Iglesia, como la existencia fundamental del “nosotros” eclesial (cf. también SC 44-45). Ahora bien, en ella y junto a ella, existen otras realidades distintas: las *parroquias*, un “modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran”, como una célula de la iglesia local (AA 10) y como presencia de la Iglesia entre las casas y las plazas de los hombres; igualmente se pueden mencionar las delegaciones o servicios de carácter pastoral o sectorial.

En el seno de las iglesias van surgiendo otro tipo de realidades carismáticas, especialmente de carismas comunitarios, que expresan la acción permanente del Espíritu en la edificación de su templo: muchos de esos carismas dan origen a las diversas formas de *vida consagrada* y otras a *asociaciones o agrupaciones de laicos*. Cada una de estas va dando origen a formas de existencia eclesial que, por un lado, deben cuidar y salvaguardar la peculiaridad del propio carisma, pues enriquece la vida de la Iglesia, y por otro deben contribuir a la consolidación de las iglesias locales y a la comunión entre las iglesias. De este modo se va vertebrando el “nosotros” eclesial como *comunidad de sujetos en comunidades-sujeto* al servicio de la misión.

Especial releve merece el sentido y la función de la *familia* como realización de la Iglesia y como una forma genuina de existencia eclesial. Desde un punto de vista porque constituye una estructura básica de la vida social, expuesta en la actualidad a concepciones muy variadas, distintas en gran medida de la figura que ha adoptado durante siglos. Desde otro punto de vista, más directamente teológico, por la estrecha analogía entre familia e Iglesia: la familia es considerada como “Iglesia doméstica” y a su vez la Iglesia es la familia de Dios. Por ello constituye un ámbito privilegiado para que el matrimonio y la voluntad de constituir una familia sean presentados y vividos como un despliegue vocacional de la gracia bautismal y de la misión de la Iglesia en lo más nuclear de las relaciones interhumanas.

Durante los últimos lustros se han dado pasos notables, y existen signos evidentes, que manifiestan ese protagonismo de las iglesias locales, pero no obstante siguen manifestándose desajustes y disfunciones, por lo que debe seguir avanzándose en la permanente “conversión de relaciones” que haga visible y fecunda una auténtica sinodalidad. Dada la pluralidad de vocaciones que van surgiendo en las iglesias, las cuales expresan y alimentan su vida, debe buscarse una adecuada articulación, que evite dualidades o alternativas peligrosas que deforman el “nosotros” eclesial concreto.

5.- Las vocaciones diversas en el dinamismo de la ekklesía

El “nosotros” como sujeto histórico va realizando el sacerdocio común y va edificándose con las piedras vivas que son los bautizados en un dinamismo permanente, estimulado por los dones del Espíritu, de las necesidades de la Iglesia y de las circunstancias de su misión.

En este dinamismo está en juego la figura de la Iglesia, que debe buscar siempre la armonía y el equilibrio para ser de modo efectivo sacramento transparente de la gracia de Dios. Como toda vocación es eclesial, está en juego la decisión individual pero asimismo la decisión de toda la comunidad. Conjugando ambas perspectivas se evitará el desequilibrio de una figura clerical de la Iglesia, cuando unos pocos absorben la eclesialidad que corresponde a todos.

En el amplio espectro de la vida de la Iglesia se va desplegando un amplio abanico de actividades, algunas de las cuales pueden ser consideradas “intraeclesiales” (en cuanto responde a las necesidades de la vida comunitaria) y otras que tienen un carácter más directamente evangelizador, porque se dirigen a los de fuera, a los que no pertenecen a la Iglesia. En esa doble coordenada surgen y se desarrollan vocaciones, y se generan ministerios, que deben ser discernidos, conjugados y articulados.

1.- La comunidad, para funcionar y sobrevivir, se organiza. En cada comunidad eclesial existen grupos distintos, cada uno con peculiaridades y objetivos diversos: de jóvenes, de matrimonios, de adolescentes, de catequistas, de servicio caritativo...; para cada uno de esos sectores debe haber personas que lo asuman, lo cual genera organismos de coordinación o de encuentro, de diálogo e intercambio de informaciones, de programación y de evaluación...

En consecuencia la comunidad tiene que encontrar y designar a las personas que desempeñen tales funciones, pues sin ellas la vida y la misión de la comunidad se debilitaría. Son amplios los flancos que deben ser cubiertos, lo cual depende de la magnitud y del contexto; surge así un espacio amplio para el desarrollo vocacional.

2.- La fe se celebra, de modo especial en la liturgia (en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía por ser la actualización del acontecimiento que ha hecho nacer a la Iglesia) en cuanto acto comunitario. Esa celebración forma parte del ritmo y de la

figura de la Iglesia, pues sin ella la Iglesia quedaría reducida a una organización filantrópica o cultural, una más entre las organizaciones no gubernamentales.

La celebración abre un campo no solo para que todos se sientan miembros activos (mediante la actitud espiritual, los cantos, la inserción en la oración), sino para que algunos desempeñen funciones específicas y especializadas: uno preside (en el sentido del ministerio ordenado indicado antes), y otros proclaman las lecturas, dirigen el canto, recogen las ofrendas que posteriormente son repartidas entre los necesitados, recitan las preces que recogen las necesidades del entorno inmediato o del mundo entero, acogen y saludan a los asistentes, organizan la posterior visita a los enfermos para llevarles la comunión, informan de las actividades pastorales...

El campo se amplía si tenemos en cuenta otras celebraciones de carácter paralitúrgico, que en la actualidad adquieren especial relevancia: grupos de oración o de *lectio divina* que responde a las necesidades espirituales de muchas personas; en este punto debe incluirse la gama amplia de piedad popular o de religiosidad popular que da origen a cofradías y hermandades, a procesiones, que van acompañadas por actividades de contenido caritativo o cultural; en ellas se conjuga tanto la vida íntima de la comunidad como la presencia de la fe en el espacio público, todo lo cual ha empujado a muchas personas a asumir responsabilidades de gran compromiso.

3.- La fe se profundiza, es decir, reclama el esfuerzo de interpretarla, de captar su sentido y sus implicaciones para la vida de los bautizados, de desvelar sus aportaciones para la comprensión del mundo y de la realidad; la Palabra de Dios (es decir, la revelación) debe ser continuamente confrontada con la experiencia eclesial y con los signos de los tiempos; a la vez el contenido de la revelación y de la Palabra de Dios está expuesto a cuestionamientos, a dudas, a objeciones, a confrontación con otra serie de datos y de experiencias...

Sin esta tarea de profundización la fe quedaría reducida a fundamentalismo o a credulidad irracional; de este modo el grupo de los creyentes se convertiría en un *ghetto* o en un bunker, aislándose del entorno, contradiciendo de este modo su misión originaria. El dinamismo de la fe reclama la participación de muchos: en la antigüedad hubo doctores, actualmente hablamos de teólogos y de exegetas, de profesores de religión...; esta actividad durante siglos ha sido protagonizada fundamentalmente por sacerdotes, mientras que los laicos quedaban al margen (eran los iletrados o incultos), pero no podemos olvidar casos eximios de laicos comprometidos en esa tarea, como Orígenes; en la actualidad se ha ampliado el número de laicos dedicados a esa tarea, tendencia que debe ser apoyada y potenciada por las comunidades eclesiales.

En nuestro actual contexto cultural el conjunto de los bautizados se ve confrontado con las realidades mundanas y sociales, con todo tipo de saberes y de ideologías, y por ello debe dar razón de su esperanza mediante la apología y la defensa frente a las acusaciones, reproches, incomprensiones o calumnias dirigidas contra la revelación, contra la fe o contra la Iglesia. Desde los primeros tiempos esta necesidad suscitó vocaciones significativas, y en el momento presente hay casos semejantes;

actualmente se necesitan personas que trabajen en la formación permanente de todos los bautizados.

4.- La fe se transmite y se comunica, en direcciones distintas porque se dirige a grupos sociales diversos: a las nuevas generaciones, a los convertidos, a los no creyentes... Cada grupo de destinatarios reclama modulaciones distintas: como primer anuncio a aquellos que nunca han escuchado el mensaje evangélico, como catequesis respecto a aquellos que se preparan para su inserción en la comunidad eclesial, como diálogo con miembros de otras creencias, como enviados *ad gentes* y presentes *inter gentes*...

También en este campo el desarrollo vocacional es muy amplio: algunos colaboran como catequistas que realizan su función de modo regular; hay intelectuales que recurren a la palabra o a la pluma para hacer presente el mensaje cristiano...; de modo general todos están llamados (incluso, podríamos decir, obligados) a adoptar una actitud consciente de diálogo con miembros de otras religiones o ideologías.

5.- La fe se anuncia, es decir, se hace anuncio y mensaje, en la vida cotidiana y en las relaciones sociales habituales. En determinados momentos, cuando desaparece el estado de cristiandad y cuando la fe no se transmite de modo automático (es decir, por el hecho biológico del nacimiento) están todos llamados a hacer perceptible, comprensible y atractivo, el Evangelio. El capítulo segundo de *Ad Gentes* describe la acción misionera de un modo muy concreto y al alcance de todos en cualquier parte del mundo: mediante la cercanía a los conciudadanos, mediante la solidaridad con las necesidades de la colectividad...

Esta vocación universal debe ser modulada por cada uno de los bautizados según su situación y circunstancia: en cuanto ciudadano haciendo presente el mensaje evangélico en el espacio público, en cuanto intelectual dialogando con los no creyentes o con los agnósticos, en cuanto habitante de la ciudad dialogando o entablando relaciones cordiales con los vecinos que pertenecen a otras religiones, en cuanto misionero... Desde este presupuesto se estará en condiciones de dar razón de su esperanza cuando sea requerido, y el primer anuncio no podrá ser reducido a método o estrategia sino que pasará a convertirse en un modo de ser, en un estilo de vida que pueda resultar interpelante y atractivo...

6.- La fe se testimonia, en línea con lo que acabamos de decir, en los distintos ámbitos de su vida: familiares, profesionales y laborales, lúdicos y culturales... A este nivel se pone en marcha el "acto misionero", que se inicia -como presupuesto irrenunciable- desde la inserción en la vida real, en sintonía con los problemas y expectativas de una sociedad determinada; el estilo evangélico de vida debe reflejarse en una novedad existencial como propuesta e invitación; la vocación bautismal alimentará la espiritualidad del testigo: aquel que no se anuncia a sí mismo, sino algo más grande y más profundo, a lo cual remite con sus palabras y acciones; el testigo hace visible a la Iglesia como sacramento de la unión de Dios con la humanidad y de la humanidad entre sí.

El testimonio, siempre humilde y servicial, evita todo tipo de imposición o de estrategias de conquista, respeta enteramente la libertad de los otros; está sin

embargo abierto al diálogo, al intercambio de opiniones, proceso de relación interpersonal en el que se puede nombrar a Aquel que hace posible ese tipo de vida y de comportamiento.

7.- La fe se compromete, es decir, se ha de hacer presente en las situaciones de anti-Reino, en los contextos de irredención, en los dramas de la historia, en las periferias existenciales... La ortodoxia, es decir, el anuncio del kerygma y de la fe recta, debe ir acompañada de la ortopraxis, es decir de acciones y actividades que luchan contra la injusticia y la exclusión; en la base debe encontrarse asimismo la ortopatía, es decir, dejarse afectar y conmover por el sufrimiento de los marginados y vulnerables. La comunidad eclesial no puede cerrarse en la zona de confort de la satisfacción espiritual des-encarnada porque está enviada y en salida, por lo que capta los gritos y los lamentos de la humanidad.

Este “recto sentir”, que es palpar con el sufrimiento de los vulnerables, es la base de la misericordia y de la compasión: poner el corazón junto al desgraciado y padecer junto a él refleja el actuar del mismo Dios en su relación con la humanidad, y del mismo Jesucristo (“rostro de la misericordia del Padre”) que se abajó hasta compartir el rechazo, la persecución y la muerte injusta. Siguiendo sus pasos, numerosos cristianos descubren y realizan su vocación comprometiéndose entre los pobres y entre los enfermos, entre los presos y los marginados, entre los descartados y los humillados, entre los inmigrantes y los refugiados... Este compromiso vocacional con las personas concretas debe llegar hasta las estructuras sociales y políticas, tanto mediante la denuncia como mediante los análisis científicos o el protagonismo en instituciones y organizaciones de diverso tipo. El amor (y por ello el compromiso) cristiano reclama una mediación socio-política, no puede quedarse en lo teórico, abstracto o genérico. El campo de la economía, de la política, del sindicalismo, de la empresa, de los movimientos sociales ofrecen posibilidades múltiples de despliegue y de realización vocacional, tanto de modo individual como asociado. Gracias a estas concreciones la Iglesia queda enormemente enriquecida, pues la dimensión laical permitirá configurar una Iglesia menos clerical.

Como se ve, las dimensiones plurales de la Iglesia permiten (y reclaman) que los bautizados, cualquiera que sea su estado o situación, modulen su propia vocación como Iglesia: los jóvenes y los esposos, los profesionales y los jubilados, los niños y los discapacitados... encuentran posibilidades para hacer presente en medio del mundo el aspecto del amor de Dios manifestado en Cristo que a cada uno resulta más atractivo o más necesario.

6.- El protagonismo de la comunidad en el florecimiento vocacional

Dado el amplio espectro de dimensiones y de posibilidades, y teniendo en cuenta que todas las vocaciones son necesarias, una espiritualidad auténticamente eclesial no puede entenderlas como rivales o concurrentes, sino como una gracia para el enriquecimiento recíproco, para la solidez del “nosotros” eclesial. Desde este presupuesto se podrá articular de modo efectivo la co-responsabilidad diferenciada,

como acto de fidelidad a la propia vocación, a la Iglesia, al entorno político y a la familia humana.

Para que ello sea realidad se requiere que junto a la opción personal se reconozca el protagonismo de la comunidad como sujeto consciente y responsable: es ella la que tiene que cuidar su figura y su testimonio colectivo, y por ello ella tiene que llamar y discernir; en consecuencia toda pastoral de la Iglesia debe ser pastoral vocacional; por ello la crisis vocacional, en la medida en que exista, será *también crisis de los que no llaman* (de ahí la importancia de crear una cultura vocacional que penetre la sensibilidad de todos los bautizados).

Toda vocación es comunitaria/eclesial y por tanto sinodal, en cuanto que en la propia vocación hay que reconocer la prioridad de los otros y la vocación/misión de la Iglesia, del “nosotros”. En la medida en que no se haga así, se cae en el clericalismo, que es ciertamente tentación de los clérigos, pero igualmente de los laicos. Francisco ha alertado con frecuencia frente a este peligro, que se produce cuando la vocación es utilizada para ocupar espacios (de poder) más que para suscitar procesos en favor del testimonio y de la misión comunitarios. En la misma línea en *Gaudete et Exsultate* advierte de un doble peligro en la vocación común a la santidad: el gnosticismo y el pelagianismo; ambos en último término acaban en un inmanentismo antropocéntrico y en un elitismo narcisista, en un autoritarismo que se apoya en la propia superioridad que busca imponerse sobre los demás. Esta actitud relega la necesidad prioritaria de caminar con los otros de cara al encargo de evangelizar.

Por ello la comunidad debe ser protagonista también en las vocaciones singulares. Cada uno debería afirmar como san Agustín: para vosotros soy catequista, director de canto, administrador de las colectas... pero con vosotros y entre vosotros soy cristiano. Esta actitud constituye un criterio que garantiza el carácter auténtico de la vocación cristiana.

Este (necesario y conveniente) protagonismo de la comunidad puede ser iluminado y confirmado por algunos testimonios de la antigüedad que pueden interpelar nuestro presente. Resulta sorprendente constatar que durante siglos, en los que las necesidades no eran menores que en la actualidad, no se encuentran en la literatura cristiana referencias a lo que hoy denominamos “problema vocacional”. La razón parece evidente: la comunidad como tal trata de cultivar el florecimiento vocacional. Los mismos cristianos normales, en cuanto se sentían Iglesia, sin ser misioneros “oficiales” contribuyeron a la difusión del Evangelio a través de las gestiones comerciales, de los viajes de diverso tipo, de la movilidad del ejército...; en el caso, posible en los primeros siglos, de que el obispo fuera iletrado (*Didaskalía Apostolorum* 4) adquiriría más importancia la función y la tarea del lector... Las necesidades de la vida comunitaria y la conciencia eclesial provocaban el florecimiento de vocaciones diversas para el bien común y para la misión.

Esta lógica de fondo se percibe con claridad en el caso de los ministros ordenados. A nivel de principio quedaban excluidas (hasta ser consideradas nulas en ocasiones) las ordenaciones “absolutas”, porque parecía obvio que toda ordenación se realizaba de cara a un ministerio concreto, nunca de modo general e indeterminado.

La consagración de un obispo para una diócesis deja ver el papel protagonista de la iglesia que lo recibe, que ha de expresar su aceptación y su acogida. En el centro no se encuentra la transmisión de poderes a un individuo concreto, sino el don que se otorga a una iglesia, la cual debe expresar su aceptación en el acto litúrgico.

La clave del proceso se encuentra en la necesidad de la iglesia, no tanto en la iniciativa o predisposición del sujeto. Incluso la iniciativa particular era vista con reticencia, porque se sospechaba que pudiera ocultar intereses inconfesables de poder, de prestigio o de dinero. Hubo ocasiones en las que la comunidad llegó a “forzar” a algunos monjes a aceptar el episcopado, y son conocidos casos de personajes relevantes (Cipriano, Ambrosio, Agustín...) que son aclamados públicamente como candidatos al episcopado de la iglesia, porque los consideraban adecuados en aquel momento histórico concreto (aunque aún no estuvieran bautizados, como Ambrosio de Milán). No era infrecuente (como en el caso de Agustín) que los afectados procuraran evitar el nombramiento, mediante la huida o el ocultamiento. Esta reacción sin embargo era vista como un dato a su favor.

Igualmente ilustrativa es la argumentación de algunas de estas personas cuando superan sus reticencias y aceptan la propuesta de la iglesia: el cristiano no debe vivir para sí mismo sino para Jesucristo que se hace presente en su comunidad; la actitud de servicio y el amor al prójimo implica dar una respuesta a las necesidades de la Iglesia.

En la vida misma de la Iglesia se contienen una eclesiología y una espiritualidad vividas, que conservan plenamente su valor más allá de los condicionamientos históricos: en cada discernimiento vocacional debe tenerse en cuenta el bien de la iglesia, y la misma iglesia debe realizar un discernimiento vocacional para garantizar la fidelidad a su identidad y a su misión.

7.- El discernimiento comunitario

Para que cada uno de los bautizados aprenda la importancia del discernimiento a nivel personal es importante que experimente esa práctica como algo habitual a nivel de diócesis y de parroquia. En el Nuevo Testamento, especialmente en Hechos de los Apóstoles, encontramos ejemplos paradigmáticos, propios de una Iglesia que está dando los primeros pasos en su camino histórico, si bien con métodos y actitudes que encierran un valor permanente para discernir vocaciones, carismas y ministerios.

El capítulo 6 de Hechos de los apóstoles narra el proceso realizado para identificar personas que pudieran atender a los sectores que se sentían marginados, porque los apóstoles tenían que dedicarse a lo más peculiar de su carisma y de su ministerio. En el capítulo 15 se relata el encuentro en el que se establecieron los criterios de cara a la admisión de los paganos en el seno de la comunidad, pues su integración planteaba problemas o reticencias en algunos. En estos casos se trata de interpretar los signos de los tiempos, de iluminar desde la Palabra de Dios las necesidades del momento, de reconocer los carismas o capacidades de algunos en beneficio del “nosotros”.

Por su brevedad y concreción puede servir como magnífico punto de referencia 13,1-3. Conviene señalar de modo explícito algunos aspectos que nos permitan captar la hondura de lo que aparentemente no son más que anécdotas o sucesos circunstanciales.

Ante todo se presenta como protagonista la *ekklesía*, reunida como asamblea en un contexto litúrgico, conscientes de la presencia y de la acción del Espíritu que realiza la unión del “nosotros” con el objetivo de la misión a realizar. En ese marco surge la interpelación: el Evangelio, a partir de Jerusalén, había llegado hasta Antioquía, gracias a la acción de misioneros y al aliento del Espíritu; en consecuencia se les impone de modo necesario el interrogante: ¿el Evangelio ha llegado a Antioquía para quedarse allí, o como un lugar de paso para llegar a otros lugares, a otras personas? La *ekklesía* se sitúa ante el dinamismo del Evangelio, pues de él nació ella misma y por tanto debe existir a su servicio.

La respuesta resultaba obvia. A partir de esa opción comunitaria se impone el paso siguiente: ¿quién de los presentes tiene la vocación (o el carisma) para asumir esa responsabilidad en nombre de todos? La designación de Pablo y Bernabé acontece por el Espíritu a través de la comunidad porque van a asumir una misión en nombre de todos y en favor de todos. Podemos decir que Pablo y Bernabé han integrado su propio discernimiento en el seno de la *ekklesía* y en la fecundidad del Espíritu.

El proceso de discernimiento finaliza con la imposición de manos de todos los presentes sobre quienes han sido a la vez llamados y designados. La vocación y el carisma desembocan -podríamos decir- en un ministerio de la iglesia. Lo personal y lo comunitario se funden en la *ekklesía* y en el Espíritu. La decisión vocacional de la persona individual no puede quedar aislada de la vida de la comunidad, de la misión de la iglesia concreta.

El discernimiento vocacional personal es a la vez comunitario, porque así la iglesia adquiere una figura coherente con su identidad, pues no puede carecer de vocaciones que se consagren al Evangelio en su voluntad de alcanzar a todos los pueblos; gracias a ello cada uno contribuye al equilibrio y a la armonía del conjunto eclesial.

En este tipo de discernimiento podemos ver una doble dialéctica, que forma parte del estilo sinodal y que contribuye a la vertebración y a la consolidación del sujeto eclesial, por lo que igualmente le debemos reconocer un valor permanente.

En primer lugar la *dialéctica algunos/todos*: en la Iglesia todo es de todos, pero no todos pueden hacerlo todo, por lo que algunos -en nombre de todos y al servicio de todos- asumen una determinada tarea, que no por eso deja de ser de todos. La propia vocación surge en muchas ocasiones al constatar las carencias o necesidades de la vida eclesial. Es la iglesia, por ejemplo, la responsable de la educación y de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones; pero no todos pueden ser catequistas; por tanto algunos lo asumen como vocación (o ministerio) en la Iglesia; la presencia del Evangelio en el espacio público o en el territorio corresponde a la iglesia en su conjunto, pero algunos lo asumen de modo más consciente participando en las organizaciones del barrio, en los movimientos sociales o en las estructuras

económicas y políticas; este compromiso lo realizan desde su condición de vecinos del barrio, de sus competencias profesionales, o de miembros de una familia.

En segundo lugar la *dialéctica carisma/ministerios*; la Iglesia, como realidad personal movida por el Espíritu, es una realidad carismática: el mismo Espíritu enriquece los dones naturales de las personas con gracias particulares que potencian aquellos; el carisma contiene siempre un triple momento: a) es un don personal, b) otorgado en el seno de la iglesia y en favor de la iglesia, c) para que esta pueda realizar su misión. El dinamismo carismático no debe ser fuente de anarquía o de desorden, como advertía el mismo Pablo: por un lado ensalza como el más elevado de los carismas la caridad, pues favorece la unión del edificio eclesial; por otro lado recuerda que los diversos carismas se necesitan recíprocamente, pues cada uno es un órgano necesario para el buen funcionamiento del cuerpo (de Cristo). Algunos carismas pueden dar origen a la constitución de ministerios, cuando el discernimiento comunitario considera que se trata de funciones permanentes, esenciales y estables.

Seguramente aquí encontramos una de las carencias más llamativas de nuestras prácticas eclesiales: la falta de práctica en el discernimiento de los carismas y la falta de creatividad en la constitución de ministerios. Es un campo abierto para el futuro: dejar espacio al desarrollo de las vocaciones y de los carismas para identificar los que merecen ser establecidos como ministerios.

El Sínodo sobre la sinodalidad aporta perspectivas y propuestas sugerentes y prometedoras en este campo. Alude a la conveniencia de discernir si entre las funciones que realizan los ministros ordenados hay algunas que podrían ser asumidas por otras personas. Igualmente insiste repetidamente en la conveniencia de que las diócesis, en virtud del contexto concreto, actúen con creatividad para suscitar las vocaciones y los ministerios en ámbitos de la pastoral especialmente urgentes o relevantes.

El discernimiento debe afectar a la recepción y desarrollo de las novedades suscitadas a raíz del Vaticano II; de modo concreto: ¿la nueva modalidad del diaconado ha servido para descubrir y valorar el ministerio diaconal, no como paso hacia el presbiterado sino como necesidad de la Iglesia?, ¿ha habido toma de conciencia de las actividades o funciones que pueden desempeñar los lectores y acólitos, tanto hombres como mujeres?, ¿es suficiente la revalorización del ministerio catequético o se requieren iniciativas más intensas?, ¿son suficientemente significativas y relevantes las celebraciones de envío al inicio del curso, como ya se va haciendo habitual en muchas diócesis?

8.- La configuración de una cultura vocacional

La Iglesia, en cuanto comunidad de llamados, es madre de vocaciones, generadora permanente de vocaciones, en las que debe tener en cuenta tanto las necesidades de la Iglesia como los signos de los tiempos.

Desde esta doble coordenada se comprende que la pastoral vocacional no debería ser considerada como una parte o como un sector de la pastoral, sino como transversal a toda la pastoral; si la pastoral es realmente global y busca el equilibrio de la figura de la Iglesia, vive-de y a la vez fomenta la existencia de vocaciones más especializadas; así adquiere todo su sentido eclesial el consejo diocesano de pastoral o el consejo parroquial, pues deben tener en cuenta la presencia de todas las dimensiones o actividades de la Iglesia. Desde esta clave podemos entender y aceptar que la pastoral vocacional es la perspectiva originaria de la pastoral general (*Christus vivit* 26), e incluso que la pastoral vocacional es la vocación de la pastoral.

Desde este punto de vista la confirmación como sacramento del Espíritu puede mostrar todo su sentido en la dinámica de la iniciación cristiana. El Espíritu ya actuaba en la renovación bautismal pero se manifiesta (a la luz de Pentecostés) en toda su pluriformidad a la luz de la misión, de la salida del cenáculo, en el encuentro con la pluralidad de la humanidad; en la confirmación la presencia del obispo ratifica en lo concreto la dimensión comunitaria de la vocación/carisma, que apunta en la eucaristía, donde se sella la eclesialidad de la vocación.

La *ekklesía* queda así constituida como activa en el discernimiento, la promoción y la aceptación de cada vocación; es la *ekklesía* la que debe ayudar a descubrir, y por eso también debe acompañar y crear itinerarios formativos y espirituales para los llamados.

No resulta exagerado afirmar que es una pastoral difícil, porque apunta a lo más peculiar del ser-Iglesia; pero por ello debe llevar consigo los mejores esfuerzos, y debe ser acompañada por una acción permanente de oración (como invocación al Espíritu), debe reflejarse en la liturgia, especialmente en la eucaristía dominical, para hacer patente la constitución vocacional de la asamblea y el ejercicio real de ministerios y vocaciones en la vida cotidiana de la Iglesia.

► JUBILEO

Carlo Acutis, más profundo de lo que parece⁸¹

Alberto Royo Mejía⁸²

Desde que el Papa Francisco aprobó hace unos días el milagro que abre la puerta a la canonización del joven Carlo Acutis, se ha hablado mucho de él -ya se hablaba antes- y todavía se hablará más en los próximos meses. Creo que sin duda merece toda esta atención, aunque comprendo que en este mundo hay todo tipo de sensibilidades. Sin embargo, su testimonio de fe y caridad, tan joven como era -murió con 15 años- me parece admirable y es bueno que haya muchas personas que lo conozcan para que, viendo sus buenas obras, “glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5, 16)”.

Pero para ello, mejor conocer a fondo a Carlo Acutis, pues **no es lo mismo quedarse en la superficialidad -aunque no esté mal- del “influencer de Dios” que llegar a entender cuál es la grandeza de este adolescente**. A veces leemos cosas peregrinas sobre él, cuando por ejemplo, alguno lo presenta como un joven deportivo al que le gustaba el fútbol, como a los demás muchachos de su ambiente. Nada más lejano de la realidad, precisamente un compañero suyo de clase explica en el proceso de canonización: “Recuerdo que jugábamos juntos en el colegio, aunque a él no le gustaba el fútbol”. Y algo parecido podemos decir de la idea, propia de un experto en marketing, de presentarlo en su tumba vestido con deportivas, como muchos jóvenes, cuando por el contrario uno de sus profesores afirma también en el proceso de canonización: “Recuerdo que nunca llevaba deportivas, sino los clásicos mocasines. Los chicos, y más aún las chicas, se burlaban de él y le apodaban ‘Mister Mocasín’, pero él no se enfadaba y seguía sonriendo como siempre”.

⁸¹ Artículo publicado en el blog “El rincón del abogado del diablo” de *Vida Nueva digital* el 20 de mayo de 2024. Carlo Acutis iba a ser canonizado el 27 de abril de 2025.

⁸² Sacerdote de la diócesis de Getafe y Promotor de la fe en el Dicasterio para las Causas de los Santos

El testimonio de su cuidador

Vamos a intentar conocer un poco más a fondo a Carlo Acutis. No voy a repetir lo que aparece en todas las biografías sobre su apostolado informático, su amor a la Eucaristía y a la Virgen, cosas conocidas por todos. **Sin duda no me detendré en si recibió revelaciones de la Virgen de Fátima, cosa ésta última recientemente publicada y que no aparece en ningún sitio en su proceso de canonización,** parece más bien una de las piadosas “florecillas” de las que todavía tendrán que surgir otras, como suele pasar.

Querría empezar con el testimonio del que fue su cuidador, Rajes Mohur, de origen hindú. La familia Acutis era pudiente y tenían personal de servicio doméstico en casa, entre ellos Rajés que cuidaba de Carlo y al que -como él mismo afirma- el joven le cambió la vida hasta decidir hacerse cristiano. **¿Qué es lo que le llamó la atención de Carlo?** Él mismo nos lo cuenta: “Le llevaba a la guardería, al colegio, a jugar y **siempre me pedía que le acompañara a la iglesia parroquial.** Esto me llamó la atención, porque empezó a pedírmelo cuando tenía menos de cinco años. Y quería que le acompañara todos los días. Una cosa en particular que me gustaría decir: era él quien me pedía que le acompañara, siempre. No fueron ni su madre ni su abuela quienes se lo propusieron, sino que fue decisión suya y, de hecho, quería que le acompañara incluso cuando su madre no estaba, porque tenía muchos compromisos en Roma, y su abuela estaba ausente”.

Hablar del Cielo

Nos lo describe en su sencillez de niño y después adolescente, con una normalidad y una sencillez que forman parte de la belleza de su testimonio: “Cuando caminaba por la calle era un charlatán, simpático, saludaba a todo el mundo como si los conociera desde hacía muchos años, y por eso a los porteros les encantaba hablar con Carlo, porque era tan dulce y amable”. **Carlo se conocía a todos los porteros del barrio y le encantaba hablar con ellos.**

“Le gustaba hablar del Cielo y me lo describía como si pudiera verlo. Me decía que allí había una gran paz, una paz que nunca termina y que todo era hermoso y luminoso. Parecía como si hubiera estado allí y me decía que, sin embargo, para entrar había que portarse bien, ser humilde, rezar todos los días, ser sencillo y pobre y recuerdo que me citaba la frase del Evangelio de que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos”.

Amigo de los vagabundos

Carlo, consciente de ser de familia rica, aprendió pronto el valor de la pobreza: “Recuerdo que me envió a llevar comida a un vagabundo, Emanuele, que dormía en el patio de la iglesia parroquial. Una Navidad le regaló un saco de dormir con su propio dinero, **para que no sufriera demasiado el frío invernal.** Fue algo

excepcional, algo que nunca he visto por ahí, ni siquiera en mi familia de origen, que, como he dicho, es una familia de marcado rigor espiritual...”.

También la abuela de Carlo confirma su amor por los pobres: “En Asís había vagabundos que dormían en el suelo en la carretera que lleva a la via Santo Stefano. Le acompañaba yo o mi madre (según la hora) y les dejaba al lado un bocadillo y un billete de cinco euros, que sacaba de su bolsillo. **Era muy frugal y no quería que mamá gastara demasiado en él.** Me reñía cuando veía que compraba cosas, lo que me gustaba: ‘Piensa en la gente que no tiene nada’, me decía y añadía: ‘Allí no se lleva nada. Es mejor ser caritativo’. Tanto es así que a veces escondía las cosas que había comprado, porque me hacía sentir un poco culpable”.

Algo muy interesante de su proceso de canonización es que **incluso llamaron a declarar a alguno de los pobres que él cuidaba y que se convirtieron en amigos suyos.** Uno de ellos cuenta el interés auténtico de Carlo por los pobres: “Cuando mi amiga Giuseppina, a la que había conocido en el dormitorio público, debido a un shock depresivo se dejaba morir en los bancos del jardín de la plaza Tommaseo, nadie, excepto Carlo, yo y la señora Antonia, se interesaron por ayudar a Giuseppina, que sangraba y ya no quería comer ni beber. Carlo y su madre consiguieron que la ingresaran en el hospital de San Juan de Dios, donde la trataron durante 40 días”.

Cambio de vida

Pero volvamos a Rajes Mohur, que nos habla de cómo Carlo cambió su vida: “Me bauticé cristiano porque fue **Carlo quien me contagió y me conquistó con su profunda fe,** su gran caridad y su gran pureza, que yo siempre consideré fuera de lo común, porque un chico tan joven, tan rico y tan guapo normalmente preferiría llevar una vida muy diferente. Carlos era un ejemplo tan elevado de espiritualidad y santidad que yo sentía dentro de mí el deseo de bautizarme como cristiano y recibir así la comunión.”

Y no solamente se bautizó, sino que decidió quedarse en Italia para estar cerca de Carlo y, tras su muerte, con su familia: “**Tenía una fe contagiosa, que arrastraba. Tanto que me quedé en aquella familia.** Al principio pensé que me quedaría sólo un tiempo y luego volvería a las islas Mauricio, pero conocí a Carlo y recibí tanto de él, de su bondad, su sencillez y su bondad, que me sentí tan acogido que quise quedarme con él en su familia, para seguir recibiendo esa paz que emanaba de aquel chico”.

La sorpresa de la enfermedad

Al final de su declaración, nos cuenta la sorpresa con la que recibió la enfermedad de Carlo: “Un día volvió del colegio y me dijo que se encontraba mal y pensamos que un poco de reposo era suficiente y vino a verle un médico y le aconsejó que descansara. Pero al cabo de un par de días empezamos a verle moratones y manchas de sangre alrededor de los ojos. Entonces los padres empezaron a preocuparse.

Después siguió empeorando. Recuerdo que una de aquellas mañanas, mientras ordenaba su habitación, le dijo a su madre: **‘Todo lo que estoy sufriendo se lo ofrezco al Señor’**. Recuerdo bien estas palabras, también porque su madre se enfadó y le preguntó: ‘¿Por qué dices eso, Carlo?’ Luego lo llevaron al hospital de Monza, porque le habían diagnosticado una leucemia fulminante. Pero al cabo de tres días Carlo murió”.

¿Cómo era Carlo Acutis? Acudamos también a sus compañeros de clase, sus testimonios se reconocen fácilmente en el conjunto del material del proceso de canonización, basta solamente leer la edad de los testigos, todos ellos tenían 23 años cuando declararon en el proceso pues eran sus coetáneos. Quizás el más importante, por ser su mejor amigo, es el de un muchacho que no era cristiano y al que Carlo **nunca intentó convertir sino que con toda sencillez hacía partícipe de sus ideales**: “Parecía siempre convencido de que mi camino espiritual era algo precioso y debía ser respetado, convencido de que yo necesitaba mi propio camino, que él respetaba y al que se acercaba no con palabras de persuasión, sino con el ejemplo de su vida y sus serenas convicciones. Nos llevábamos bien con él y era un buen tipo. Eso era lo que le hacía diferente, porque al ser un chico simpático, no te parecía tan serio y convencido cuando tocabas sus convicciones. Solíamos involucrar a uno de nuestros compañeros de clase, que era un poco marginado en comparación con los demás. Así que intentábamos atraerlo y asegurarnos de que no quedaba aislado de los demás”.

Un poco de compañía

Aquí nos ha contado otra de las características destacadas de Carlo, **su preocupación por los que de algún modo estaban excluidos y por los que lo estaban pasando mal**. De esto tenemos varios ejemplos, precisamente contados por los mismos compañeros de clase. Otro de ellos cuenta una anécdota: “Recuerdo, por ejemplo, a un compañero nuestro, de otra sección, al que siempre invitaba a su casa, con el que no tenía una amistad especial, pero que, efectivamente, iba a su casa muy a menudo y, de hecho, yo no lo conocía muy bien. Más tarde supe que la madre de nuestro compañero había muerto y que su padre estaba muy ocupado con el trabajo, por lo que pasaba largas horas solo. Así que Carlo pensó que estaría bien invitarle a quedarse en casa con él, para tener un poco de compañía”.

También otra compañera nos cuenta su propia experiencia de cómo Carlo se preocupó por ella en sus dificultades y se volcó en ayudarla: “Mi familia se separó y yo sufrí mucho el abandono de mi padre. Carlo estaba especialmente unido a mí y me ayudó mucho a superar esos momentos dolorosos. **Yo también estaba en crisis con mis estudios, por supuesto, así que Carlo me ayudó a estudiar y también me enseñó a utilizar el ordenador, y a él le debo mi éxito actual en mi trabajo**. Yo no tenía cabeza para estudiar en la escuela por culpa de mis padres, y Carlo me ayudó con paciencia y tenacidad y siempre me animó”.

Siempre bromista

Otra compañera, de esas que le tomaban el pelo por no llevar deportivas como los otros, lo describe en su normalidad de joven del siglo XXI y su preocupación por los demás: “Era un tipo siempre bromista, nada serio, siempre impecable y sonriente. **Él y yo compartimos muchas cosas, tanto entre semana como cosas más serias, por ejemplo estuvo muy cerca de mí cuando murió mi abuelo.** Sólo estuve en su casa un par de veces, para pasar un rato juntos. Hablábamos más a través de medios tecnológicos de comunicación. Hablábamos a menudo, un poco menos cuando estábamos en el instituto porque era una época muy ajetreada, pero seguíamos hablando, con menos frecuencia pero con la misma intensidad. Carlo era constitutivamente bueno, y hacía cosas buenas, con todo el mundo, con la familia, con los amigos, incluso con desconocidos, por ejemplo con su trabajo para una organización benéfica. Creo que sólo conocí a Carlo, entre chicos de su edad, que tuviera tales virtudes. Puedo decir que era una persona especial, sobre todo para su edad”.

Sería demasiado largo presentar todos los testimonios de sus compañeros, pero no quiero dejar de citar a uno de ellos, que nos habla de su pasión por la informática: “Recuerdo que escolarmente Carlo iba bien, aunque **nunca fue el clásico ‘cerebritito’.** Como todos nosotros, trabajaba duro, pero también le gustaba divertirse, no le preocupaban las notas. Era alegre, muy vivaz, con muchos intereses, en particular la informática, y a este respecto leía voluminosos tomos que me resultaban incomprensibles, tanto que me preguntaba cómo podía tener semejante pasión”.

Acogida a todos

Pero dejemos que también sus profesores nos digan algo de cómo era. Uno de ellos nos hace una descripción rápida desde el punto de vista del educador: “No era un chico orgulloso, que quisiera ganar a toda costa. No era un chico competitivo, de hecho a menudo era él quien bajaba el tono si la cosa se calentaba, por ejemplo jugando. **Nunca le vi prepotente, ni aislado: siempre estaba con alguien. No para hacer travesuras, porque era un niño vivo, activo, presente, pero nunca faltó de respeto, de cortesía, de serenidad.** Nunca le vi reñir con nadie, ni siquiera se lo oí decir: jugaba, charlaba, pero nunca reñía ni se ofendía. En este sentido podríamos hablar de caridad y cuidado. Por ejemplo, quería que no se excluyera a nadie cuando jugaba e implicaba tanto a los que estaban un poco marginados como a sus compañeros que los marginaban”.

Otro de los profesores completa esta visión: “Su amor era un verdadero amor cristiano, que iba más allá de una simple disposición innata a la generosidad, estaba verdaderamente disponible para todo, incluso para las cosas sencillas. **En particular, recuerdo que también tenía muy buena relación con el personal no docente de la escuela.** Con el portero Mario tenía muy buena relación y le visitaba todos los días para saludarle. Era muy agradable pasar tiempo con él. Era muy amable”.

Será otro profesor, un jesuita -estudió el colegio León XIII, de la Compañía de Jesús en Milán- quien nos cuente cómo se enteraron en clase de su enfermedad: **“Un lunes (no recuerdo si fue el 2 de octubre de 2006) no estaba presente y tuvo que explicar un programa a sus compañeros.** Un trabajo tan bien hecho que los compañeros aplaudieron convencidos al final de la presentación. Al día siguiente seguía ausente, así que llamé a casa y me enteré de que había sido ingresado en un hospital de Monza. No pude ir a verle enseguida y me puse en contacto con sus padres, pero cuando estaba a punto de ir me enteré de que había fallecido: cuando llegué a San Gerardo de Monza me dijeron que se lo habían llevado a casa, muerto”.

Amigos preocupados

Sin embargo, sus amigos jóvenes se enteraron en un modo propio de su edad, como explica la madre de uno de ellos: **“Mi hijo me llamó a la oficina para decirme que estaba preocupado** porque Carlo no contestaba en Facebook, como hacía habitualmente”.

Para estos momentos, tenemos el testimonio precioso de su padrino de confirmación: “Los médicos le dijeron cuál era su enfermedad y él respondió: ‘¡El Señor me ha dado un toque de atención!’”. Lo dijo con una serenidad que me impresionó, y permitieron que su madre se quedara hasta la una de la madrugada. Le costaba respirar, en parte porque le habían puesto una escafandra para que respirara mejor. Recuerdo que a la enfermera le impresionó su actitud tranquila y fuerte. **Al día siguiente lo llevaron a San Gerardo, en Monza, y le dijo a su madre: ‘Mamá, recuerda que de aquí no salgo vivo’.** Y pidió recibir la Unción de los Enfermos”.

Esfuerzo doloroso

Leemos que las enfermeras y los médicos estaban asombrados de su dulzura, sonreía a todo el mundo como queriendo tranquilizarnos, era educado, no hacía más que disculparse con las enfermeras por el pesado trabajo que se veían obligadas a hacer con su enfermedad, y cuando le atendían intentaba con todas sus fuerzas pasar de la cama a la camilla, haciendo un esfuerzo muy doloroso para él, sólo para aliviarles el cansancio. Al médico que le preguntó si sufría mucho, Carlo respondió: **“Hay gente que sufre más que yo”.**

La enfermedad se extendió con una rapidez impredecible, de modo que dos días después: “...sentí que sus pulmones gorgoteaban, como si estuviera ‘enfisematizado’. Realmente hablaba con dificultad y en un susurro, e incluso su docilidad al catéter me hacía pensar, porque yo lo conocía **como un niño que soportaba poco el dolor, y en cambio aquella vez su docilidad y su silencio me sorprendieron,** como si una gracia especial lo hiciera capaz de aceptar cosas que de otro modo lo habrían hecho sufrir”.

La fuerza de Dios

¿De dónde sacó Carlo la fuerza en aquellos momentos? De donde la había sacado desde hacía años, lo que le llevó a ser un gran hijo, un gran estudiante, un gran compañero, un gran amigo, un gran apóstol. Nos lo explica su madre: **“Para él Dios estaba en el centro de todo**, era el sentido de todo, el punto de referencia constante. Recuerdo que en nuestros viajes, en cuanto llegábamos a un lugar extranjero, buscaba en internet dónde había una iglesia y los horarios de misa, para no perdérsela.”

A través de la Eucaristía, Carlo descubrió esa dimensión afectiva hacia Cristo que se convertiría en una de las características principales de su espiritualidad. Estar ante aquella lámpara encendida, como él llamaba al Sagrario, significaba para él entrar en el misterio del Corazón de Dios, encontrar fuerzas para todo lo que hacía, crecer en su amistad con Jesús y aprender a sentir y pensar como Jesús lo habría hecho en su lugar. **Carlo estaba profundamente convencido de que cuanto más se acerca uno a la Eucaristía**, más se transforma profundamente, y como explica un compañero de clase “con ese celo eucarístico suyo nos contagiaba también a nosotros”.

Mucho más se podría decir de Carlo, pues su vida -aunque breve- es de gran riqueza. Como resumen, concluyo con las palabras de uno de sus profesores: “Muchachos como Carlo Acutis hay pocos. **Tenía tantas habilidades y no hacía alarde de ellas, sino que las ponía siempre a disposición de los demás sin esperar nunca reciprocidad**, hacía pensar en un muchacho más adulto que su edad. Adulto -repito- pero no serio, sino alegre y con ganas de llevarse bien con todo el mundo. No tenía preferencias particulares, se llevaba bien con todo el mundo. Siguió así incluso después, no cambió, podría decir que era amigo de todos, amigo sobre todo de los que más necesitaban amistad”.

Tres píldoras de esperanza aquí y ahora⁸³

El 2 de febrero de 2025, la Iglesia celebró la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Este año, el lema, ‘Peregrinos y sembradores de esperanza’, resuena con fuerza, como una llamada a mirar al futuro con confianza desde el Jubileo ordinario convocado por Francisco.

Con motivo de esta jornada, desde la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, que preside el obispo de León, el claretiano **Luis Ángel de las Heras**, se apunta que “las personas consagradas no deben cansarse de sembrar relaciones nuevas, y menos aún de esparcir semillas de novedad en las relaciones que precisan del impulso que solo puede dar el amor de Cristo y la reconciliación con el Padre y con los hermanos”.

“La esperanza se fundamenta en Dios, no se basa en los números o en las obras”, apuntan los pastores en un tiempo de carestía vocacional en el que se cierran comunidades y se dejan algunas presencias. Desde estas coordenadas, animan a no “ceder a las tentaciones de la cantidad o la eficiencia, ni a las de confiar en las propias fuerzas o dejarse amedrentar por las debilidades”. De la misma manera, se muestran convencidos de que “las personas consagradas, fieles a su identidad profética, han de vivir despiertas, vigilantes, con actitud de centinelas que evitan todo adormilamiento y comodidad”.

Con estos desafíos por delante, tres religiosos comparten con ‘Somos Confer’ algunas pistas sobre cómo los consagrados pueden ser verdaderas semillas de esperanza en cada misión, en cada presencia, en cada etapa de la vida.

⁸³ Artículo publicado en la revista “Somos CONFER”, núm. 48 (febrero 2025).

1/ La mística de vivir juntos

Antonio Bellella, CMF
Director del ITVR

“En un mundo caracterizado por la desvinculación, en el que parece que la máxima aspiración humana es vivir para uno mismo, la vida consagrada será esperanza si ofrece un testimonio de vivir para los demás. También responde al desafío descrito por

el Papa **Francisco** en *Evangelii gaudium* y debe ser capaz de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarse, encontrarse, tomarse en brazos, apoyarse, haciendo realidad una verdadera fraternidad que se percibe en medio del pueblo como una caravana solidaria, con el convencimiento de que salir de sí mismo para unirse a otros hace siempre bien. Los consagrados somos peregrinos y sembradores de esperanza cuando vivimos la bienaventuranza de la sinodalidad en el interior de nuestras comunidades, en nuestras relaciones con otros miembros de la Iglesia y cuando tratamos con las personas a las que servimos. Somos testigos de esperanza porque creemos en un Dios que es comunión de amor y nos ha llamado para estar con él y para que, juntos, lo llevemos a los demás. Nuestra vida peregrina a la luz de un atardecer apto para recordar que ni la perfección ni la plenitud son de este mundo. Como sugiere la narración bíblica del jardín del Edén, la penumbra prolongada no es la que precede al ocaso, sino la que invita a conversar de otra manera con el ‘Dios que se pasea por el jardín al fresco de la tarde’”.

2/ Un corazón fresco y enamorado

Aurelio Cayón, SS.CC.
Vicario Episcopal para la VC en Madrid

“La esperanza es lo primero que genera vida, porque desde que nacemos caminamos hacia el futuro con proyectos, deseos y sueños. Surge del encuentro con el otro, de un enamoramiento que nos lleva a construir realidades conjuntas, creando un tejido de proyección hacia adelante. En la vida religiosa, esta esperanza tiene un nombre: **Jesús**. Un encuentro profundo con Él nos invita a seguirlo, a descubrir un tesoro que vale la pena por el cual dejar todo lo demás. Elegirlo libremente y responder con un sí absoluto, sustentado en la fidelidad y confianza en Su palabra. Así, caminamos, a veces entre nubes y rayos de sol, pero siempre con la certeza de ser llamados por Él. Es nuestra ancla de salvación, un pilar firme que nos permite vivir en comunidad, en contraste con el individualismo de nuestro mundo. Vivir en esperanza es mantener el corazón fresco y enamorado. Incluso en tiempos difíciles, debemos esperar, mirando en profundidad y agradeciendo los pequeños detalles. Cuando las cosas parezcan ir en sentido contrario, ver el lado bueno de las cosas... Todo esto es la clave de esperanza”.

3/ Apuesta valiente por el futuro intercultural

María Luisa Berzosa, FI
Consultora de la Secretaría General del Sínodo

“La vida consagrada es la esperanza como ‘clave de arco’, la materia de conversación con Dios, que sostiene hoy la peregrinación vital de las personas consagradas. En las sociedades secularizadas, la vida consagrada manifiesta una gran lucidez, después de purificar como nunca sus motivaciones. Es crítica y a la vez propositiva, aceptando abiertamente la reducción de sus fuerzas y transitando, cada vez más ligera de equipaje, por caminos nuevos que no sabe dónde le conducirán. En otras latitudes, donde el cristianismo es minoritario pero la propuesta religiosa es aceptada serenamente, la esperanza de los consagrados se reviste de una fecundidad y una comunión nuevas. En diálogo creativo con las raíces carismáticas, en los nuevos ámbitos de la vida consagrada predomina la apuesta valiente por un futuro intercultural, interreligioso, intergeneracional e interrelacionado. La vida consagrada vive allí, en esperanza, apoyándose solo en la fuerza del Evangelio de Jesús”.



POR TU PALABRA

José, el hombre maduro en las pruebas

Dios actuando en la oscuridad de la vida de José (Gén 37.39-41) – Comentario 1⁸⁴

Carlos Rey

Estimados amigos de la Biblia.

El objetivo de estos comentarios, como bien sabéis, es ir presentando personajes bíblicos. En los anteriores hablamos de tres mujeres: Rut, Judit y Ester. Ahora le toca el turno a un hombre: JOSÉ.

José es un personaje bíblico bastante popular, por lo que me imagino que algo ya conocéis de él: que era el hijo predilecto de su padre, Jacob; que fue traicionado por sus hermanos, vendido como esclavo y que, después de muchas peripecias y sufrimientos llegó a ser Virrey de Egipto y que siéndolo se reencontró con sus hermanos, salvándoles de la hambruna y reconciliándolos con él. Así es, pero la historia de José es mucho más y en eso estamos: en haceros ver la enorme riqueza de su recorrido vital y cómo Dios trabaja discreta pero eficazmente en medio de toda y cualquier circunstancia.

Puede que ya hayáis percibido que suelo presentar a los personajes bíblicos en clave procesual, haciendo ver su evolución y mostrando cómo Dios les fue transformando en medio de (y por) los ambientes, sucesos y acontecimientos de su existencia. Esto es lo que vamos a hacer con José.

Divido el relato en dos partes:

- LA PRIMERA va desde cuando José vivía en la casa paterna, como el preferido de su padre, hasta ser nombrado Virrey de Egipto (Gen 37.39-41), pasando por la traición de sus hermanos y otros avatares.

⁸⁴ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

- LA SEGUNDA se centra en su relación con sus hermanos, ya en Egipto, y en cómo les ayudó a sanar sus heridas del pasado, se dio a conocer y se reconcilió con ellos (Gen 42-50).

Un aviso importante: los comentarios que siguen tienen una particularidad: será el propio José quien os cuente su historia. Sí, en vez de hacerlo yo, he preferido invitarle para que sea él mismo quien os la narre. ¿Cómo puede ser esto, preguntaréis, si José vivió muchos siglos antes de Cristo? Es, evidentemente, un recurso literario que utilizo con fines pedagógicos, para que el tema os enganche más y se os haga más interesante y fructífero. Creo que os gustará.

Damos, pues, la palabra a José.

1. Caída en desgracia de José (Gen 37.39,1-20)

Saludos, queridos lectores. Soy José. Respondiendo a la invitación de Carlos, os voy a contar mi vida. ¡Tengo tantas cosas que deciros! Creo que mi existencia es muy emocionante y útil para vivir. ¿Sabéis por qué? porque la vida me llevó por caminos que yo nunca imaginé y, sobre todo, POR LA OBRA QUE DIOS HIZO EN MÍ A TRAVÉS DE LOS MISMOS. ¡Ojalá os ayude!

En casa de su padre

Hace muchos años que deje mi cargo de Virrey de Egipto y he tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre mi ajetreada historia. “¡QUÉ CLARO VEO AHORA EL SENTIDO DE TODO LO QUE ME SUCEDIÓ! ¡Y QUÉ BIEN LO HIZO DIOS!”



Ya no me pregunto el ¿por qué de esto o aquello? o si fue bueno o malo. Mirado en retrospectiva, y desde el corazón de Dios, todo está en su sitio.

Yo me sentía protegido y mimado por mi padre, “que me amaba más que a todos sus otros hijos” (Gen 37,3), pero vivía en las nubes, en Babia decís vosotros, distraído y ajeno a todo lo que pasaba a mi alrededor y con una sensación de superioridad sobre mis hermanos, que pagaría caro.

Además, tuve dos sueños, que conté a mi familia, en los que yo aparecía por encima de todos y ante quien, mis hermanos y mis padres, se inclinaban. Así lo cuenta la Biblia:

José tenía diecisiete años cuando iba a apacentar el rebaño con sus hermanos...

Israel amaba a José más que a todos sus hijos, porque era el hijo de su ancianidad... Sus hermanos vieron que su padre lo amaba más que a todos ellos, y le cobraron tal odio que no podían hablarle con cariño.

José tuvo un sueño y se lo contó a sus hermanos. Les dijo: "Estábamos atando gavillas en el campo, y en esto que mi gavilla se levanta y se queda derecha, mientras que las vuestras se ponen alrededor y se inclinan ante la mía". Sus hermanos respondieron: "¿Es que vas a ser tú rey y señor nuestro?". Y le odiaban todavía más por sus sueños y por sus palabras.

José tuvo otro sueño, que contó también a sus hermanos: "Me parecía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mí". Se lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió, diciéndole: "¿Qué sueño es ése que has tenido? ¿Es que tenemos que postrarnos ante ti, yo, tu madre y tus hermanos?". Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre daba vueltas al asunto (Gen 27,2-11).

Yo no tenía ni idea del malestar de mis hermanos por la actitud de mi padre ni de su rechazo hacia mí por mi actitud de superioridad y prepotencia para con ellos. No sospechaba lo que se cocía en la familia ni podía imaginar que pudiera pasar lo que pasó después. ¡Qué ingenuo era!

En el pozo

Cuando fui a visitarlos a Siquén, donde estaban con las ovejas (Gen 37,12) iba canturreando, contemplando el paisaje y recogiendo flores. Por eso, cuando se abalanzaron sobre mí, me quitaron la túnica y me arrojaron a un pozo seco, me quedé sin reacción. Pensé que era una broma de mal gusto y que me sacarían de allí diciendo: "¡Qué susto te hemos dado, eh!" "¡Vaya cara pusiste!", u otros comentarios parecidos.

Pero no fueron mis hermanos quienes me sacaron, sino dos hombres fornidos que me ataron a una larga fila de hombres y mujeres, también ellos atados. Temblé de pies a cabeza. Conocía la escena: era una caravana de mercaderes que vendían de todo, también esclavos. Mi corazón se aceleró, mi cabeza se embarulló y mis piernas se paralizaron. Miré, incrédulo, a mis hermanos. Quise hablarles, pero no acerté a pronunciar palabra. Mientras unos reían y charloteaban, otros permanecían serios en silencio, se tapaban el rostro o se volvían para no ver. A quien no vi fue a Rubén. ¿Dónde está?, pensé. Él no dejaría que me pasara esto.

La caravana se puso en marcha. Yo volvía la vista atrás, hacia mis hermanos, con un atisbo de esperanza, pero según me alejaba, sentía invadirme la tristeza y la angustia y se me hacía un nudo en el estómago. Cuando ya no los vi, grité desesperado, ante la indiferencia de esclavos y mercaderes.

Aquella noche no conseguí dormir. Tenía hambre y el frío me hacía tiritar en medio del vacío tenebroso. Lo peor era la incertidumbre: ¿A dónde me llevan? ¿Qué va a

ser de mí? Y una pregunta incesante: ¿por qué me han hecho esto mis hermanos? ¡Nunca más volveré a ver a mi padre!

Mi choque con la realidad fue brutal. Me sentía como un jarro arrojado al suelo y roto en mil pedazos. Mi situación era dramática: si voy a ser un esclavo, pensé, ¿qué sentido tiene vivir?

En casa de Putifar

En Egipto nos expusieron semidesnudos a hombres y mujeres para que los compradores apreciaran la “mercancía”. Me sentía perdido en medio del gentío, sin saber dónde estaba ni entender lo que decían... Hasta que alguien me llevó a empujones a un hombre muy bien vestido, con sandalias en los pies y espada a la cintura. Era Putifar, el jefe de la guardia del Faraón.

Su casa era grande y bien amueblada, con guardias en las puertas. A su alrededor, plantaciones, muchos árboles frutales y animales para el trabajo. Putifar, además de su cargo en la corte, tenía diversas propiedades y negocios.

Pronto vi que, aunque hacía trabajar mucho a sus esclavos, nos trataba con respeto. Creo que le caí bien, porque al poco tiempo me sacó del barracón de los esclavos y me llevó a dormir con el personal que estaba a su servicio. Me encomendó algunas tareas dentro de su casa y me puso a servir a sus invitados, muchos de ellos altos cargos de la corte del Faraón. A partir de ese momento mi ascensión muy rapidísima: encargado de los servidores, responsable por la casa y administrador de todos sus bienes.

Me gustaba trabajar y me encontraba a gusto haciéndolo. Para mi sorpresa, las cosas me salían bien, admirándome yo mismo de mi buen hacer. A veces oía el cuchicheo de aprobación de los invitados y del mismo Putifar. Un día me llamó y me dijo: “Soy un militar curtido en mil batallas, pero VEO QUE YAHVÉ, TU DIOS ESTÁ CONTIGO y hace prosperar tus empresas. Yo mismo me siento bendecido por Él, gracias a ti. Te pongo al frente de mi casa y te confío todo lo que tengo”. (Cf. Gen 39,3-6).

Me quedé tieso y sin palabras. Era su esclavo y tenía que obedecerle, así que el día siguiente comencé. Me sorprendió que no me agobiara tanta responsabilidad; al contrario, me sentía capaz de llevarla adelante. “Dios está contigo y hace prosperar tus empresas”, me había dicho Putifar (Gen 39,3). Aquella frase se que quedó grabada y me resonaba.

Mi nueva situación en casa de Putifar fue un auténtico renacer. Existen momentos en la vida que son como explosiones de luz. Es como si en el cielo se abrieran grietas para iluminar la escena. Sí, una nueva luz atravesaba las tinieblas de mi desgracia, y esa luz era Dios. ¡Gracias, Yahvé, gracias!, exclamé. Así lo narró el autor bíblico:

José había sido llevado a Egipto. Putifar, egipcio, eunuco del Faraón y capitán de la guardia, se lo compró a los ismaelitas que lo habían

llevado allí. El Señor estaba con José y todo le salía bien; y se quedó en la casa de su dueño, el egipcio.

Su dueño vio que el Señor estaba con él y que hacía prosperar en sus manos todo cuanto él emprendía; José halló gracia a sus ojos, y así fue incorporado al servicio de su dueño, quien le hizo mayordomo de su casa, confiándole todo cuanto tenía.

Desde el momento en que le puso al frente de su casa y de todo cuanto tenía, el Señor bendijo la casa del egipcio en consideración a José. La bendición del Señor alcanzó a todo cuanto poseía, tanto en la casa como en el campo. Entonces dejó en las manos de José todo cuanto poseía; con él no tenía que preocuparse de nada, a no ser del alimento que tomaba (Gen 29,1-6).

Mi vida se desarrollaba con normalidad. Había dejado atrás la experiencia del pozo y el desierto y podía respirar en paz. Solo había una cosa en aquella casa que me inquietaba: la actitud de la mujer de Putifar, que no dejaba de mirarme, pues yo “era apuesto y de buena presencia” (Gen 39,6). Era una mujer madura y todavía bella. Debió de ser muy hermosa en su juventud, pero no parecía satisfecha con su matrimonio. Putifar era un hombre bueno, pero poco dado a expresar sentimientos, manifestar ternura o dedicarle tiempo. Sus negocios y continuas ausencias no se lo permitían. “Tengo algo urgente que hacer”, decía, y se iba.

Un día me invitó a acostarme con ella (Gen 39,7), a lo que me negué, pero día tras día se las arreglaba para encontrarme, hablarme e insistir en su propuesta. Era una mujer atractiva y seductora, pero no tenía ningún sentido acceder a una aventura amorosa con fecha de caducidad.

Hasta que un día en que no había nadie en casa “me agarró de la túnica, mientras repetía: Acuéstate conmigo” (Gen 39,12). No tuve otra opción que dejar la túnica en sus manos y huir medio desnudo. Frustrada, empezó a gritar acusándome de querer abusar de ella.

Mientras me alejaba y oía sus gritos histéricos detrás de mí, sentí que el mundo se me caía encima. Me encerré en mi habitación y lloré amargamente. Reviví la experiencia del pozo en el desierto y sentí cómo me invadían las mismas sensaciones de aquellos días: el corazón latiendo con fuerza, incapacidad de pensar y rigidez. Quería armar un discurso para cuando volviera Putifar, pero me era imposible. Rebobinaba la escena y me preguntaba mil veces por qué no fui más prudente, por qué entré en la casa, por qué no me fui antes... Pero ya no había remedio. En mi interior todo era angustia, desesperación, tiniebla e incertidumbre: ¿Qué hará Putifar?, me preguntaba. ¿Me escuchará? ¿Me echará? ¿Qué será de mí? “¿Por qué me pasan estas cosas?” Estaba hecho añicos.

Putifar entró en mi habitación como una fiera, convencido de que había querido violentar a su mujer. Intenté hablar, pero ni pude articular palabra ni él me escuchaba. Llamó a los guardias y me “metió en la cárcel” (Gen 39,20). Yo sabía que

podía matarme, pero nunca pensé que daría con mis huesos en una mazmorra, entre ladrones y criminales:

José era guapo y esbelto. La mujer de su dueño puso sus ojos en él y le dijo: “Acuéstate conmigo”. Pero José se negó y le dijo: “Conmigo mi señor no se preocupa de lo que pasa en la casa y me ha confiado todo lo que tiene... Nada me ha prohibido más que a ti, puesto que tú eres su mujer. ¿Cómo podría yo cometer un mal tan grande y pecar contra Dios?”. Y por más que ella insistía todos los días, José no consintió en acostarse con ella.

Un día entró José en la casa para sus quehaceres, y no había entonces en la casa ningún criado. Ella le agarró por sus vestidos y le dijo: “Acuéstate conmigo”. Pero él, dejando sus vestidos entre sus manos, huyó y salió afuera.

Ella, viendo que había dejado el manto entre sus manos y que había salido fuera, llamó a sus criados y les dijo: “Mirad, nos ha traído un hebreo para abusar de nosotros. Se acercó a mí para acostarse conmigo, pero yo me puse a gritar y él, al oír mis gritos, dejó su manto en mis manos y huyó”.

Ella puso junto a sí el manto hasta que su marido volviera a casa. Entonces repitió lo mismo a su marido: “El hebreo que tú nos has traído se me acercó para abusar de mí, pero, al ver que yo me puse a gritar, dejó su manto junto a mí y huyó”.

El marido, al oír lo que le decía su mujer sobre el comportamiento de su esclavo con ella, se enfureció, mandó a prenderlo y lo metió en la cárcel donde estaban los presos del rey. Así José fue a parar a la cárcel (Gen 39, 6b-20).

2. En el vientre de la tierra (Gen 39,1-21.40-41)

En la cárcel

¡Qué lugar horrible, putrefacto y mal oliente aquel! ¡Qué oscuridad, unas veces silenciosa, otras, poblada de gritos, palabrotas e imprecaciones! ¡Qué soledad tan brutal! Estaba enterrado vivo. Lloré mi desgracia y me invadió la desesperanza. Mejor habría sido que Putifar me matara.

Entré en una crisis mucho más profunda que la vivida en el desierto. Mi único horizonte vital eran aquellos muros y la podredumbre ambiental y humana que me rodeaba. Musité, entre lágrimas, el Salmo 25 (24):

*Dios mío, en ti confío,
no quede yo defraudado.
Que no triunfen de mí mis enemigos,
pues los que esperan en ti*

no quedan defraudados.

*Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con tu misericordia,
por tu bondad, Señor, dame vida.*

*Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas,
y perdona todos mis pecados.*

El alcaide de la cárcel se interesó por mí. Estaba bien informado de las tareas que yo había desempeñado en casa de Putifar, por lo que no lo dudó: en poco tiempo me “confió todos los detenidos que había en la cárcel. Todo lo que se hacía allí lo hacía o dirigía yo. Y él no controlaba absolutamente nada de cuanto yo administraba” (Gen 39,22-23).

¡No me lo podía creer! Se repetía lo que me había pasado con Putifar. ¿Cómo era posible? Sentí una frágil luz penetrando y brillando en el desierto de mi corazón y levanté la vista hacia la única grieta por donde entraba un rayo de luz. La palpaba. En su debilidad, era más fuerte que las tinieblas, pues las atravesaba y vencía sin que éstas pudieran oponerle resistencia. Sentí disminuir mi angustia. Mi cuerpo, postrado en la tierra, se fue irguiendo e incorporando. Dentro de mí una fuerza, que no era mía, me impulsaba a vivir. “DIOS ESTÁ CONMIGO! Y SU VIDA FLUYE EN MÍ. ¡Gracias, Yahvé, gracias!”, exclamé, seguro de que Dios era más fuerte que la cárcel.

Tiempo después el Faraón mando a la cárcel a dos de sus servidores: su copero y su panadero mayor. Como yo estaba a cargo de todo, me tocó atenderlos. Un día por la mañana los vi con mala cara y les pregunté el motivo: “Hemos tenido un sueño cada uno”, me dijeron, y no sabemos interpretarlos. Me salió decirles: “ES DE DIOS EL SENTIDO OCULTO DE LOS ACONTECIMIENTOS. Contádmelos” (Gen 40,5-8).

Me sorprendí de lo que acababa de decir. Mis hermanos me habían traicionado, Putifar me había condenado y yo había pasado por fuertes crisis, pero no había reflexionado sobre el sentido de hechos, tan terribles. Pensaba haber superado todo aquello con mi trabajo y mi buen hacer, pero solo ahora me daba cuenta de que era Dios quien me había sostenido con su fuerza. Sin saber cómo, acababa de afirmar que TODOS LOS SUCECOS TIENEN UN SENTIDO OCULTO, QUE SOLO DIOS LO CONOCE, y pedía a mis compañeros que me contaran sus sueños para hacérselo saber. ¿Quién era yo para decir eso? Y, sin embargo, no tenía dudas. Insistí: “contádmelos”.

¡Me veía tan cambiado! Recordé mi orgullo y mi prepotencia ante mis hermanos. Ya no me veía superior a nadie, sino CON EL DON DE ENTENDER LOS DESIGNIOS DE DIOS. Me sentía amado por Él con predilección, pero no para mi regodeo, sino para ayudar a estos hombres. ¿Qué me había sucedido? Tenía conciencia de que no había llegado a esto por un proceso evolutivo, fruto de mi esfuerzo. Era como si, de un salto, hubiera pasado a ser lo que no era antes, pues aquello que estaba en mí no provenía de mí.

Ellos me contaron sus sueños y yo les revelé lo que se me daba a conocer: “Dentro de tres días te devolverá el Faraón a tu cargo”, le dije a uno (Gen 40,13); “A la vuelta de tres días te colgará el Faraón de un madero”, le dije al otro (Gen 40,19). Y así sucedió.

Estaba en la cárcel “en el sitio de los detenidos del rey”, de modo que pensé que la vuelta del copero a la corte podría ayudarme a salir de allí: “A ver si te acuerdas de mí cuando te vaya bien”, le dije. “Hazme el favor de hablar de mí al Faraón para que me saque de aquí”, añadí (Gen 40,15). Pero él se olvidó (Gen 40,23). ¡Así somos los humanos!: en cuanto nos va bien, nos olvidamos de quien sufre y hasta de quien nos ayudó.

Virrey de Egipto

Mi estancia en la cárcel habría sido eterna si no fuera porque, dos años después, “también el Faraón soñó” (Gen 41,1). Fue entonces cuando el copero se acordó de mí, y esto dio a mi vida un rumbo insospechado. ¿Casualidad, suerte, o Dios que nos cuida?

Algo intuyó el Faraón sobre la importancia de aquellos sueños, pues “inquieto, mandó llamar a todos los magos y sabios de Egipto, pero nada pudieron hacer” (Gen 41,8). Fue entonces cuando el copero le habló de mí.

Después de un buen baño, pues olía a perros, comparecí ante el Faraón (Gen 41,14). Me dijo: “he oído decir de ti que te basta oír un sueño para interpretarlo” (Gen 41,15). El Faraón ponía el acento en mí persona, por lo que tuve que puntualizar sus palabras: “No hablemos de mí, maticé; que sea Dios quien responda al Faraón” (Gen 41,16). No era yo quien iba a resolver el enigma, sino Dios; yo solo tenía que DEJAR A DIOS QUE SE MANIFESTARA POR MÍ. Era Dios el protagonista; yo solo su mediación.

LOS AÑOS DE OSCURIDAD Y SUFRIMIENTO HABÍAN CAMBIADO LOS CIMIENTOS DE MI VIDA. Ya no me apoyaba en mí mismo y mis dotes, sino en Dios y los suyos. Por eso no dejé al Faraón poner el acento en mí. Tenía que dejar claro, me entendiera o no, que era Dios el protagonista de sus sueños, de mi interpretación y de los acontecimientos que se anunciaban.

Este había sido el mejor fruto del largo y doloroso proceso vivido en mis años de esclavitud y cárcel. La vida real había desmontado mis fantasías, esquemas y certezas, tan frágiles y caducos, y me había propiciado el espacio y tiempo necesarios para que la Vida de Dios creciera en mí hasta configurar todo en mí: sentimientos, pensamientos, palabras y acciones.

El Faraón me contó sus sueños: el de las vacas, siete gordas y siete macilentas, y el de las espigas, siete buenas y siete flacas (Gen 41,17-25). Mi respuesta fue clara: “El sueño es uno solo, le dije. Dios anuncia al Faraón lo que tiene previsto hacer” (Gen 41,25); e insistí: “DIOS HA MOSTRADO AL FARAÓN LO QUE TIENE PREVISTO HACER” (Gen 41,28); y una vez más: “la cosa es firme de parte de Dios y Dios se apresura a realizarla” (41,31).

De tres formas diversas le dije lo mismo, porque así se me había iluminado. Y añadí: “Ahora pues, fíjese el Faraón en algún hombre inteligente y sabio y póngalo al frente de Egipto para recoger y almacenar el comestible de estos años buenos en previsión de los años de hambre que habrá en Egipto” (Gen 41,33-36). Respondió el Faraón: “¿Acaso podremos encontrar otro hombre como tú, que tenga el espíritu de Dios?... No puede haber sabio como tú. Tú estarás al frente de mi casa... Mira: te pongo al frente de todo el país” (Gen 41,38-41). Este es el relato:

El Faraón tuvo este sueño: Estaba junto al Nilo y del Nilo subían siete hermosas y gordas vacas, que se pusieron a pastar entre los juncos de la orilla. Detrás de ellas subieron otras siete vacas escuálidas y flacas, que se pusieron junto a las primeras y las devoraron. Entonces el Faraón se despertó. Volvió a dormirse y tuvo otro sueño: siete espigas granadas y lozanas salían de una sola caña; y otras siete, raquíticas y quemadas por el viento del este, brotaban después de ellas y devoraron a las siete espigas granadas y lozanas. Entonces se despertó...

El Faraón mandó llamar a José de la cárcel y le dijo...: “He oído decir de ti que te basta oír un sueño para interpretarlo”. José respondió: “Yo no soy nada; es Dios quien dará al Faraón respuesta favorable” ...

José dijo al Faraón: “Las siete vacas hermosas y las siete espigas lozanas significan siete años. Las siete vacas escuálidas y flacas... y las siete espigas raquíticas y quemadas por el viento quieren decir que habrá siete años de hambre. Esto es lo que yo digo al Faraón: Dios ha mostrado al Faraón lo que él va a hacer. Van a venir siete años en que habrá abundancia en todo Egipto. Luego vendrán siete años de hambre... y el hambre consumirá el país... Procúrese el Faraón un hombre inteligente y sabio y póngalo al frente de Egipto...

Y el Faraón les dijo: “¿Encontraremos un hombre en quien esté el espíritu de Dios como en éste?”. Y dijo a José: “Puesto que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay hombre tan inteligente y sabio como tú; tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá. Sólo yo en el trono seré mayor que tú”.

Tenía José treinta años cuando se presentó ante el Faraón, rey de Egipto (Gen 41,1-7.14-16.25-33.37-40.46).

El Faraón había repetido las palabras de Putifar y del alcaide, y como ellos, me confiaba todo lo suyo y reconocía que mi sabiduría procedía de Dios. Me quedé de piedra. En un instante pasaba de ser un preso del Faraón a Virrey de Egipto. Era el cambio más radical de toda mi vida. Oré con el Salmo 138:

*Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
por tu misericordia y tu fidelidad.*

*Porque al cabo de los años,
Tú has desbordado mis deseos,
Dios desconcertante y fiel.*

*Ha sido necesario un largo camino,
pasar por momentos de oscuridad,
creer en el amor, a pesar de todo,
para recibir ahora tus frutos.*

*El Señor es grande,
se ha fijado en mi pequeñez
y ha desbaratado mi orgullo.
Ha puesto frutos de amor en mi corazón,
más fuertes que todos los golpes de la vida.*

*¿Cómo lo has hecho, Dios mío?
No sé, y me supera.
Mi corazón exulta.*

Hoy, al final de mi vida, tengo muy claro lo que Dios hizo conmigo aquellos años y con qué fin: DIOS QUERÍA SALVAR AL PUEBLO DEL HAMBRE Y DARSE A CONOCER A LOS HOMBRES. ¿Por qué me eligió a mí, un jovencito mimado y orgulloso, para ello? No lo sé, pero lo hizo. Y PARA HACERME HUMILDE Y DÓCIL, OPTÓ POR UN TRATAMIENTO DE CHOQUE Y FUERTES CONTRASTES. Me hizo pasar varias veces, y de repente, del bienestar al malestar, de la fortuna a la desgracia, de la grandeza a la miseria. Así ROMPIÓ MIS ESQUEMAS Y ME PREPARÓ PARA LA MISIÓN que, en su designio salvador, había proyectado realizar por mí.

Me concedió además dos grandes cualidades, que al principio consideré mías, pero que después descubrí que eran DONES DE DIOS y fruto de su misericordia para conmigo: LA CAPACIDAD DE INTERPRETAR SUEÑOS, es decir, de captar el sentido oculto de los acontecimientos, y MI BUEN HACER. Ambas me las concedió en vista de mi misión.,

Los años que había vivido como esclavo, después de ser vendido como esclavo por mis hermanos, o en la cárcel, condenado por la falsa acusación de acoso sexual, sumaban casi la mitad de mi vida. En este tiempo conocí el odio, la envidia, la arbitrariedad, la injusticia, la soledad y el abandono; corrí riesgo de muerte, fui considerado mercancía, sufrí y pasé por periodos de crisis, angustia e incertidumbre. Pero no solo no me venció la desesperación, sino que DIOS ME CUIDÓ, ME GUIÓ Y ME CONCEDIÓ SUS DONES, transformando la desgracia y el sufrimiento en confianza y docilidad a Él.

Conclusión

Este fue mi proceso, queridos amigos de la Biblia: de la predilección de mi padre por mí pasé a verme en el fondo de un pozo y ser mercancía en un mercado de esclavos; de dirigir la casa y los bienes de Putifar a ser enterrado en una cárcel inmundas; de sentirme superior a todos a conocer las miserias y podredumbres del ser humano... Hasta que, sin yo buscarlo ni prepararlo, fui elevado a Virrey de Egipto, solo por debajo del Faraón.

Pero lo más importante no fue esto, sino lo que Dios fue haciendo en lo más hondo de mí, sin que nadie, ni yo mismo, se diera cuenta: cómo él puso patas arriba mi antigua sensación de superioridad, cómo me preparó a través de un proceso largo, oscuro y doloroso para, en vez de centrar todo en mí, enseñarme a poner sus dones: mi buen hacer y mi capacidad de interpretar los sueños, a servicio de los demás. ¡QUÉ BIEN LO HIZO DIOS!

Había sido nombrado Virrey de Egipto, pero, ¿para qué? ¿Qué sentido tenía, a los ojos de Dios disponer de tan gran dignidad? Pronto lo sabría y os lo haré saber para que, en lo que veáis en mí, deis gloria a Dios.

Hasta el próximo día. Un abrazo.

José, Virrey de Egipto y, sobre todo, siervo de Dios.

Habiendo escuchado al mismo José contar su historia, os recomiendo la lectura de un texto que, además de indicar la base histórica del relato, se centra en desvelarnos su sentido más hondo: que Dios está y actúa en los acontecimientos de la historia, también en los más dramáticos y desgraciados. Os será muy útil. Lo encontraréis en: "DRAMA Y ESPERANZA - I", DE JOSÉ LUIS ELORZA (ED. FRONTERA), PG. 241-261.

Leídas estas páginas, es de fundamental importancia leer directamente el texto bíblico que os indico a continuación: Gen 37.39-41. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.
--

EL ANAQUEL

Jesús, el sacerdote

Reflejos del Nuevo Testamento⁸⁵

Thomas Söding

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio sacramental ministerial tienen su fundamento en el sacerdocio de Jesús, que se manifiesta en la Eucaristía. Y es fundamental en el Nuevo Testamento. Es un sacerdocio escatológico, que se distingue de los sacerdocios pagano y judío. El artículo describe cómo la última Cena muestra todo su valor y significado. Y por qué hay que enraizar el sacerdocio ministerial en el sacerdocio común de los fieles, varones y mujeres, lo cual obliga a plantear la cuestión de si hay discriminaciones hoy en la Iglesia Católica.

La cuestión del sacerdocio

No se puede pensar la Iglesia Católica al margen de los sacerdotes, aunque su significado no es obvio por culpa de un clericalismo, que confunde sacramentalidad con sacralidad y convierte el servicio en un instrumento de dominación. Se desfigura el sentido del sacerdocio del servicio cuando no se lo enraíza en el sacerdocio general de todo el pueblo de Dios. Si lo decisivo es la figura de Jesús, y la Eucaristía revela en qué consiste el sacerdocio de Jesús y el de los que lo siguen, se actualiza el sentido profundo del sacerdocio sacramental cuando la santidad se comprende como entrega y la santificación como liberación.

Para determinar la imagen, el concepto y la praxis del sacerdocio y de la Eucaristía, hay que partir del Nuevo Testamento, que es el primer testigo de la fe, pues la Biblia tiene su origen en el recuerdo inspirado de la historia de Israel y de Jesús, acuñada por la fe en la Resurrección, que actualiza la Pasión de Jesús. Gracias a ello, la comunidad de fe, que celebra la Eucaristía, es Espíritu viviente (2Co 3,6.17).

⁸⁵ Selección del artículo 'Jesus, der Priester. Spiegelbilder des Neuen Testaments', publicado en 'Internationale Katholische Zeitschrift Communio' 50 (2022), 4-14. Extracto de 'Selecciones de Teología' (versión de Javier Calvo).

La celebración del Jueves Santo

Según la doctrina dominante, la Iglesia Católica ha situado en el centro de la celebración del Jueves Santo la institución de la Eucaristía y del sacerdocio sacramental: se celebra con especial devoción la Eucaristía concelebrada, se vacía el Sagrario, se lavan los pies, se guarda el Santísimo en el Monumento, se canta el *Pange lingua* y en la Hora Santa se lee la “oración sacerdotal” (Jn 17). Con ello, la liturgia muestra que el misterio de la fiesta es mayor de lo que pueden expresar conceptos como “institución”, “sacramento del altar” y “sacerdocio consagrado”. El Jueves Santo se celebra la Misa de la última Cena de Jesús, que es, propiamente, la única Cena, pues, así como solo hay un Dios y un Cristo, así también solo hay una Eucaristía (1Co 10,17). Por ello las lecturas y las plegarias desarrollan la riqueza de esta unidad. Y la mirada se extiende hasta el Éxodo (Ex 12), cuyo significado ritual es el Cordero sacrificado, que según el Nuevo Testamento es el mismo Jesucristo (1Co 5,7). Y la segunda lectura termina con una frase en la segunda persona del plural, que identifica a toda la comunidad de fe como sujeto de la Eucaristía (1Co 11,26). Y el lavatorio de los pies recuerda a Jesús como diácono, servidor, no solo como modelo para sus discípulos, sino también haciéndoles participar de sí mismo (Jn 13,1-20). Y en la oración del día se habla del “sacrificio de la nueva y eterna Alianza”, que se celebra en el banquete de su amor. Por tanto, en el hecho de que Jesús no da algo, sino que se entrega a sí mismo, sin diluir el misterio, se abre la perspectiva teológica sobre lo que significa el “sacramento del altar” y el “sacerdocio consagrado”.

La Eucaristía de Jesús

Marcos, Mateo y Lucas *narran*, según su tradición, lo que sucedió cuando Jesús celebró en Jerusalén la fiesta de Pascua, como lo hace también Pablo (1Co 11,23). Pues solo narrando se puede recordar la Última Cena como un acontecimiento, dado que la teología bíblica no es algo que se idea, sino que percibe lo que acontece. En los cánones eucarísticos, sobre todo de la tradición occidental, el relato tiene un significado decisivo, en el que no solo cuentan las *palabras del testamento*. En la celebración eclesial de la Eucaristía, el hablar tiene un carácter performativo, pues por la fuerza del Espíritu Santo no solo se informa sobre lo que entonces sucedió, sino que aquí y ahora, “hoy”, se realiza lo que aconteció en aquella noche. Es una actualización, en el significado original bíblico de la palabra, que percibe la fuerza creadora de Dios en el corazón de la oración humana (Sal 111,4).

Lo que se narra es un “banquete” (1Co 11,20, cf. 11,25) que, como “banquete del Señor”, se distingue radicalmente de un simposio profano. Los sinópticos indican esta singularidad refiriéndolo a la Pascua y Pablo por su lugar en el servicio divino. Gracias al relato se destacan las acciones de Jesús. En todas las tradiciones, “toma” primero el pan y luego el cáliz en la “sala superior” que un jerosolimitano le ha facilitado. La Eucaristía, por tanto, no va ligada a un templo de piedra, sino que los mismos fieles constituyen el Templo del Espíritu (1Co 3,10-17). En la celebración eclesial, el pan y el vino son llevados por la comunidad como frutos de la tierra y de

la viña, del “trabajo humano”, de manera que en la bendición de Dios coinciden creación y cultura.

Según Mc 14,22-23, Jesús bendice el pan y da gracias (*eucharistêsas*) por el cáliz. En las otras tradiciones, se da gracias por el pan y por el cáliz lleno de vino. Con la bendición y acción de gracias se realiza la unión con el Padre, Creador y Salvador. La bendición capta el don de Dios y expresa su bondad; la acción de gracias responde a lo que Dios ha permitido recibir y expresa con el pan y el vino que hay que agradecer a Dios toda vida, tanto la terrena como la eterna. Y todo es una oración de Jesús: su bendición y acción de gracias convierten toda la Eucaristía en una oración, en la que Jesús formula y realiza la unión de Dios con los seres humanos.

Este acto del lenguaje es esencialmente sacerdotal. En él, un sacerdote hace de mediador entre Dios y los seres humanos, dándoles la bendición de Dios y expresándole su acción de gracias, también en forma de sacrificio. Así percibe, expresa y adjudica que Dios ha reconciliado al mundo con Él (2Co 5,18). Es verdad que en la última Cena Jesús no actúa como los sacerdotes del Templo de Jerusalén, sino que desempeña más bien el papel de un anfitrión judío en un banquete. Pero en la liturgia doméstica de la fiesta de Pascua se expresa la vocación sacerdotal de todo el pueblo de Dios, que encontramos en el Éxodo (Ex 19,5). Jesús, celebrando la Eucaristía, fundamenta el sacerdocio común de todos los que pertenecen al pueblo de Dios (1P 2,9).

El don de pan y vino

El movimiento del tomar y del dar, tanto en el bendecir como en el dar gracias, se continúa en lo que los evangelistas cuentan sobre lo que Jesús hace a lo largo del banquete. Del pan se dice en los sinópticos: Él “lo partió, se lo dio y dijo” (Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19), que Pablo abrevia en “lo partió y dijo” (1Co 11,24). En el cáliz, Marcos y Mateo ponen, después del dar gracias: Él “se lo dio y dijo” (Mc 14,26; Mt 26,27) y Lucas y Pablo dicen “así mismo” (Lc 22,20; 1Co 11,25), que describe el mismo movimiento de Dios hacia aquellos con los que Jesús realiza el banquete. La estructura está formada por la unión del amor a Dios y al prójimo (Mc 12,28-34 par Mt 22,34-40; cf. Lc 10,25-28). Jesús da lo que ha recibido del Padre: se da a sí mismo en el pan y en el vino. Lo que Jesús da, dando gracias, le incluye a él y a todos los que comparten con él la mesa del Señor.

Las palabras que Jesús pronuncia no indican solo lo que hace, sino que son también un don de Dios a los seres humanos. Es decisivo que emplee la primera persona del singular: “mi cuerpo – mi sangre”, es decir, “yo mismo” según el lenguaje bíblico. Según Marcos y Mateo, Jesús renueva la Alianza del Sinaí, que Moisés –actuando como sacerdote– ha instituido, primero con la sangre de los animales sacrificados en el altar y que, luego, después de leer el documento de la Alianza, ha derramado sobre el pueblo (Ex 24,6-8). Según Lucas y Pablo, en el cáliz Jesús alude a la Nueva Alianza (Jr 31,31-34). El perdón y reconciliación van unidos a la Nueva Alianza, que media la inmediatez con Dios: una mediación sacerdotal para personas sacerdotales, llamadas por Dios.

El culto divino de la Iglesia

Según Marcos, Mateo y Lucas, Jesús celebra el banquete con los Doce (Mc 14,17; Mt 26,20), “con los Apóstoles”, añade Lucas (Lc 22,14). Esta comunidad de mesa pone un signo: Jesús celebra la fiesta con todo el pueblo de Dios, representado por los Doce. Escoge el lenguaje de los signos porque expresa la esperanza de la renovación de las 12 tribus (Ex 40,49LXX; 43,16; Sir 44,22-23; 4Esd 13,39-47; 1QM 3,13-14). En la Eucaristía de Jesús se expresa que existe el pueblo de Dios en función del Reino de Dios y que el Reino de Dios constituye el pueblo de Dios, del que se da testimonio en la tierra y se experimenta en plenitud en el cielo. Los discípulos invitados por Jesús, también Pedro, que lo negará, y, claramente, Judas, son los primeros que necesitan el per-

dón. Según Lucas, en la Cena lo que más les interesa es discutir quién de ellos es el más grande. Necesitan del perdón que Jesús les concederá (Lc 22,24-30).

Según Marcos y Mateo, Jesús realiza el servicio de la Eucaristía “por muchos” (Mc 10,45 par Mt 20,28), es decir, de acuerdo con el lenguaje bíblico (Is 52,12), “por todos” (1Tim 2,5-6; cf. 2Co 5,14-15), “por la vida del mundo” (Jn 6,51). Y en la versión lucana y paulina, Jesús dice “por vosotros” (Lc 22,19.20; 1Co 11,24), refiriéndose con ello también a todos los que un día estarán con él. Lucas mira a los Doce porque representan a todo el pueblo de Dios. Pablo recuerda la Eucaristía en una carta a la Iglesia de Corinto, que está unida a todos los que invocan el nombre del Señor (1Co 1,2), que en lo local media el significado salvífico universal de Jesús.

Según Lucas a los Doce, y según Pablo a todos, los que celebran la Cena, Jesús les exige “haced esto en memoria mía” (Lc 22,19; 1Co 11,24.25). Esta memoria es una actualización ritual. Todo lo que después se discutirá como presencia real, depende de este acontecimiento: de la actuación del Espíritu, de la resurrección de Jesucristo, de la fe del pueblo de Dios, del servicio de los Doce, del seguimiento de Jesús en todos los tiempos. La Eucaristía se celebra en la comunidad de la Iglesia, que es una en Cristo, aunque se haya dividido en la tierra.

El servicio sacerdotal

Después del Concilio Vaticano II se ha dicho, equivocadamente, en algunos escritos exegéticos, que el culto y el sacerdocio están superados en el cristianismo. Ciertamente, no se parece al sacerdocio pagano, que quiere aplacar a los dioses con sacrificios y fomentar el bien común. Y la carta a los Hebreos marca también una diferencia dialéctica con respecto al culto en el Templo de Jerusalén y el sacerdocio levítico. Jesús se remonta al sacerdocio de Melquiseq, que ofreció pan y vino (Gn 14,17-24), fundando la salvación escatológica de una vez por todas (Hb 7,1-10; Sal 110), mostrando los límites de la Antigua Alianza. Se acentúa el sacerdocio de Jesucristo, que crea una salvación infinita, pues es el Mediador puesto por Dios, que

comparte plenamente la condición humana (Hb 2,17-18; 4,14-5,10), sin estar distanciado en nada de Dios (Hb 1,8; Sal 47,7-8).

Cuando la teología católica habla del “sacramento del altar”, ha de tener en cuenta estas diferencias significativas con respecto al culto pagano y judío. Por eso Pablo subraya que no se puede compartir la mesa de los demonios y la mesa del Señor (1Co 10,21). En la mesa eucarística del Jesús Crucificado y Resucitado, lo profano es lo más sagrado (Rm 3,24) y el rechazado es el Elegido (Mc 12,10-12 par). Por eso el altar eucarístico puede estar en cualquier lugar, pues en la celebración de la comunidad del pueblo de Dios, la “mesa del Señor” se convierte en altar.

Jesús anuncia y anticipa la plenitud del Reino de Dios y actúa sacerdotalmente santificando el nombre de Dios y hace participar a los creyentes en esta santificación, concretada en el Padre nuestro, que él enseña a sus discípulos (Mt 6,9 par; Lc 11,2). Y la dimensión escatológica de su sacerdocio se hace patente en sus curaciones (Mc 10,46-52 par; Mc 1,40-45 par; Lc 17,11-19), que hacen eficaz la salvación, como se ve significativamente en el hecho de que Jesús perdona los pecados como “Hijo del Hombre” (Mc 2,10; Mt 9,2; Lc 5,20; cf. Lc 7,48). En las curaciones se manifiesta el mismo Jesús, que vive, muere y resucita, el mismo Padre, que lo envía entrega y resucita, y el mismo Espíritu, que está en Jesús para que anuncie la buena noticia a los pobres (Lc 4,18-21; Is 61,1-2). Al expulsar a los mercaderes (Mc 11,15-19 par; Jn 2,13-22), Jesús muestra que el Templo no media la salvación escatológica, que aproxima el Reino de Dios, sino que al celebrar la Última Cena marca la antesala escatológica de la salvación situándola en un rito que puede ser celebrado, en comunidad con él, en cualquier lugar y tiempo. Esta es, litúrgicamente, la adoración “en Espíritu y en verdad” (Jn 4,22) y el “culto racional” (Rm 12,1). La celebración de la fe, la Eucaristía, va unida a la diaconía de Jesús, que se inspira en la liturgia, uniendo la gloria de Dios con la dignidad del ser humano.

El seguimiento de Cristo

Si hay un seguimiento de Jesús, hay también un seguimiento en el servicio sacerdotal de Jesús. Y el discípulo es enviado para que *Él* pueda actuar por medio de él en la comunidad de los discípulos. Ningún sacerdote es Jesús, pero actúa para que *Él* pueda actuar, a través de él, en medio del pueblo de Dios sacerdotal, gracias a la participación del Espíritu. En la praxis de Jesús se puede descubrir quién ha sido llamado al seguimiento en el servicio sacerdotal. No se trata de una cuestión de genealogía, como en los levitas, sino de una fe personal y de toda la Iglesia. Por eso Jesús llamó a seguirle a varones y mujeres (Lc 8,1-3), pecadores y justos (Mc 2,13-17 par), judíos y, después de Pascua, también a paganos (Jn 12,20-36). No hay fronteras para la gracia de Dios. Pablo lo une al bautismo (Ga 3,28), que comporta la comunidad viva con Cristo (Ga 3,26-28) y el derecho de los creyentes a ser herederos de la promesa divina (Ga 3,29), que se invocando a Dios, en la lengua materna de Jesús, como “Abbá” (Ga 4,6; (Rm 8,15).

Esta promesa se alcanza eclesiológicamente en el sacerdocio común de todos (1P 2,9; cf. Ex 19,5-6). El Concilio Vaticano II descubrió de nuevo esta vocación sacerdotal de

todo el pueblo de Dios (LG 9), que tiene un significado eclesiológico decisivo, pues el sacerdocio particular del servicio, que se ha formado en el seguimiento de Cristo, está al servicio del sacerdocio común de todos, que necesita de la Eucaristía. La presidencia en la celebración de la Eucaristía es la expresión eminente de este servicio sacerdotal, pues la Eucaristía es la “fuente y culmen” de la vida eclesial (LG 11).

El seguimiento de Cristo, al que pertenecen los servicios kerigmáticos, diaconícos y sacerdotales, descubre la riqueza plural del amor de Dios, sin que se pueda hablar de un más o un menos en riqueza y dignidad. El seguimiento de Cristo se apoya en la riqueza de los carismas, que se convierten en servicios y en fuerza para construir la Iglesia (1Co 12,4-11), sin que pueda haber ninguna discriminación por sexo, nación, color de la piel u origen. Pues la unidad de la Iglesia crece con la *Communio*, que supera toda marginación, ya que la periferia es el centro (1Pe 1,1-2).

En el pasado se pudieron superar las marginaciones que eran debidas al estatus social o el color de la piel. Hoy se ve también que no se puede excluir, como ocurría antes, a las personas que tienen alguna disminución. En cambio, en la ordenación sacerdotal de las mujeres, ya no resulta incuestionable que la praxis de las Iglesias católicas y ortodoxas no sea una discriminación. Y no resulta suficiente aludir a la autoridad formal de *Ordinatio sacerdotalis* para zanjar la cuestión. Para superar la falta de consenso, que empieza a manifestarse en la Iglesia Católica, solo hay un criterio desde el sacerdocio de Jesús para reflejar las distintas posiciones y fundamentar una decisión, que sirva para unir y no para dividir: la fe eucarística.

★ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Tiempo para agradables sorpresas

“Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor cuidará de mí”...
(cf. Sal 27,10)

Ya lo dijimos: ‘Acción o contemplación’. Y últimamente nos decantamos, al estar el espacio de la acción personal bastante vacío, por un gesto de contemplación que rellene espacios vitales. No es la acción del protagonista, sino el agradecimiento que percibe y aplaude el testigo de lo realizado.

La vida últimamente da para todo. Me apetecía tomar un café con los amigos de siempre. No soy propenso a estas manifestaciones de amistad, pero hoy fue la excepción que nos permitió seguir, paso a paso, lo acontecido que empezamos con indiferencia, terminó con nuestros ojos llenos de asombro y se tradujo en un canto a la vida que siembra el futuro en cada actuación presente.

No sé muy bien por qué aquella mamá había bajado a su bebé del carrito. Quizá para que estirara sus piernas o tuviera un poco más de libertad o porque la veía demasiado inquieta encerrada en su carruaje de lujo. El caso es que la niña se divirtió un buen rato paseando por la terraza del bar repleto de asistentes. Algo parecido acontecía en las terrazas contiguas ya que varios de los habituales usufructuarios de los locales se habían dado cuenta del movimiento y de los “andares” de la pequeña.

Pasada una media hora, la madre invitó a su hija a subirse al tren de deslizamiento por las calles de la ciudad camino de casa. El caso es que la bebé de muchas maneras le dijo a su madre que la dejara en paz, que se encontraba muy a gusto donde estaba y haciendo lo que estaba haciendo... La madre insistió varias veces y, siempre y sin palabras, la misma respuesta.

Y, tal vez para forzar a tomar una decisión, la madre dio unos pasos con el carrito, sin que nuestra protagonista se inmutase. La mamá llamando la atención, la niña

a lo suyo. Unos nuevos pasos de distanciamiento y todo siguió igual. Para forzar el gesto, a unos diez metros, la madre levantó la mano en señal de despedida y movió los dedos de mano derecha como si deseara magnificar el adiós. La niña se paró al instante como preguntando: “¿Qué pasa?”. La madre tampoco cedió ni un metro; es más hizo ademán de dar la espalda e iniciar camino... La niña a diez metros, parada, con los brazos cruzados, mirando muy de reojo a su madre. Los espectadores que éramos un buen grupo, en silencio, con los ojos muy abiertos y con un risa simulada de pena o de sorpresa. Viendo que la madre se ponía en marcha la bebé corrió cuanto pudo hasta abrazar a su madre. No hubo palabras. Todo fue cuestión de distancias rotas por el corazón que puso en movimiento su cuerpo. ¿La niña llegó a pensar que su madre la abandonaba de verdad? ¿La niña fue capaz de dejar a su madre por un rato de libertad y de solaz fuera de la habitual? El caso es que todos aplaudimos, sin palmas, sonreímos calladamente y respiramos con gozo, cuando contemplamos el abrazo de la mamá y su bebé. Parecía que todo había vuelto a su sitio, a lo pensado, a lo deseado, a lo de siempre.

No sé por qué alguien dijo a mi lado aquello de “la historia continúa”. Otro comentó que nada se sabía del paradero de su padre ya que era una familia bastante desestructurada. Los más callamos y nos alegramos por el final y porque madre e hija caminaban por la vida en un carruaje de felicidad que les llevaba a alguna parte conocida y deseada.

Con comentarios para todo, seguimos tomando nuestro café como si no hubiera pasado nada. El mismo que señaló que la historia continúa tuvo valor para apostillar: “Esta historia, de alguna manera, se repite en todos y cada uno de nosotros. Hemos contemplado lo que estamos viviendo a todas horas”. ¡Bienvenidas las sorpresas de la vida!

Isidro Lozano

